DE PATRIA Á PATRIA

POR

NICOLÁS GRANADA



MONTEVIDEO
Imprenta á vapor de LA NACION, calle Solís número 69
1886

DE PATRIA Á PATRIA

NARRACION DEL VIAJE

DE LA

COMISION URUGUAYA

Encargada por el Gobierno de la República Oriental del Uruguay
de devolver los trofeos adquiridos por esta Nacion en la guerra de la Triple Alianza
á la República del Paraguay

POR

NICOLÁS GRANADA
(Secretario de la Comision)



MONTEVIDEO
Imprenta á vapor de LA NACION, calle Solís, número 69
1886

EXCMO. SR. CAPITAN GENERAL, D. MÁXIMO SANTOS.

GENERAL Y AMIGO:

Añado á mi libro esta dedicatoria.

No la tenía porque creía que no la necesitaba.

El libro le pertenecia á V. de derecho, desde que suya habia sido la inspiracion que le habia dado oríjen.

En cada una de sus páginas estaba encarnado su espíritu, y si algo bueno, si algo, noble, si algo generoso se desprendía de ellas, no era otra cosa sino los efluvios del pensamiento en cuyo honor mi pluma las habia trazado con admiracion y con cariño.

Pero vienen los acontecimientos de estos dias entre cuyas benditas emociones aun se siente estremecer el alma, y mi pobre libro que ya estaba profundamente atacado de inoportunidad, rejuvenece al rumor de fiestas, aclamaciones y bullicios populares, parecidos á los que en otra república hermana formaren su génesis.

La inspiracion del 13 de Abril de 1885, busca en el

ambiente puro en donde vuelan las cosas sublimes, á la inspiracion del 2 de Noviembre de 1886.

Se llaman, se reconocen, se entrelazan.

Confraternidad internacional, se llama la primera.

Conciliacion nacional, se titula la segunda.

Hace un año, tenia Vd. la hermosa inspiracion de devolver al pueblo hermano del Paraguay sus banderas tomadas por nuestras armas en la guerra de la Triple Alianza. Ayer, acaba de devolver Vd. al pueblo oriental su única bandera nacional, desconocida muchas veces por la ceguedad de las pasiones políticas, pero bajo la cual, gracias á Dios, y una vez por todas, nos agrupamos hoy todos unidos.

Mi libro, á que dió vida un hermoso rasgo de su delicada inspiracion política, caido en el desprestigio de las cosas pasadas de moda, viene ahora á ser resucitado por otro rasgo de su generosa inspiracion patriótica.

Es pues, doblemente de Vd., y á Vd. se lo dedico.

Pero surge de estos últimos acontecimientos, la figura noble y simpática de uno de nuestros compañeros de comision.

El General Tajes, cuyo nombre repito muchas veces con verdadero cariño en esta narracion, es traido por la ola de los sucesos á la cumbre del poder.

¿No cree Vd., General, que por este lado tambien esas hojas que entrego á la publicidad llevan su pequeña parte de oportunismo?

Si lo cree Vd. así, como lo creo yo, le ruego dé Vd. entonces una parte de esta dedicatoria á ese amigo leal, sincero y patriota, en cuya compañia he recibido la inolvidable impresion de todo lo que refiero incorrecta y pobremente en estas desaliñadas páginas.

Lo saluda afectuosamente su amigo.

NICOLÂS GRANADA.

Montevideo, Noviembre 19 de 1886.

PRIMERA PARTE

CONFIDENCIA

CONFIDENCIA

Podría haberme eximido de llenar la forma vulgarmente consagrada de la "advertencia", "prefacio", ó "dos palabras", especie de *bitter* obligado en toda confeccion literaria que asume proporciones de libro, con que se prepara el apetito del lector, desganado è indeciso tratándose de acometer algunos centenares de páginas, muchas veces dudosamente condimentadas y las más, de una dijestion penosa, cuando no imposible.

Pero, por una parte, la ley fatal de la costumbre, por otra la preocupacion de que hay que destruir el especie de orgasmo que embarga siempre las pocas ó muchas facultades del debutante que se presenta ante un público generamente más malicioso que benévolo, para lo cual no está de más algo de conversacion privada antes de lanzarse á la escena, y, finalmente, que siempre es bueno demostrar tres cosas cuando se escribe para la colectividad, esto es: —el propósito del libro, el porqué de la forma elegida, y las ilusiones que sobre él se hace el autor,—me han decidido á hacer previamente rueda con el respetable público, comunicándole confidencialmente mis intenciones y mis anhelos con respecto á este trabajo.

Veamos lo que me propongo con este libro.

Ante todo, quiero consignar en él, conservando el carácter grandioso, solémne, espontáneo, enternecedor, de que ha sido rodeado, por mil circunstancias que ya se desprenderán de la relacion de los hechos, el acto único en la historia, primero en los fastos de la civilizacion, incomparable en los anales del progreso, de la devolucion de los trofeos de guerra tomados en buena lid por el ejército de la República Oriental del Uruguay al de la del Paraguay, en la histórica y titánica guerra titulada de la Triple Alianza.

Luego, pretendo conservar en él el recuerdo eternamente memorable del viaje de la comision portadora de los trofeos, desde Montevideo hasta la Asuncion; guardar los detalles más minuciosos é íntimos de esa expedicion, asi como las páginas grandiosas de su marcha verdaderamente homérica desde que la cañonera oriental *General Artigas* surcó las aguas del Rio Paraguay; describir al correr del vapor, las costas variadamente bellas de esos grandes rios interiores; dibujar de paso las siluetas de sus ciudades, pueblos y aldeas; hacer excursiones históricas con el giro raudo de la imaginacion sobre los lugares consagrados por la victoria, por el heroismo, por la muerte, cuyos nombres aun flotan en el recuerdo, marcando horas de glorias y dias de horror y de tristeza; evocar los espléndidos y deslumbrantes paisajes tropicales de las tierras paraguayas; apuntar bocetos de sus hombres más notables; diseñar costumbres indígenas y populares; conmemorar sus recuerdos históricos y consignar escenas y anécdotas dignas de recuerdo.

¿Por qué empleo el género narrativo?

En primer lugar, porque creo que es el que mas conviene á la índole de esta obra; porque en él entra con mas facilidad y sin bruscas extorsiones todo lo que se refiere al motivo principal de ella, dando lugar cómodo y ámplio á la exornacion del tema capital con todo lo que la imaginacion, el recuerdo, el sentimiento, haya podido conservar de este viaje que tiene base de epopeya, caractéres de idilio, perfiles de poema, recortes de historia, y ribetes de jira artística.

Además, empleo ese género por que es el que más se identifica con mi carácter, por que en él me encuentro más á mis anchas; por que no me hallo capáz de escribir sin dormirme cuatro páginas metódicas y alineadas, exponiendo seca y campanudamente hechos oficiales.... y, finalmente, por que creo que la generalidad de los lectores conocen apenas de vista las Memorias laboriosamente confecionadas en las oficinas públicas, mientras se saben al dedillo y aun *de corazon*, como más pintoresca y fielmente dicen los franceses, las obras de forma ligera que alivianan el hecho material, adornan el principio de enseñanza, dan armonía musical á la teoría prosaica, bordan el propósito con gratos colores, y libran por fin al que quiere saber algo de tal hecho histórico, del carácter de tal pueblo, de sus costumbres, de sus hombres, etc., de esas molestas y pesadas formas documentales, de esa estructura togada de la frase clásica, muy en armonía sin duda con las fuerzas digestivas de las imaginaciones medio-evales, conserva-

das bajo el casco de fierro casi intactas en su poder elemental, pero de las que no hay ni muestra en nuestros dias de vida apurada y caleidoscópica en que cada espíritu lleva en sí mismo un horario de emociones distintas, marcadas latido á latido por el segundero de los acontecimientos, en que vivimos más objetiva que subjetivamente, pues hasta el mismo pensamiento refleja más que ilumina, retrata más que crea, observa más que produce por acto íntimo y expontáneo.

Además, la forma narrativa encubre mas que ninguna los defectos de erudicion y de verdadera competencia, y este es, tal vez, el motivo mas poderoso que me ha inclinado á darle la preferencia, teniendo la singular ventaja y el buen criterio de conocer hasta donde llegan mis pocas fuerzas literarias.

¡Las ilusiones que me he formado al escribir estas pájinas!

Esta es la gran confidencia.

La que requiere estrechar el círculo de mis oyentes para poder decirles en voz baja algo que me es muy íntimo, muy personal.

¿He pensado en la gloria literaria al formar el propósito de escribir este libro?

No me deslumbran esas ambiciones cuyo foco está tan léjos de mi, que apenas por reflexion puedo vislumbrar uno de sus rayos.

Por vulgar que se haya hecho la gloria en estos dias que corremos, afortunada ó desgraciadamente, nací en

una época en que aun era reputada como premio mayor sin aproximaciones en la loteria de la suerte, y aún no me puedo acostumbrar á mirarla así no más por encima del hombro, ni á tratarla de tú, como con la angelical llaneza de los niños, de los tontos, ó de los atrevidos, lo hacen hoy desde el inventor de pastillas vermífugas, hasta el pasante de presidente de la república.

Conste, pues, que no apunto hácia la gloria al perpetrar este libro.

¿Y en el lucro?

Preciso es confesar que hay alguna confusion de términos, tanto en las ideas como en las cosas modernas.

Por ejemplo, así como la gloria se ha materializado, *un poco bastante*, como dicen mis amigos los paraguayos, hasta el extremo de convertirse en artículo de consumo al alcance de quien quiera y pueda darse el gusto ó el lujo de poseerla, el lucro se ha espiritualizado hasta el punto de que no así no mas se le pone la mano encima, á veces ni con toda la voluntad, la intencion, la perseverancia y hasta el talento del mundo.

Luego, la gloria y el lucro son entre sí una verdadera disyuntiva.

Son dos fuerzas antagónicas, como la negativa y la positiva en los polos magnéticos.

Oportunizando la frase, se puede decir que la gloria es el papél de curso forzoso con respecto al numerario lucro.

Hay, pues, que dedicarse á una ú otra cosa; pero cuando se respeta la primera y se tiene pocas ilusiones sobre

el segundo, lo más discreto es no pensar ni en una ni en otro, siendo aún más conveniente esa discrecion cuando se escribe para el público, con escaso nombre y poco ó ningun caudal de ciencia é inteligencia.

—Entónces ¿por qué escribe Vd.? se me dirá.

Por obedecer á un impulso íntimo, á una necesidad imperiosa que siento, como ya lo he dicho antes, de consignar en pájinas, tal vez defectuosas, sin elocuencia, incoloras, las emociones que en este viaje, único por sus condiciones extraordinarias, han conmovido mi espíritu; de reflejar sobre el papél, pálida y confusamente acaso, las imágenes que he traido fotografiadas en el alma.

Por que tengo además una deuda inmensa de gratitud y de cariño que pagar á ese noble, patriótico y hospitalario pueblo paraguayo, con el que he compartido por espacio de doce dias las más gratas, las más santas, las más inolvidables emociones del entusiasmo: los sueños de la esperanza, los votos del porvenir.

Por que en ese rincon paridisiaco de tierra americana, mi corazon que ha sangrado mas de una vez herido por decepciones y ruindades que quiero olvidar, ha latido á impulsos de sentimientos verdaderamente primaverales: porque allí mi imaginacion se ha saturado en ráfagas de juventud, y mi espíritu se ha alzado en alas de ilusiones que yo creia desfallecidas ó muertas, al borde de ese penoso camino por el que cruzamos el desierto mezquino en oásis de la existencia.

Por eso escribo este libro cuyas páginas beso con el

alma, como se besa el hijo rosado y sonriente que viene á alegrar los dias mústios y largos de la vejez.

Yo sé que álguien lo ha de leer sin prevencion y sin malicia, adivinando la intencion, deslizando el pensamiento por sobre la palabra, buscando el fondo de buena voluntad y de honrada lealtad con que está escrito.

Eso me basta y me sobra.

La benevolencia de las gentes sanas y honestas, forma una especie de hogar para el pensamiento humilde y desvalido, hasta el cual llegan apénas como los rumores lejanos del viento que pasa por fuera, los acentos apasionados y rabiosos de la crítica.

Y yo sé que mi libro ha de encontrar ese dulce y abrigado hogar, como sé que si alguna vez es inapercibido como insignificante, jamás será rechazado como importuno.

CÓMO NACIÓ LA IDEA

I

CÓMO NACIÓ LA IDEA

¿Cómo nació el pensamiento de la devolucion de los trofeos al Paraguay?

Como todos los pensamientos extraordinarios que encierran un gérmen de generosidad, de nobleza, de hidalguía: en un rayo de expontánea inspiracion.

El General Santos había concebido y hecho práctico de una manera digna y solemne el perdon de la deuda de guerra con que despues de sus desastres bélicos quedó aun comprometido el Paraguay con la República Oriental del Uruguay, como una de las naciones de la Alianza.

El pueblo oriental habia aplaudido y ratificado este acto magnánimo, alentando al magistrado á proseguir adelante en tan bella como trascendental corriente de ideas.

Por su parte, el Paraguay nos habia enviado desde el fondo de los bosques seculares en que dormitaba el sueño de la postracion material, agitado de vez en cuando por la pesadilla de sus incertidumbres sobre el porvenir, una palabra envuelta en lágrimas y trémula por la emocion del patriotismo.

—¡Gracias, hermanos!—nos habia dicho, apretando la mano, no tan fuerte como leal y generosa que se le ofrecia para levantarlo de su postracion.

Esta palabra habia vibrado lastimeramente en nuestros oidos y repercutido con tristeza en nuestros corazones.

El Presidente de la República, que era quien mas directamente habia tomado parte en estos actos internacionales, habia experimentado sus efectos más directa é intensamente que nadie, habiendo sido él tambien quien habia recibido más personalmente las manifestaciones de esa gratitud melancólica de un pueblo caido en ese desfallecimiento de la heroicidad que se produce cuando la sangre ha huido de las venas y ha empapado la tierra de la patria, sobre la que mueren entre ruinas, callada é ignoradamente, los pueblos viriles y guerreros.

"Hermanos" nos decian ellos, sin el rencor del caido, á nosotros que aún guardábamos el orgullo de la victoria.

¿Pagábamos este hermoso y cariñoso título, con el perdon de una deuda que, en resumidas cuentas, no representaba mas que un odioso feudo con que avasallábamos á un pueblo de nuestra misma raza, contra el cuál, por declaracion explícita de un tratado bélico, no habíamos llevado las armas, sino contra el despotismo que lo dominaba, y que, sin embargo, tenia que sufrir ahora la pesada y bárbara tiranía de nuestras enormes y siempre crecientes acreencias?

¿Habíamos derramado lo mejor de la sangre uruguaya sobre los campos lejanos del Paraguay, en nombre de la

libertad, para sujetar luego á ese pueblo á quien decíamos llevar los resplandores de ese númen divino, á la servidumbre mezquina de un crédito á cuyas responsabilidades ligábamos la poca vida que le habia quedado, las esperanzas de su restauracion, los anhelos de su porvenir?

Y luego, aun perdonada esta deuda, ¿podíamos estrechar esa mano que se nos tendía, mientras guardábamos aún como un recuerdo de los tristes y terribles dias de lucha, los trofeos que habíamos arrancado de entre las manos crispadas y de sobre los cuerpos ensangrentados de sus héroes moribundos?

¿Podíamos pronunciar la palabra "olvido," íris de las almas que se reconcilian, cuando aun flameaban en nuestro espíritu, en presencia de esos trofeos, los relámpagos siniestros de la vanidad de la victoria?

Justo es decirlo, y en ello no hay ni el asomo de una adulacion, sinó el sentimiento puro y levantado de la equidad: nosotros, preocupados con nuestros asuntos íntimos, envueltos en la vorágine de los acontecimientos políticos internos, deslizábamos el espíritu por sobre estas ideas, sin darles el justo alcance que tenían, sin sentir toda la intensidad de las anomalías que las desequilibraban entre sí.

El General Santos, meditaba en tanto sobre ellas, y su espíritu que reposa en un fondo de verdadera generosidad y nobleza, se abismaba mas de una vez en un pensamiento que, por su misma originalidad grandiosa y sin ejemplo en la historia, lo cautivaba por completo.

Este pensamiento era la devolucion de los trofeos paraguayos que aun guardábamos como una protesta contra los votos de amistad y concordia que habíamos hecho y reiterábamos á cada paso á aquel pueblo.

Los trofeos, por una irrision tal vez forjada por la casualidad, estaban depositados en el Museo Nacional.

Allí, en una vidriera, al fondo de un salon, se hacinaban esos toscos y casi primitivos equipos de guerra, ennegrecidos por el moho y la pólvora, rotos, manchados de sangre, monton de gloria, lote de heroismo, haz de memorias épicas casi fabulosas, que, como todas las cosas humanas, se convertian lentamente en polvo bajo la accion furtiva y paciente de los años que engendra la larva roedora de la materia, y aun á veces otra mas cruel y terrible: la que pulveriza los recuerdos.

En el Museo Nacional estaban los trofeos de la más titánica guerra sud-americana, ocupando un puesto al lado de los gigantezcos esqueletos prehistóricos, faz á faz de los ricos muestrarios de nuestros tesoros geológicos, haciendo grupo comun con los bellos ejemplares que denotan la riqueza de nuestro suelo.

Al lado de las representaciones de la ciencia, en medio á las manifestaciones de nuestro progreso, confundidos con los indicios de nuestros veneros naturales, esa extravagante y anacrónica panóplia, era una nota melancólica y siniestra, que sorprendía tristemente al visitante, haciendo descender su espíritu de las regiones serenas de las nobles y útiles investigaciones, á las amargas reflec-

ciones que engendra en el pensamiento la contemplacion de las miserias humanas, entre las que forma en primera línea ese afán de destruccion del hombre contra el hombre, que se llama la guerra, y que ni la civilizacion, ni la ciencia, ni el conocimiento de los dones y privilegios que la naturaleza pone á su alcance para hacer feliz su tránsito pasajero por esta tierra, han sido hasta ahora capaces de suprimir entre sus instintos animales, que hiciéran esclamar al filósofo la sangrienta sentencia de: "el hombre es lobo para el hombre mismo."

Ante aquellas viejas y desvencijadas armas, ante aquella coraza enmohecida, ante aquellas banderas desgarradas y tintas en sangre, el alma caia en la tristeza infinita de los amargos recuerdos. Parecía que allí estaba encadenado el espíritu de un pueblo altivo y valiente.

"Esto lo hemos conquistado, sin duda, nos decíamos al contemplarlas, al precio de nuestra mejor sangre, pero hoy que han desaparecido las causas que nos llevaron á la guerra, que estamos en paz y llamamos amigo, hermano, á ese pueblo, ¿podemos guardar aún en rehenes nuestra conquista?"

Indudablemente, en ese rincon del Museo Nacional, se alzaba una picota en que, disfrazados de gloria, temblaban de ira y de rubor los generosos y nobles principios de la confraternidad americana!

No era aquello una cosa curiosa expuesta al exámen vulgar del público estudioso ó indiferente, era una cosa triste, imponiendo la augusta melancolía de su aspecto

lúgubre y funerario, al ánimo de los que, yendo á inquirir datos histórico-científicos sobre nuestro suelo, cuna y paladion de la libertad en el Rio de la Plata, se encontraban con aquella exposicion guerrera, en la que aún palpitaban el suspiro del caido y el ¡hurra! del vencedor.

Un dia, se hablaba en presencia del Presidente de la República, del Museo, é incidentalmente cayó la conversacion sobre los trofeos paraguayos.

El General Santos se levantó nerviosamente de su asiento, dió una vuelta por el salon, y dijo como hablando consigo mismo:

—Esos trofeos no están bien ahí, añadiendo luego de una pausa: el caso es que no sé dónde estarían mejor....

No se habló más de eso.

Poco tiempo despues llegó de la Asuncion á esta Ciudad el Señor Don José Segundo Decoud, Ministro de Relaciones Exteriores en el Paraguay, el cual iba á Inglaterra en una mision especial de su Gobierno.

Este caballero, uno de los hombres más notables de su patria, fué recibido en ésta con todas las demostraciones á que lo hacian acreedor sus relevantes prendas como hombre, y su alta investidura como miembro del Gobierno de un pueblo hermano y amigo.

El Señor Decoud trabó prontamente amistad íntima con el General Santos, el cual á su vez usó para con éste

caballero de las mas cordiales y exquisitas demostraciones de simpatía y cariño.

El General Santos, tiene la justa y legítima vanidad de los progresos que bajo su administracion se han producido en su pátria, de manera que, cuando algun hombre de otro país en ciertas condiciones de representacion é importancia llega á éste y le demuestra interés por conocer nuestros adelantos materiales ó morales, tiene placer en servirle él personalmente de guía, haciéndole visitar lo mas notable que en monumentos ó instituciones, encierra nuestra bella ciudad.

Uno de los dias que permaneció entre nosotros el Sr. Decoud, venia con el Sr. Presidente de la Escuela de Artes y Oficios, establecimiento que honra á la República y á su gobierno, cuando de pronto el Ministro Paraguayo dijo al General:

—Una de las cosas que no hemos visto aún y que tendría deseos de visitar, es el Museo ¿ Habría dificultad en verlo hoy mismo?

—Ninguna, dijo el Presidente, y ordenó al cochero los condujéra á aquel establecimiento público. En seguida hablaron de otras cosas, mientras el carruaje seguia rodando rápidamente hácia el edificio del teatro Solis, en una de cuyas álas está instalado.

Llegaron por fin frente á la columnata izquierda del Teatro; el ordenanza descendió de un salto del pescante y abrió la portezuela.

El Sr. Decoud que iba de ese lado, trató de bajar, pero

la vista del edificio habia evocado un recuerdo en la imaginacion del General.

¡Los trofeos paraguayos!

Detuvo suavemente al Sr. Decoud y le dijo:

—Pensándolo bien, la hora no es apropiada para esta visita. Hay poca luz en los salones y no podriamos examinar bien los objetos. Dejémoslo para otro dia más temprano. Por otra parte, recuerdo que hoy tengo que hacer algo á esta hora. Me están esperando. Mañana.... otro dia visitaremos el Museo.

—Es que, General, Vd. no recuerda que mis dias son contados en su linda y hospitalaria ciudad. Tendría mucho gusto en hacer con Vd. esta visita; pero no tiene porque molestarse, la haré solo y asi no interrumpirá Vd. sus quehaceres.

—No, no; tengo especial interés en que visitemos juntos el Museo. Siempre tendremos un momento para dedicarle antes de su partida.

—Como Vd. guste, General.

Y el coche partió de nuevo conduciendo al Sr. Decoud á casa del Encargado de Negocios del Paraguay D. Juan J. Brizuela, que era donde se alojaba el Minirtro Paraguayo.

Refiriéndome luego este incidente el Sr. Presidente, me decia:

—En aquel momento decidí llevar á cabo la devolucion de los trofeos.

No puedo expresarle la angustia que sentí, cuando dis-

poniéndose á bajar Decoud, recordé que allí estaban expuestas, como objeto de curiosidad, las banderas paraguayas.

Me parecia que iba á mostrarle á aquel hombre, algo tan íntimo como su própia honrada y veneranda madre, expuesta á los escarnios de la vergüenza pública.

Sentí pena, rubor, remordimiento, qué sé yo!

Esos trofeos podían haber significado para nosotros una gloria, pero en las condiciones actuales de pueblo á pueblo, no representaban sino una hiriente vanidad póstuma.

Yo me ponia en el caso de aquel hombre y decia: si visitando un establecimiento público cualquiera en el extranjero, mis ojos tropezáran de pronto con las banderas de mi pátria puestas en exhibicion como recuerdo de victorias sobre ella, yo no sé lo que haria, pero creo que mi dolor seria tan grande, que dominaria mi razon y seria capaz de arrebatarlas, sin reflexion ni miramientos."

Aquella misma tarde, el General Santos tenia una conferencia con el señor Decoud, en la que le exponía el pensamiento de la devolucion de los trofeos de guerra al Paraguay.

En el primer momento, el Ministro Paraguayo no supo que contestar.

Hombre de alta inteligencia y de gran corazon, aquella noticia no podía menos de embargar su alma y enagenar su pensamiento.

Su primer movimiento fué tenderle la mano al Presidente, y con los ojos arrasados en lágrimas, murmurar:

—¡Señor!....

No pudo por mucho tiempo decir más.

—Comprendo y aprecio ahora en todo su valor, añadió así que pudo dominar la emocion del primer momento, su delicada accion de hoy no permitiéndome visitar el Museo. Si el hecho de la devolucion de esas caras reliquias, obliga la gratitud eterna de mi pátria hácia esta república, la delicadeza que Vd. ha usado para conmigo hoy, como hombre y como paraguayo cria en mi corazon una deuda personal hácia Vd. que no podré jamás solventar definitivamente.

Pocos dias despues se cruzaba entre los Presidentes de la República Oriental del Uruguay y la del Paraguay el siguiente telegrama:

Abril 14 de 1885.

El Presidente de la República Oriental del Uruguay al Presidente de la República del Paraguay.

Asuncion.

Grande es mi satisfaccion al llevar á conocimiento de V. E. que las Honorables Cámaras, han sancionado por aclamacion el proyecto de Ley enviado por mi, pidiendo que le fueran devueltos al noble Pueblo Paraguayo las banderas y trofeos de guerra que un dia puso en nuestras manos la suerte de las armas.

Vuelven á donde nacieron esos girones que tan alto hablan del valor de un pueblo viril, y si el Dios de la guerra los separó de su suelo, el cariño de un pueblo hermano unido por lazos fuertes de amor y amistad los devuelve, enviando en ellos su sinceridad y sus respetos.

MÁXIMO SANTOS.

Al mismo tiempo el General Santos enviaba al Encargado de Negocios del Paraguay entre nosotros, Sr. Brizuela, la nota que va á leerse, á la que aquel caballero contestaba con la que se inserta á continuacion:

Presidente de la República Oriental del Uruguay.

Montevideo, Abril 14 de 1885.

Sr. D. Juan J. Brizuela—Encargado de Negocios de la República del Paraguay.

Presente.

Mi estimado amigo:

Como habrá Vd. visto por los diarios, las Honorables Cámaras de mi país, han secundado con el elevado propósito de siempre, el Proyecto que envié relativo á la devolucion de armas y trofeos que poseíamos del Paraguay.

Sus honorables miembros han comprendido como yo, que esos pedazos del corazon de un pueblo guerrero y generoso debieran volver á dar sombra á aquel suelo regado con sangre de mártires, de valientes, que lucharon con un heroismo digno de mejor causa.

De un publo que asi lucha, se debe esperar todo, y otro pueblo tan esforzado como él, no debió guardar en prenda lo que más sagrado tiene el soldado: su bandera.

Al enviarle esos trofèos al Pueblo Paraguayo, con ellos vá nuestro corazon, abierto de par en par á una República hermana, con quien nos unen lazos tan estrechos y sinceros. Si júbilo tendrán al recibirlos, no es menor el mio al enviarlos.

He telegrafiado á mi particular amigo el General Caballero. Por el Ministro de Relaciones Exteriores, recibirá Vd. todas las comuniciones al respecto.

Soy de Vd. affmo. amigo A. y S. S.

MÁXIMO SANTOS.

Legacion del Paraguay.

Montevideo, Abril 15 de 1885.

Excmo. Sr. Presidente de la República, Teniente General Don Máximo Santos.

Estimado Sr. Presidente y amigo:

He tenido el alto honor de recibir la atenta carta de V. E. de ayer, en que se digna comunicarme que, por iniciativa de V. E. la Honorable Asamblea General acaba de votar por aclamacion el Proyecto del Gobierno, devolviendo á mi patria los trofeos de guerra bravamente adquiridos por los orientales, en la cruenta lucha que terminó en las márgenes del Aquidaban. Gracias señor en nombre de la Nacion Paraguaya, al Magistrado que tanto hace en favor de la union de dos Naciones que nunca debieron luchar, sino unidas por un interés comun: el afianzamiento de la libertad.

Muchos servicios debe á V. E. la Nacion que represento, pero ninguno más grato que el que hoy realiza. Las tricolores banderas paraguayas caidas de la mano de valientes en las horas supremas del combate y por valientes recogidas, al volver á la patria, enseñarán á los que á su sombra se batieron, que existe otro pueblo hermano, noble y heróico, que dá el ejemplo al mundo de ser el primero que expontáneamente devuelve los trofeos que adquirió, en la

lucha más gigante que registra la historia sud-americana, y enseñarán tambien que, cual lo está al presente, esa bandera no se separará nunca de la bicolor oriental.

Gracias otra vez, señor, y que el hidalgo ejemplo de V. E. encuentre imitadores y pueda realizarse el dorado sueño de la fraternidad americana.

Acepte V. E. las seguridades del profundo agradecimiento y la alta consideracion de

Su affmo. y S. S.

JUAN J. BRIZUELA.

Hablando sobre esto, luego, el General Caballero me decía:

—Recibimos el telegrama del General Santos en momentos en que estábamos en acuerdo. Mi Secretario el señor Peña lo abrió y me lo pasó en silencio. — "Léalo usted, le dije" — "No Señor, me contestó, es usted quien debe leerlo." — Noté que le temblaba la voz á Peña al decir esto. Tomé el papel con curiosidad y extrañeza, y á las primeras palabras, sentí una angustia vivísima en el corazon: las lágrimas mas dichosas que han mojado ojos de hombre alguno saltaron de mis párpados.

No veia nada. Pasé el telégrama al Ministro Gonzalez, que era el que tenia más cerca. Este leyó con en voz apenas inteligible el despacho.

Yo tenia la cabeza entre mis manos.

Cuando levanté la vista para mirar á mi alrededor, noté que mis compañeros de Gobierno me habian dejado solo.

El Coronel Duarte, hombre fuerte y avezado á los percances de la vida, se habia ido el primero, no pudiendo contener la emocion; Cañete se paseaba, creo que sollozando, en un extremo oscuro del salon de recepciones: Gonzalez no se habia podido contener y con el telégrama en la mano, como si agitára verdaderamente nuestras viejas banderas, anunciaba por todos los ámbitos de la Casa de Gobierno la buena nueva. — El pobre Coronel Meza, postrado por sus dolencias, ignoraba todo, y conociendo su carácter fundamentalmente patriótico, no quisimos hacerle anunciar nada por el momento.

Pocos instantes despues, mi despacho era un verdadero jubileo, y más tarde, la Asuncion toda se entregaba á los trasportes generosos del más vehemente entusiasmo.»

Así nació la idea.

Jamás el fluido eléctrico ha llevado de pueblo á pueblo una más grande, más noble, más desinteresada.

Jamás tampoco hilo alguno habrá vibrado con mas activos extremecimientos las palabras de un telégrama, puesto que no eran tan solo los elementos físicos los que animaban en él la palabra; dos pilas inmensas debieron de parte á parte imantar con su poder vehemente ese alambre simpático y misterioso: la generosidad del pueblo Oriental; la gratitud del pueblo Paraguayo.

CÓMO SE LE DIÓ FORMA

II

CÓMO SE LE DIÓ FORMA

El dia que el General Santos llevó al acuerdo de Ministros su idea de la devolucion de los trofeos, hubo en el gabinete un momento de vacilacion. Era aquello tan grande, tan inesperado, que los miembros del Gobierno quedaron al pronto sin saber qué decir.

Desde luego, el pensamiento cautivó á todos y el entusiasmo con que el Jefe de la Nacion planteó la cuestion, contagió instantáneamente á sus Secretarios de Estado; pero, si bien el pensamiento tomado en absoluto arrastraba poderosamente los sentimientos generosos del corazon, políticamente encarado podia dar lugar á algunas consideraciones y distingos.

Como primer argumento, la diplomacia objetaba que siendo tres las naciones de la alianza, con cuyos esfuerzos unidos se habian conquistado aquellos trofeos, no se podia prescindir de ellas tratándose de su devolucion.

El General Santos combatió estas y otras objeciones que se le hicieron, fundándose principalmente en que, por el mismo tratado de la "Triple Alianza," no se habia hecho la guerra á la nacion paraguaya sinó al tirano que

la oprimía, que aquellas enseñas en poder del pueblo vencedor no representaban al déspota vencido, sinó á la nacion humillada, que, por otra parte, la República Oriental del Uruguay era dueña absoluta, al precio de la sangre de sus mejores hijos, de aquellos trofeos, y que en ese sentido podia disponer sola y soberanamente de ellos, sobre todo, si el uso que de ellos hacía llevaba en sí una idea tan trascendental, tan humana, tan civilizadora y fraternal como la que proponía.

Añadió que no creía ni político, ni prudente invitar á las otras naciones de la alianza para un acto de esta naturaleza que en cualquier caso podia herir intereses á que su gobierno no debia hacer la más mínima extorsion, puesto que no habia analogía absoluta de circunstancias entre unas y otras.

—No es el egoismo, concluyó, de llevar á cabo solos y primeros nosotros, una accion que hará en el porvenir jurisprudencia internacional, la que me mueve á aconsejar la más absoluta independencia en este acto; es la consideracion que debemos á la política y la especialidad de condiciones de cada pueblo, lo que nos debe retraer de proceder á una invitacion tal vez imprudente ó por lo menos muy delicada. Si el pensamiento hace camino como no lo dudo, y toca, que eso lo creo firmemente, el sentimiento hidalgo, equitativo y magnánimo de los pueblos de la antigua alianza, se unirán de seguro, ellos á nosotros, y juntos daremos el más hermoso espectáculo de que pueda vanagloriarse la humanidad en este siglo de tan grandes y luminosas ideas."

"Si no pueden hacerlo, quedarán sin compromiso en su discreta reserva, y nosotros solos, los menos poderosos, y por lo tanto de quienes menos se puede suponer miras interesadas sobre el Paraguay en cambio de esta espontánea demostracion de confraternidad, engrandeceremos nuestro nombre en la historia, con este hecho digno de las tradiciones del pueblo oriental."

Todo esto era justo y perfectamente correcto, de manera que la lógica razonable que afluía de estas palabras, dominó bien pronto y por completo el ánimo de los miembros del gabinete.

Aceptada la idea, se trató entonces de ponerla en práctica con toda la solemnidad que merecía, para cuyo efecto el Ejecutivo pasó á la Asamblea General el siguiente Mensaje:

Poder Ejecutivo.

Montevideo, Abril 13 de 1885.

Honorable Asamblea Legislativa.

En el anterior período Legislativo tuve la honra de solicitar de V. H. una declaracion solemne, por la que se considerase extinguida y chancelada la deuda del Pueblo Paraguayo á favor de la República, procedente de los gastos de la guerra de la triple alianza.

Participando entónces V. H. de los sentimientos del

P. E. y apreciando con acierto los fundamentos y elevados móviles de aquel proyecto de Ley, tuvo á bien sancionarlo con especial solicitud, prestando acto de consecuencia á los principios establecidos en el tratado celebrado con el Imperio del Brasil y la República Argentina, con el único propósito de derrocar al tirano Lopez y libertar al pueblo del Paraguay.

La adhesion prestada á aquel pacto internacional y la participacion de la República en la guerra, se explica y justifica, tanto porque la adopcion de una política contraria, por otra parte imposible entónces, dados los sucesos y la situacion en que se hallaba el pais, contrariaba el principio de su propia defensa en presencia del amago de las columnas paraguayas que avanzaban hácia nuestra frontera por el territorio de la provincia de Corrientes, amagando restaurar la guerra civil, levantando el elemento que acababa de ser vencido, como por que no le era dado á la República negar su concurso á la mision civilizadora que ha ejercido en esta parte del continente americano desde los primeros dias de su emancipacion de la metrópoli, sin abdicar de su propio prestigio y oscurecer con su indiferencia y retraimiento las pájinas de su historia.

Por dolorosa que fuera la lucha con nuestros hermanos del Paraguay, ella se impuso por los sucesos, por la con servacion de nuestra independencia contra la prepotencia del nuevo Rosas y por las exigencias de la civilizacion, que se abre fatalmente camino aun á costa de la sangre

de los pueblos ligados por tantos vínculos de cariño y de recíprocos intereses.

La República, pues, léjos de lamentar su participacion en la lucha empeñada entónces como una consecuencia forzada de su situacion y de los sucesos, puede invocar como un título de gloria, la sangre de sus hijos vertida en la consecucion de los trascendentales y nobles propósitos de la alianza y que ha sellado un pacto de fraternidad indisoluble entre el Pueblo Oriental y el Paraguay, como lo revela la gratitud de este último, manifestada en toda ocasion, del modo mas solemne.

Llevada la guerra al tirano que pretendió imponerse á los pueblos de esta seccion importante de la América latina, extendiendo sobre nuestros territorios su política liberticida y su execrable sistema de gobierno en daño de la civilizacion; y habiéndose propuesto la alianza reconquistar la libertad de un pueblo hermano sin menoscabar su honra, eliminándose por el contrario, toda idea de imposicion ó de conquista como consecuencia de la victoria; V. H. creyó como el P. E. que la renuncia al reembolso de los gastos de aquella guerra era la consecuencia natural de los elevados principios sentados en el tratado de la triple alianza, considerando además que los resultados obtenidos y la conservacion de las relaciones fraternales con aquel pueblo, compensaban con usura aquel acto de desprendimiento.

La República Oriental tiene, pues, motivos de felicitarse de la determinacion adoptada por los poderes

públicos en este incidente de nuestra vida y relaciones internacionales, — consiguiendo así estrechar y robustecer del modo más eficaz, los vínculos de fraternidad que nos unen al pueblo y Gobierno Paraguayo.

Pero hay algo Honorables Senadores que en el concepto de las Naciones vale más que los sacrificios pecuniarios, y es todo aquello que simboliza y se relaciona con el valor y la gloria de un pueblo donde predomina el amor á la Pátria, el coraje viril, la entereza y el honor de sus hijos.

Basta y sobra á la República Oriental del Uruguay, haber coronado con sus esfuerzos y cimentado la victoria con su mejor sangre. La admiracion y el respeto á los vencidos en los campos de batalla, donde lucharon confundiendo de buena fé la defensa de un tirano con la del territorio de la Pátria, se impone como un instinto de la nobleza del carácter, y como un deber de hidalguía.

Los trofeos de guerra, arrancados de las manos de los héroes moribundos, cuyos semblantes reflejaban en vez del rencor y el ódio al hermano vencedor, la conciencia del cumplimiento del deber impuesto por la fatalidad, esos trofeos no tienen colocacion posible en nuestros Museos y deben ser devueltos al noble pueblo que los sostuvo con gloria inmarcesible, aun en la hora suprema de su agonía.

Esos trofeos flamearán mañana al lado de la bandera Oriental, luchando juntos para ensanchar la vía pacífica y civilizadora de los grandes destinos del porvenir de los pueblos americanos.

El P. E. invocando estos sentimientos de alta política y de justicia, viene, pues, á solicitar de V. H., por acto expontáneo, la vénia competente para que sean devueltos solemnemente al Gobierno y pueblo Paraguayo los trofeos de la guerra á que nos provocó y nos impuso la prepotencia del tirano Lopez, juntamente con el princípio de nuestra conservacion y la mision civilizadora á que está destinada la República y que ha desempeñado al través de los años, desde las luchas sustentadas por el inmortal Artigas, hasta el sítio de Montevideo: desde éste hasta la caida de Rosas, y desde este último suceso hasta la derrota y la muerte del tirano Lopez.

Saludo á V. H. con los sentimientos de mi mayor consideracion y aprecio.

SANTOS.
MÁXIMO TAJES.

Este mensaje fué enviado á la H. Asamblea General la misma noche de su fecha y su lectura causó una sensacion traducida tan solo por el acto solemne y expontáneo de ser votado por aclamacion, puestos de pié todos sus miembros y estendida la diestra en la actitud imponente del juramento.

Hé aquí la ley tal como fué votada:

Art. 1.º Concédese á V. E. la vénia que solicita para devolver á la República del Paraguay los trofeos que tomó el Ejército Oriental en la guerra de la Triple Alianza contra el tirano de aquella Nacion.

Art. 2.º comuníquese, etc.

Montevideo, Abril 13 de 1885.

Como se ha visto antes, al dia siguiente, el Sr. Presidente de la República comunicaba telegráficamente este acontecimieneo al General Caballero, y por nota á su Encargado de Negocios en ésta, señor Brizuela.

Al mismo tiempo, se dirigía al Poder Legislativo y al Judicial pidiéndoles nombráran las Cámaras un miembro cada una de su seno, y el Superior Tribunal de Justicia uno de sus Ministros para que con el representante del P. E. integrasen la Comision que debia conducir los trofeos hasta la Asuncion.

El Senado nombró al Dr. D. Cárlos de Castro y la Cámara de Representantes á D. Clodomiro Arteaga.

El Tribunal eligió al Dr. D. Lindoro Forteza y el P. E. á su Ministro de Guerra y Marina, General de Division D. Máximo Tajes, y como Secretario de la Comision, al que estas líneas escribe.

Trascribo en seguida las notas cambiadas entre el P. E. y el Judicial, y el Decreto en que el Ejecutivo resumia es-

tos nombramientos dando existencia legal y representativa á la Comision.

Dicen así:

Poder Ejecutivo.

Montevideo, Mayo 15 de 1885.

Al Poder Judicial.

Excmo. Señor:

El acto de la entrega de los trofeos al Excmo. Gobierno del Paraguay debe revestir la mayor solemnidad, y uno de los medios de alcanzarla, es enviar á la Capital de aquella República una diputacion compuesta de los tres Poderes en que se halla dividido el Estado. La Honorable Asamblea General y el Poder Ejecutivo han designado ya los suyos; solo falta que el Poder Judicial indique de su seno la persona que ha de representarlo.

El Poder Ejecutivo ruega á V. E. se sirva participarle ese nombramiento, en el que verá una demostracion de la comunidad de criterios con que los Poderes Públicos interpretan el pensamiento de la fraternidad americana, principal fundamento de la resolucion adoptada.

Dios guarde á V. E.

MÁXIMO SANTOS.
J. L. CUESTAS.

Superior Tribunal de Justicia.

Montevideo, Mayo 16 de 1885.

Al Poder Ejecutivo de la República.

El Tribunal ha tenido el honor de recibir la nota de V. E. fecha 15 del corriente, por la cual se sirve invitarlo á concurrir al acto de la entrega de los trofeos al Gobierno del Paraguay, por medio de una representacion especial de su seno.

Participando el Tribunal de los mismos sentimientos que han determinado ese acto de tan marcada simpatía por un Pueblo hermano, concurrirá á él representado por el Presidente que suscribe.

Al participarlo á V. E. es grato al infrascrito saludarle con su mayor consideracion.

LINDORO FORTEZA.

Ministerio de Relaciones Exteriores.

Montevideo, Mayo 19 de 1885.

DECRETO

Habiendo sido nombrado por la Honorable Asamblea General y por el Tribunal de Justicia, los señores Senadores Doctor Don Cárlos de Castro, Diputado Don Clodomiro Arteaga y Camarista Doctor Don Lindoro Forteza para formar parte de la Comision encargada de entregar al Gobierno del Paraguay los trofeos y banderas cuya devolucion ha sido debidamente decretada, y obtenida por el P. E. la adquiescencia correspondiente para enviar con igual objeto en su representacion un Ministro de Estado, el Presidente de la República decreta:

Artículo 1.º Desígnase á S. E. el señor Ministro Secretario de Estado en los Departamentos de Guerra y Marina, General de Division don Máximo Tajes, para integrar la referida Comision en representacion del P. E.

Art. 2.º El expresado señor Ministro General Tajes, en el acto de la entrega de los trofeos y banderas, hará uso de la palabra en nombre del Gobierno de la República.

Art. 3.º Nómbrase al señor don Nicolás Granada secretario de la indicada Comision.

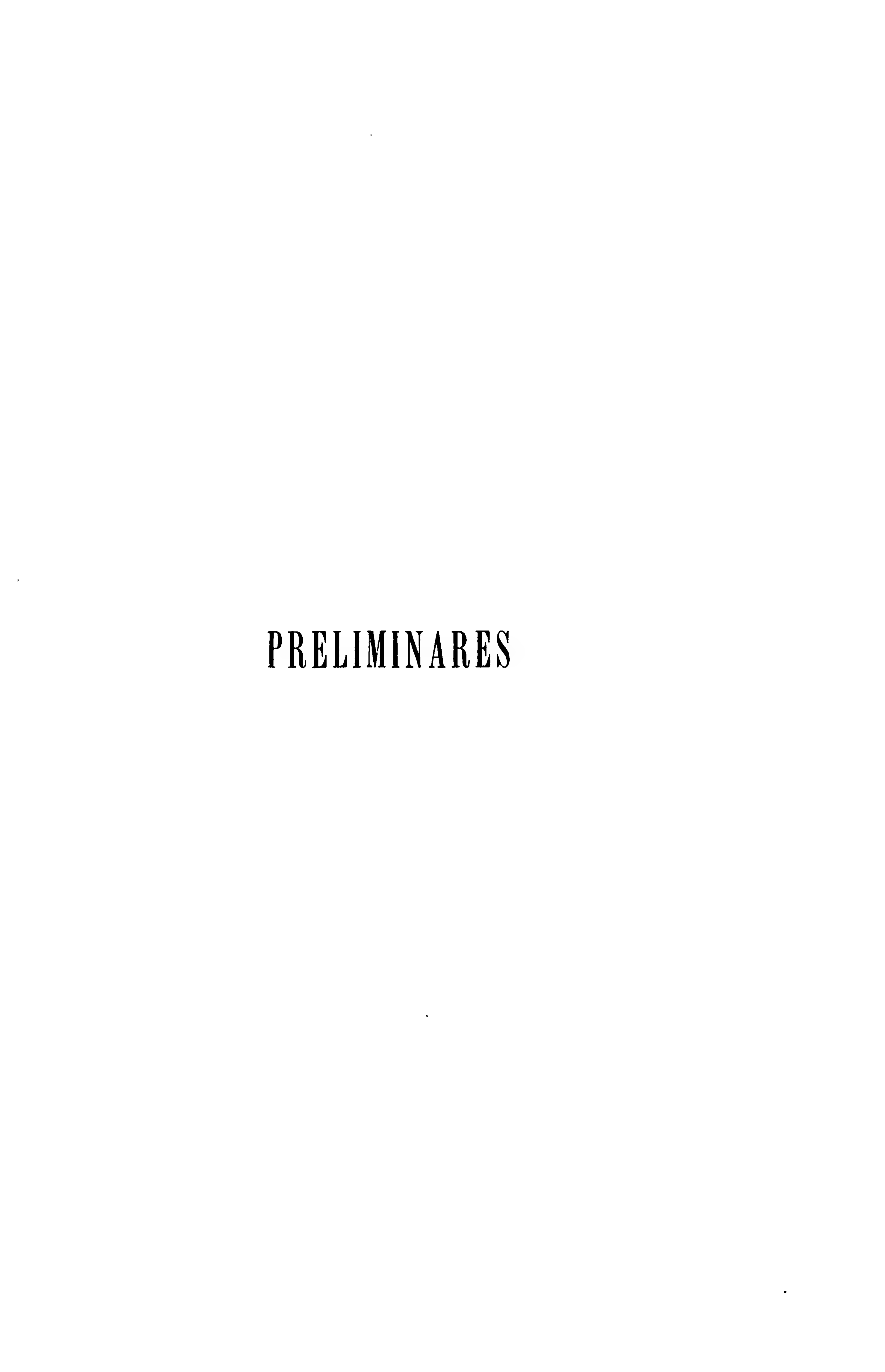
Art. 4.º Por el Ministerio de Guerra y Marina díctense las órdenes necesarias para que el dia 21 del corriente á

las 4 p. m. sean conducidos con toda solemnidad á bordo de la cañonera *General Artigas* los trofeos de la referencia y entregados allí á la Comision encargada de conducirlos á la Asuncion.

Art. 5.º Comuníquese, publíquese y dése al L. C.

SANTOS.
MANUEL HERRERA Y OBES.

Con este decreto quedaba definitivamente concluida la forma oficial del pensamiento, no tratándose en seguida sinó de la ejecucion.



PRELIMINARES

III

PRELIMINARES

Nunca olvidaré el sentimiento de agradable sorpresa que experimenté al recibir el nombramiento como miembro de la Comision conductora de los trofeos, tanto mas cuanto que, deseando de una manera vehemente formar parte de ella, no lo habia solicitado, y ni aun tan siquiera hecho traslucir ese deseo al más íntimo de mis amigos.

Yo habia tomado parte en la campaña del Paraguay, como Ayudante de Campo del General en Jefe del Ejército Aliado.

Allí había aprendido dia á dia á apreciar de cerca el valor indomable de nuestros adversarios, y muchas veces, en esas noches tristes que preceden á las mas ruidosas victorias, trás un dia de fuego, de sangre, y de horrores, entre el nervioso insomnio con que agita el espíritu impresionado al cuerpo rendido por la actividad de la lucha, oyendo alrededor los quejidos ahogados de los mutilados por la metralla, estremeciéndome sobresaltado al paso de algo misterioso que cruzaba por cerca de mi en alas de un estertor profundo y quejumbroso, pensando en los séres queridos que de muy léjos escuchaban los rumores de lo

desconocido con el horrible presentimiento de la desgracia, meditaba en esa monstruosa anomalía de la civilizacion que se llama la guerra y me decía:

" Hé ahí un pueblo al que por analogía de raza, antecedentes de historia, condiciones geográficas, semejanza de instituciones, intereses de política, de progreso y aun de existencia misma, deberíamos estar ligados, como lo estábamos cuando nacimos á la vida independiente de nacion.

" El nombre de americanos nos identifica, la idea republicana nos liga, la sangre que corre por sus venas es la misma que late en las nuestras, como las aguas de sus rios, se confunden en una misma arteria en la aorta inmensa del gran estuario del Plata.

" Su patriotismo, su sobriedad, su valor, son condiciones que brillan en el carácter de nuestros compatriotas.

" Bajando al fondo del alma, no encontramos para ellos una sola gota de ódio.

" Y sin embargo, nos destrozamos en nombre de insólitos fanatismos, de preocupaciones tal vez indisculpables ante el raciocinio de una buena lógica, de motivos acaso más empecinadamente sostenidos que racionalmente sustentados.

" Iremos haciendo muralla con nuestros muertos y por sobre los despojos de los suyos, hasta el confin de estas tierras, tálamo inmenso de los desposorios siempre renovados del sol con la naturaleza.

" Seremos vencedores moribundos de un pueblo muerto.

" ¿Y qué habremos alcanzado con todo esto?

"¿Lavar manchas inferidas á nuestro honor nacional por las bárbaras genialidades de un déspota?

"¿Y qué habrá conseguido el pueblo que asi se agrupa al rededor de ese hombre que lo tiraniza y lo fascina?

"¿Salvar agonizante el principio de una nacionalidad que nadie ataca?"

Recuerdo que en una de esas noches oí decir á un prisionero paraguayo con quien bromeaban nuestros soldados al rededor de un fogon, una frase que se grabó melancólicamente en mi espíritu.

Hablaban de la Asuncion, en donde segun referencia vulgar, se decía que los parayuayos tenian la seguridad de resucitar si morian peleando en el campo de batalla, y aquellos alegres y decidores hijos de la guerra, pronosticando triunfos fáciles y rápidos, con intencion de mortificar al paraguayo, se repartian liberalmente la ciudad sagrada.

—Yo quiero el palacio de Lopez, decía uno de inclinaciones sibaríticas que, envuelto en su capote y casi con los piés entre los tizones, saboreaba un mate.

—Yo la tesorería, esclamaba un jugador contumáz y perdidoso.

—Yo la catedrál, canturreaba imitando el canto llano un cabo que en sus mocedades habia sido monaguillo.

—Pues yo me contento con la inglesa madama Linch,

murmuró sonriendo y mostrando la mazamora de sus blancos dientes, un jóven tambor, negro como el ébano y enamorado como un tití adolescente.

—Bueno, dijo el paraguayo en su español de construccion guaranítica, repártanse nomás todo eso que no se lo han de llevar; lo que sí se llevarán son nuestras banderas! y se levantó, yendo á echarse con sus tristezas en un rincon de la tienda de campaña en que dormia.

Esta frase del prisionero paraguayo, como he dicho, se grabó en mi alma tristemente, y mas tarde, cuando pasados muchos años volví á ver en nuestro Museo las banderas paraguayas, recordé aquella escena nocturna en los campos de Tuyutí; recordé aquellos variados y alegres rostros iluminados por la llama instable del fogon militar, evoqué la sonrisa amarga del hijo de las selvas paraguayas y me dije:—Hé aquí efectivamente lo que trajeron los pocos soldados que volvieron del Paraguay. El palacio, la catedral, los tesoros y las mujeres quedaron allá ó siguieron la suerte ruinosa de la caida. Aquí están las banderas y con ellas el espíritu patriótico de un pueblo tan desgraciado como heróico.

Cuando el General Santos hizo público su pensamiento de la devolucion de los trofeos, esa idea fué como una luz para mi alma. Mi nombramiento pues, como Secretario de la Comision, revistió para mi todo el prestigio de

esas gratas sorpresas con que uno vé satisfechos inopinadamente sus mas secretos y acariciados anhelos.

Parece que algo muy parecido pasaba en el espíritu de los demás compañeros de comision, pues desde ese momento nos buscamos para felicitarnos mútuamente, y el vínculo poderoso de un pensamiento tan noble, tan generoso, tan grande, hasta tan original, nos ligó desde entónces como en un haz estrecho, ocupando desde ese instante nuestra alma y nuestra imaginacion el deseo vehemente y la idea absoluta y constante de llevar á cabo de la manera mas digna y completa, la alta mision con que nuestro gobierno nos habia honrado.

Entretanto, se acercaba el dia de la partida, y la Comision tenía que cumplir con el deber de despedirse oficialmente del Gobierno Oriental.

El 20 de Mayo, un dia antes del fijado por el decreto para el embarque de los trofeos, nos presentamos con este objeto en el despacho de S. E. el Sr. Presidente de la República.

Dejo hablar á la redaccion de *La Nacion* de fecha 21 del mismo mes, que dá cuenta de este acto en los siguientes términos:

DESPEDIDA

La Comision encargada de hacer la entrega de los trofeos paraguayos, pasó ayer á las tres de la tarde á despedirse del Sr. Presidente de la República.

El Jefe del Estado recibió á la Comision en su despacho.

Esta recepcion, apesar de revestir la forma de íntima familiaridad con que generalmente caracteriza el Sr. Presidente á actos de esta naturaleza, sobre todo tratándose de una Comision compuesta en su totalidad de sus amigos íntimos, fué acentuada de una manera trascendental por los propósitos verdaderamente patrióticos y generosos, con que nuestro primer magistrado contestó á los caballeros que hicieron uso de la palabra para pedirle sus últimas órdenes.

— " Van Vds., dijo el General, en una mision bajo todos aspectos envidiable, llevando á aquel heróico pueblo hermano los votos más expontáneos y elocuentes de nuestro cariño.

La historia registrará desde el dia en que Vds. pisen las playas de la Asuncion, un acontecimiento nuevo, sin ejemplo en sus fastos.

Me siento orgulloso de que nuestro país se adelante en cincuenta años á la abolicion de las preocupaciones feudales sobre la bárbara vanidad de la victoria que aun estrecha y comprime á la índole humana, tratándose de mantener en cuestiones de ideas y principios los odiosos nombres de vencidos y vencedores, despues del triunfo de los ideales porque hoy tan solo es dado á los hombres batallar.

La entrega de estos trofeos, no es tan solamente un homenaje á nuestra buena amistad con el Paraguay ni á

la solidaridad de nuestra raza: es un homenaje á la civilizacion.

Vayan Vds., señores, que van acompañados por el mas puro sentimiento que puede emanar del generoso pueblo oriental, y al estrechar la mano en nombre de este pueblo y su gobierno á nuestros hermanos del Paraguay, exprésenle cuanto los respetamos y los queremos, y con cuanta fé y amor hacemos votos por su progreso."

En seguida la Comision pasó á despedirse de los señores Ministros de Estado en sus respectivos despachos, quedando así lista para cumplir la honrosa mision que se le habia cometido.

LA CAÑONERA "GENERAL ARTIGAS"

IV

LA CAÑONERA «GENERAL ARTIGAS»

La cañonera Oriental *General Artigas*, era el buque destinado para conducir á la Asuncion á la "Comision Uruguaya" y la escolta militar compuesta de la banda de música del batallon 5.º de Cazadores y un piquete de cien hombres del mismo.

Un sentimiento delicado y hasta patrióticamente poético habia precedido á la eleccion de este buque para tal objeto.

Se queria significar que el padre de nuestra nacionalidad, en cuya heróica figura histórica se sintetiza como en ninguna de su época el sentimiento puro americano, era el que, por un acto digno de su carácter, devolvia esos trofeos al Paraguay, retribuyendo noble y dignamente la cariñosa hospitalidad recibida en aquel suelo sobre el que viviéra sus últimos años de vejez y pobreza, reclinándose en él para dormir el último y eterno sueño de la muerte.

Además, este buque recientemente construido en uno de los mejores astilleros europeos, reune á sus perfectas condiciones marinas, todas las circunstancias de armamento, lujo y comodidad necesarias para una expedicion de esta especie.

Trataré de describirlo á la ligera, pues á su bordo vamos á hacer luego un viaje de diez dias, desde nuestro puerto hasta el de la capital paraguaya.

La cañonera "General Artigas" ha sido construida en Trieste, en los talleres navales de los señores Strudftroff y fué entregada al servicio de la República Oriental dèl Uruguay, el año de 1884, habiendo hecho ella sola el viaje trasatlántico bajo la direccion del Sargento Mayor D. Xavier Gomensoro.

Mide de eslora 40 metros, de manga 6 metros 765 milímetros, y de puntal 3 metros 625 milímetros.

Su desplazamiento está calculado en 283.

El bellísimo casco de este buque de corte esbelto y elegante en cuya superficie no se nota ni la más leve señal de un remache, es de acero y de un espesor general de 9 milímetros, espesor que en ciertos puntos en que la defensa se hace mas necesaria, aumenta segun las necesidades y condiciones técnicas.

La máquina á vapor es Compound de cilindros horizontales, estando colocada debajo del nivel de la línea de flotacion. Esta magnífica máquina dá una marcha normal á la cañonera de 12 millas por hora, consumiendo 6 y 1/2 toneladas de carbon por dia.

El buque está armado de dos cañones Krupp de doce centímetros, uno á proa y otro á popa sobre carronadas giratorias; de dos ametralladoras Gardner sobre el puente, y de veinte fusiles Remington de repeticion.

Estas armas son del sistema más nuevo que se conoce.

Los cañones sobre todo, son dos verdaderas obra de arte en su género, siendo su montaje un trabajo curioso de mecánica, pues es suceptible en los diversos movimientos de rotacion y alza y baja de las piezas, de ser manejado por la mano de un niño; su resorte de resistencia está basado en la compresion del aire, de manera que el retroceso de las piezas es nulo ó imperceptible. Es cosa curiosa, asi mismo, el sistema de las bandas de babor y estribor donde operan las piezas, las cuales se desarman con suma velocidad descubriendo grandes portalones sobre los cuales pasan libremente los gases espandidos, al hacer fuego la pieza, sin dañar en lo más mínimo la obra muerta.

Las ametralladoras son de fuego sucesivo por un solo cañon, lo que las hace más certeras y exactas que las de fuego circular ó las de abanico. Formada una línea de puntería, estas armas pueden operar al frente y lateralmente, sin alterar en lo más mínimo el punto fijo de su tiro ya sea en blanco ó por elevacion.

En cuanto á los fusiles son la última novedad en su clase y al decir de jentes entendidas, difícilmente se puede idear un armamento para plaza ó marina en mejores y más útiles condiciones. Son, como he dicho, de sistema Remington, pero llevando en su caja una reserva de tiros que pueden dispararse seguidamente si se necesita ó economizarlos, cargando el arma á cada disparo como el remington comun, hasta un momento opórtuno en que merced á la ligera presion de un resorte entra esta reserva en la re-

cámara y se disparan uno tras otro casi sin intérvalo entre sí. El defecto del caldeo del cañon, comun hasta aquí no tan solo en las armas de repeticion sinó tambien en todas las de carga rápida por la recámara, ha sido prevista y evitada ingeniosamente en esta arma formidable.

La cámara de este buque es pequeña, pero bien repartida, estando en ella aprovechadas hasta los mas pequeños rincones.

Consta de dos saloncitos. El de popa, que es el del Comandante, está rodeado de divanes dobles: es decir, unos á la altura de un asiento comun, y otros mas anchos en un plano superior, escalonado con el de los primeros que pueden servir de camas. En el centro de este salon hay una mesa y en una de sus esquinas se abre la puerta que dá acceso al camarote del jefe del buque.

El otro es á la vez sala de armas y comedor de la oficialidad. Tiene en su centro una mesa cuadrilonga, en uno de sus extremos un aparador con un gran espejo encima, y en sus paredes laterales se abren cuatro puertas, dos de cada lado, que conducen á otros tantos camarotes. Al fondo hay una puertecita que dá salida á un pequeño cuarto para los maquinistas, y en seguida está la máquina.

En medio de las dos cámaras hay un pasadizo en donde ha sido colocada la escalera que conduce á la cubierta.

En los intérvalos de las puertas de la segunda cámara, se ven los armeros, en los que, en elegantes panóplias, están acomodados los fusiles, machetes, achas de abordaje, etc.

En el piso de esta cámara, fuertemente cerradas con herrajes de cobre, se ven las bocas de los pañoles.

A proa hay un gran entre-puente con literas y sitio cómodo donde colgar los cois de la tropa y marineria.

El buque tiene un estado mayor de seis oficiales, un contramaestre, un condestable, un maestre de víveres y dos maquinistas, siendo tripulado por 43 hombres.

Hemos podido apreciar sus condiciones marineras luchando con los elementos, y puedo decir que es un buque sólidamente construido, dócil al timon, arrogante en su manera de cortar las olas y de una estabilidad poco comun en embarcaciones de su porte, á lo que no contribuyen poco, de seguro, las quillas laterales de que está provisto y las cuales ofrecen una resistencia notable al balance rápido y porfiado que imprime á los pequeños buques el el oleaje menudo y picado de nuestro gran estuario en la travesía, como sucede en todas las aguas de poco fondo.

La cañonera *General Artigas* habia sido provista de todo lo necesario para alojarnos, y su digna y amable oficialidad, á la que en nombre de todos mis compañeros y en el mio rindo por estas páginas el tributo de nuestra gratitud, habia sido la primera en abandonar sus comodidades para ofrecérnoslas, haciendo de esta manera menos penoso nuestro viaje de diez dias, encerrados en tan pequeño espacio, y con un número tan excesivo de viajeros como la llenaban casi por completo.

Pero veo que me adelanto en mi narracion al describir nuestra casa flotante, ¡tal ha quedado en mi espíritu grabado aquel interior estrecho y repleto de gentes, en el que hemos vivido tantos dias de gratas y nobles emociones!

EL EMBARQUE DE LOS TROFEOS

V

EL EMBARQUE DE LOS TROFEOS

El 21 de Mayo era el dia fijado por el decreto del Ejecutivo para efectuar el embarque de los trofeos.

Amaneció el dia triste y lluvioso.

El cielo estaba cubierto por ese nublado espeso y plomizo característico de los grandes temporales, á través del cual se extiende sobre la tierra una claridad gris, cási crepuscular, sin intermitencias de luz ni de sombra, fria, igual, monótona, compañera inseparable de esas lloviznas interminables, menudas y porfiadas, que caen calladas y perezosas; traicioneras en el mojar, que ni azotan los vidrios, ni redoblan en los paraguas, ni hacen correr bulliciosamente el agua en las canales de las calles, ni levantan graciosas y entretenidas burbujas, como los aguaceros *masculinos* y de buena ley con que nos regalan las tronadoras, relampagueantes y redondas nubes de las teatrales tormentas de verano.

Soplaba, desde muy temprano un vientecillo Sud-Este poco tranquilizador para los que tenian en el mar la espectativa de lajornada. Á lo lèjos, los horizontes estaban cer-

rados por la niebla y la extension que desde la ciudad se descubria en las aguas, se veia salpicada de esas olas espumosas, cuyas blancas crestas se destacan en un fondo opaco y sin cambiantes, oleaje á que los franceses han dado el pintoresco y expresivo nombre de *mer moutoneé.*

Tratándose de un viaje vulgar por asuntos de comercio ó de familia, el viajero hubiera echado sus cálculos aquel dia antes de decidirse á embarcarse, y de seguro que en ellos hubiera triunfado siempre la tierra firme, sobre el instable puente del vapor, y el aposento confortable y cerrado contra aquella agüita fria y como cernida por cedazo, y aquellas ventoleras intermitentes y sibilantes con que en cada encrucijada tropezaba poco agradablemente el que se aventuraba por esas calles de Dios.

Los miembros que componian la Comision, tienen de seguro pocas afinidades con la noble y arrojada carrera de Vasco de Gama y de Colon, y aunque entre ellos se contaba un Ministro de Marina, no se hacían muchas ilusiones de sacar ni á éste mismo ileso de un buen mareo, siempre que se aventuráran con aquel dia á surcar en una cáscara de nuez las rabiosas aguas del Plata. Sin embargo, dicho sea en honor de la verdad, llenaba de tal modo el espíritu de todos la idea de dar comienzo ya á aquella tan honrosa y entusiasta expedicion, que, si álguien se ocupó de reflecionar sobre las inclemencias del tiempo en ese dia, lo hizo tan subjetiva y rápidamente que nadie se apercibió de ello, quedando las reflecciones guardadas en esa especie de cofre-fuerte del pensamiento y de la conciencia que se llama fuero interno.

Antes de las 4 de la tarde, el batallon 1.º de línea vestido de gran gala, formaba frente al Teatro de Solis, en una de cuyas alas, como creo haber dicho antes, está instalado el Museo Nacional.

Allí se iba á hacer la solémne entrega de las banderas. habiendo sido los demás objetos pertenecientes á los trofeos, préviamente acondicionados en ricas cajas de caoba y conducidos á la Capitanía Central de Puertos en donde esperaban la hora del embarque.

A las 4 menos cuarto, el Director del Museo con sus empleados hacían la entrega de las tres banderas paraguayas allí depositadas, á tres oficiales de nuestro ejército, y éstos, acompañados por otros tantos de igual clase portadores de banderas orientales, se colocaron al centro de la segunda mitad de la segunda compañía del batallon que les servia de guardia de honor.

Un pueblo inmenso que apesar de la lluvia se aglomeraba bajo las galerías del teatro, llenaba las aceras y las calles adyacentes, se asomaba por los balcones y aun cubría las azoteas, cobijado en su mayor parte bajo un apiñado toldo de paraguas, presenciaba silencioso y conmovido esta ceremonia que se efectuaba entre los acordes marciales de la banda de música.

Á las cuátro de la tarde, la columna militar seguida de otra más numerosa de curiosos, se ponia en marcha con los gloriosos pabellones por la calle del Cerro hasta la de Ituzaingó, bajando por ésta hasta la de 25 de Mayo, doblando por la de Perez Castellanos hasta llegar al puerto, en

cuya esplanada, frente á la Capitania, formó en línea de batalla.

Allí la concurrencia se apiñaba numerosa y compacta, llenaba los muelles, se encaramaba por sobre los paredones, y tomaba por asalto pescantes y columnas de faroles, haciendo de cada uno de estos sitios, puntos de mira codiciados y disputados por los que menos felices se veian relegados á un segundo término.

Ni el agua, que ya á esas horas arreciaba, ni el viento que soplaba en fuertes rachas, ni el frio que la caida de la tarde y la pròximidad del mar acentuaban de una manera enérgica, eran bastantes á ralear la concurrencia.

Frente á la puerta principal de la Capitanía, así como á lo largo de la Rampla, se veían estacionados multitud de carruajes particulares.

En el salon del Comandante General de Marina se hallaba S. E. el Sr. Presidente de la República, la Comision portadora de los trofeos, el Encargado de Negocios del Paraguay (que tambien hacia el viaje), los Ministros de Gobierno, Hacienda y Justicia, muchos gefes de alta graduacion, y Senadores, Diputados, miembros de la Administracion de Justicia, altos empleados públicos, y muchos otros caballeros extranjeros y nacionales, amigos personales de los viajeros á quienes se despedía.

En la rada interior y á poca distancia del muelle de la Capitanía, se veían balancearse en sus respectivos fondeaderos, coronadas por blancos penachos de vapor, á las cañoneras *Artigas* y *Rivera*, debiendo la última, por ra-

zon del mal tiempo, acompañar á la primera viajando en conserva durante la travesía hasta la boca del Guazú.

En el salon, se bebia la copa de la despedida.

Era verdaderamente interesante y conmovedora aquella escena y dignos de conservar los generosos propósitos que se cruzaron entre los principales actores de ella.

El Presidente de la República auguró con sentidas frases un buen viaje á la comision, reiterando los sentimientos de cariño y de respeto que abrigaba hácia el pueblo paraguayo, al cual enviaba la República Oriental del Uruguay, junto con sus viejos trofeos, el mas sincero y leal abrazo de paz y de simpatía que hubiese podido jamás enlazar á dos pueblos.

El Encargado de Negocios del Paraguay, Sr. Brizuela, contestó á estas palabras con otras cuya inspiracion indudablemente surgia del alma.

El Dr. Castro, por fin, á nombre de la Comision, agradeció nuevamente la inmensa honra con que el Gobierno de su país había distinguido á sus miembros, expresando el ánsia de que toda ella se hallaba poseida de llegar al soñado momento de pisar las playas del pueblo hermano y de entregar cariñosamente en manos amigas, aquellos trofeos que en horas tristes habian sido arrebatados de ellas mismas, entre el fragor del combate y los horrores de la muerte.

Se ha dicho, y con razon, que no hay despedida alegre.

En aquella habia animacion, entusiasmo, se hablaba

mucho y aun se bromeaba y reia, pero la idea de la ausencia de la patria y de la familia, ya mezclaba su nota melancólica en aquel concierto de felices augurios, gratas promesas y nobles aspiraciones, con que los expedicionarios y los amigos que quedaban se esforzaban por festejar el momento de la separacion.

Eran ya las cinco menos cuarto de la tarde. Habia que partir.

El Presidente de la República dió la señal.

—Señores, á bordo! dijo, y todos tomamos nuestros sombreros y nos dispusimos á salir.

En el muelle nos esperaba un pequeño vapor que debia conducirnos hasta la cañonera.

El mar á esa hora estaba agitadisimo y el embarque no dejaba de ofrecer sus dificultades.

Además, chubascos de una agua fria y menuda alternaban de vez en cuando con la de las olas, que al estrellarse contra las bordas de la embarcacion nos rociaban de piés á cabeza con una lluvia poco agradable en las condiciones de temperatura de aquel dia.

En otro vaporcito venian las banderas llevadas por oficiales del ejército, é infinidad de botes y balleneras, ocupadas por distínguidos caballeros de nuestra sociedad, hacían séquíto al vapor en que iba la Comision.

De esta manera llegamos en breves minutos al costado de la "General Artigas".

En ese momento la banda del 5.º de Cazadores que con el piquete del mismo cuerpo ya estaba á bordo, pro-

rumpió en las entusiastas notas de nuestro Himno Patrio.

Todo el mundo se descubrió al mismo tiempo que sal-taba á bordo.

Yo no tuve que hacerlo.

Una ráfaga de viento me acababa de arrebatar el sombrero, que volando por encima de los botes que nos redeaban, fué á caer al mar.

El general Santos lo notó y en tono alegre dijo:

—¿Qué es eso Granada? ¿Ya empezamos á perder la cabeza?

—No señor, le contesté, así acostumbro yo en los momentos solémnes á saludar á la pátria, á los amigos y á los honrosos pensamientos.

No sé si la frase fué feliz, pero sé que tuvo su éxito del momento.

La Comision, acompañada de los amigos que habian tenido la galantería de ir con ellos hasta á bordo, ocupó la toldilla de popa.

El Presidente rodeado de sus edecanes, quedó junto al portalon de la escalera.

Allí recibió él mismo de manos de los oficiales que las traian, las banderas paraguayas y cargado con ellas se dirigió al sitio que ocupaba la Comision, depositándolas en sus manos junto con las orientales que las acompañaban.

En este momento, allá, al fondo de la bahia, un relámpago rojizo hendió la espesa niebla que cubria las lonta-

nanzas. Luego se oyó un estampido sordo y lejano. Los relámpagos se sucedieron y el ronco tronar continuó conmoviendo écos que parecian subterráneos. Era la Fortaleza del Cerro que hacia su salva de honor de veintiun cañonazos.

Habia llegado el momento de los adioses. Todo el mundo se abrazaba sobre cubierta, mientras la banda tocaba un aire marcial, la máquina desperezaba sus miembros de acero jadeando sus últimos bostezos de reposo, la cadena del ancla crujía su ágrio chirrido entre el cabrestante y la boca metálica del escobén, y el penetrante silbido del pito del contramaestre, imitacion del canto agudo y siniestro del viento entre las járcias, dominaba todos los rumores, ordenando en notas sutiles y tremoladas la maniobra.

Ya estábamos en franquía.

Un último apreton de manos y á los botes.

La cañonera viró rápidamente casi sobre sí misma.

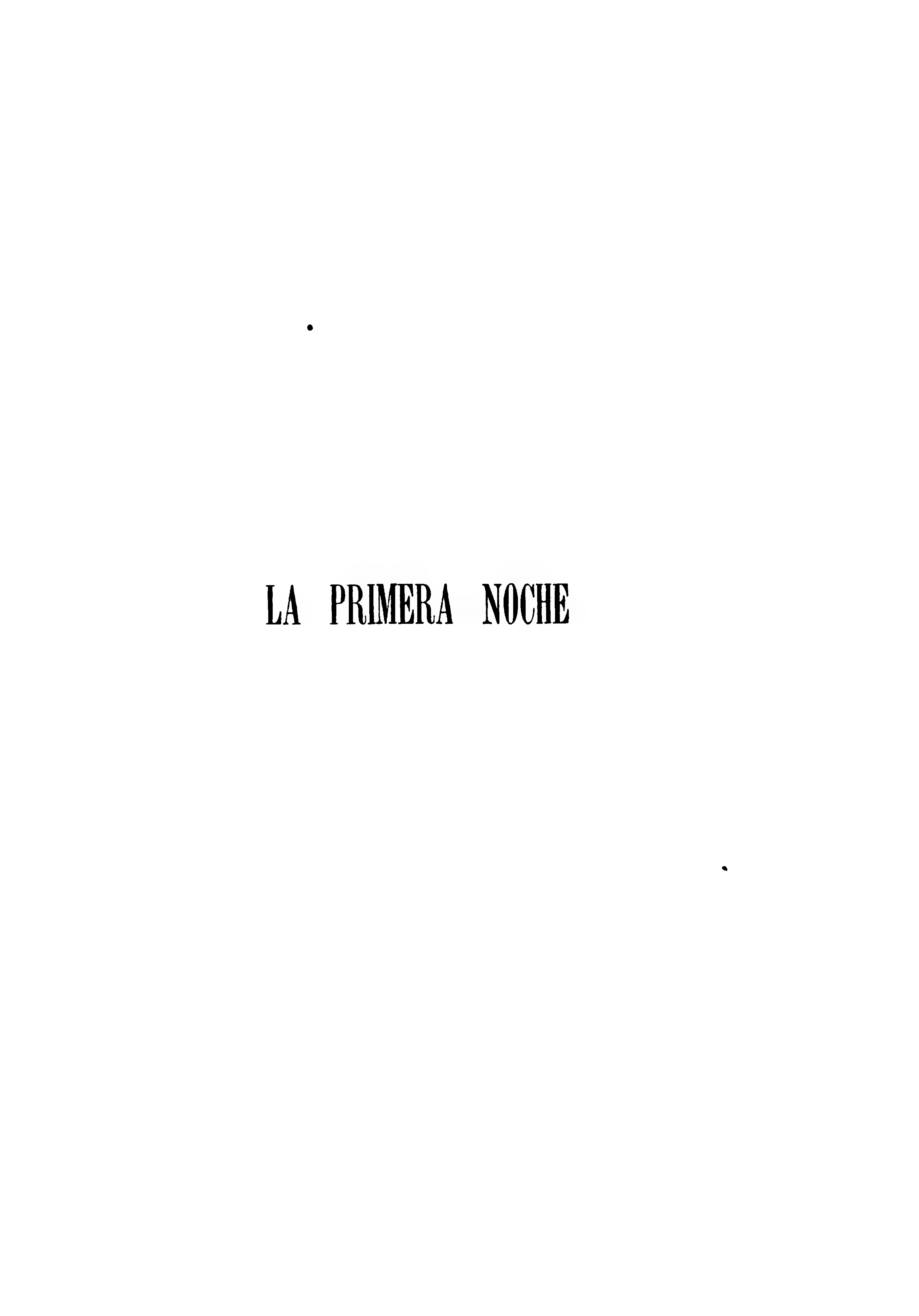
La drisa de la bandera resbaló entre su rodaje, bajando por tres veces el sagrado pabellon de la patria hasta tocar su orla agitada por el viento la cresta de las ondas bramadoras.

Mil sombreros y pañuelos se agitaron en el aire.

De parte á parte se cruzaron écos cortados por el viento y la distancia, de húrras y vivas, envueltos en frases solemnes del himno de la patria.

El buque, como un corcel de carrera retenido largo tiempo sobre la pista, se encabritó graciosamente sobre

las aguas, y luego hundiendo su proa en la onda plomiza, aspirando enérgicamente inmensos hálitos de fuego y de vapor en sus entrañas de hierro, levantando rabiosos torbellinos de agua con su hélice poderosa y haciendo espumar la proa sobre la instable superficie del mar, se lanzó, subiendo crestas y saltando abismos, con un largo gemido de su garganta de bronce, hácia el horizonte negro y nebuloso donde se apagaba la incierta luz del dia y se levantaba lúgubre y fatídica la noche.



LA PRIMERA NOCHE

VI

LA PRIMERA NOCHE

—Aconsejo á Vds. la posicion horizontal, el reposo y el abrigo, nos dijo el comandante del buque, asi que perdimos de vista á Montevideo, cosa que sucedió en breves minutos, pues la lluvia torrencial que en esos momentos caía, formaba una cortina espesa á nuestro alrededor.

Los cinco miembros de la Comision teníamos cada uno nuestro camarote. El Sr. Brizuela, el Comandante Andreu, Ayudante del Sr. Ministro de la Guerra, y algun otro de los agregados, habian tomado posesion del divan circular de la cámara del Comandante.

El pintor Corssetti, el bachiller Garabelli, el fotógrafo Dánessi y algunos jóvenes paraguayos de la Escuela de Artes y Oficios que aprovechaban la oportunidad para hacer una visita á sus familias, se miraron entre sí con ojos lánguidos, en los que se notaba una angustiosa interrogacion.

—¡Hombre! no ha de faltar como arreglarnos, dije yo que noté aquella triste incertidumbre.

Y habia razon, á fé mia, para temer las eventualidades de aquellas horas tremendas que se nos venian encima,

envueltas en las dobles tinieblas de la noche y de la tormenta.

El buque luchaba animosamente contra la tempestad, pero pequeño como es, no ofrecía condiciones de estabilidad bastantes como para poderse tener uno de pié sin estar aferrado á la borda, á un palo, á un aparejo, á cualquier cosa que sirviera de firme sosten en medio á aquel subir y bajar de proa á popa, é ir y venir de babor á estribor, con que se revolvia nuestra cañonera entre las tumultuosas aguas del Plata.

Además, se habian mandado arriar los toldos, y la lluvia gruesa y fria, arremolinada por el vendabal, azotaba fuertemente los rostros de los que se atrevian á encarar sobre cubierta, el espectáculo horriblemente hermoso de los elementos desencadenados.

Cuando dimos la vuelta del Cerro, ya era de noche.

No veíamos la farola, pero el sítio es conocido y memorable para todos los que han viajado por allí con mal tiempo.

Allí las corrientes se entrechocan por la rápida ondulacion de la costa, y las rompientes que hasta mar adentro se destacan del fondo de las aguas, hacen necesario buscar el camino un poco hácia afuera, en donde la mar se ajita furiosa bajo la influencia casi constantemente contraria del viento con su flujo natural.

La mar empezó á trepársenos por encina de las bordas.

De repente pasó por nuestro costado una especie de vision que abria en el ambiente gris oscuro sus gigantes-

cos brazos negros. Era un gran trasatlántico que entraba al puerto.

En medio de la tempestad que nos levantaba ó hundía entre las olas, sus luces que, ya brillaban, ya se perdian, parecían los ojos igneos de un mónstruo mitológico, guiñados siniestramente sobre los horrores de la tormenta.

No habia medio de permanecer sobre cubierta.

Tratamos de bajar.

Como beodos que tientan en el vacío, imaginarios puntos de apoyo, tambaleándonos, entrechocándonos los unos con los otros, escurriéndonos sobre la resbaladiza superficie de la cubierta, rodando algunos y magullándonos no pocos, hicimos nuestro camino desde la toldilla de popa, hasta la escotilla de la escalera de la cámara.

Bajamos ésta, más suspendidos del pasamano sobre nuestros brazos, que sirviéndonos de los peldaños.

Abajo, las lámparas oscilaban violentamente, perdido el centro de gravedad merced á los caprichosos y enérgicos balances del buque, y los cristales chocándose entre sí, formaban una música vibrante y cási rítmica, á esa danza macabra de las lánguidas y agonizantes luces.

La máquina jadeaba, allá en el fondo, su alentar fatigado.

De vez en cuando, hendía el espacio entre al fragor del viento y de los truenos, un gemido agudo y angustioso, cuyos écos ora se acercaban, ora huian en las violentas rachas de la tempestad. Era el silbato del vapor que anunciaba á los otros buques que navegaban por aquel

camino de crestas y de precipicios movibles, nuestra presencia en medio de las tinieblas.

Otras veces, un estremecimiento sordo y profundo, cual si el buque se arrastrára despedazándose sobre algun escollo submarino, levantaba en el ánimo poco tranquilo de los viajeros, súbitas alarmas. Era el hélice, que al huir el agua bajo la quilla del buque en uno de sus bruscos y enérgicos balances, y no encontrando sus paletas la resistencia del elemento en que desarrollaba su poderosa fuerza, jiraba vertiginosamente en el vacío, comunicando á todo el buque la conmocion profunda y violenta de sus raudas evoluciones.

El aire abajo era sofocante, pues todas las claraboyas estaban cerradas, y el tufo de las luces mezclado á las bocanadas de ese olor craso, que junto con el muy peculiar del carbon de piedra, despide de vez en cuando en sus regüeldos de fuego la máquina, formaban una atmósfera densa, pesada y repugnante.

El mareo no se hizo esperar.

El General Tajes habia desaparecido de los primeros, y hasta ahora nadie sabe lo que pasó en la lucha secreta entre su estómago revolucionado y su amor própio de Ministro de Marina.

Al Dr. Castro, recuerdo que lo ví pálido y desencajado en la puerta de su camarote, en momentos en que yo dirigiéndome al mio, tuve la mala ventura de cojerme de la mesa del centro y safándose ésta de su encaje en un barquinazo mayúsculo, rodábamos juntos hasta el estremo

opuesto, yendo á caer sobre el despavorido mozo de cámara que se empeñaba en servirnos una taza de café.

El Dr. Forteza hacía rato que sostenia un coloquio íntimo con la mesa de noche de su camarote.

Arteaga que se decía práctico de aquella navegacion, se habia adelantado á los consejos del Comandante, y hacía una hora que se le podía ver de cuerpo presente en su litera, rígido, estirado, cerrados los ojos y la boca fuertemente apretada, sordo y ciego á lo que pasaba á su alrededor, esperando un cataclismo en cada sacudimiento del buque, con la resignacion pasiva é inerte de un árabe fatalista.

Brizuela era el único que conservaba allí íntegras las excelentes condiciones de su estómago privilegiado, pues más de una vez le oí á grandes voces pedir caldo caliente, le ví partir con el puño una galleta, y aun canturrear por lo bajo la balada de *Adamastor, il dio de le tempeste,* como reza la Africana.

¡Qué noche tremenda!

Y lo peor era que aquella situacion en vez de modificarse en el sentido de la bonanza, cada vez empeoraba más y más.

No trataré de describir lo que pasaba á proa, en donde ciento y tantos hombres hacinados en el estrecho espacio de un entrepuente de diez metros de largo por cuatro de ancho, sufrian todas las horrorosas consecuencias del mareo en comandita, con sus asquerosos contagios y sus pornográficos detalles.

A eso de las diez de la noche, yo que habia conseguido dominar ciertas ansias que de vez en cuando me cosquilleaban en el epigastrio, gracias á la fiel observancia de las prescripciones del jefe del buque, empecé á sentir un frio intenso en todo mi costado derecho que era el que se apoyaba contra las costillas del buque.

Aventurè hácia esa parte una mano exploradora.

¡Estaba empapado!

En el primer momento no me dí cuenta de las causas que producian aquella verdadera desventura, en las circunstancias en que nos hallábamos.

Bien pronto sali de la duda.

El *ojo de buey* ajustaba mal. Gracias al tiempo que habia estado fondeada en el puerto la cañonera, las gomas que cierran herméticamente el aro de bronce que sirve de encaje al vídrio, se habian resecado, y á cada golpe de mar que se estrellaba contra el casco, ingeria por los intersticios de la lumbrera sendos chorros de agua que caian en mi cama.

Había, pues, que levantarse y tratar de hacer reparar en lo posible aquel defecto, que inutilizaba por completo, en aquellas condiciones de tiempo, el camarote.

Lo que sufrí en aquellos momentos, es indecible.

Al incorporarme en la cama, un enorme balance me arrojó contra una de las barras de fierro que forman la trabazon del buque, recibiendo un golpe en la cabeza que casi me deja sin sentido.

Salté sobre el piso, y mis piés descalzos se hundieron en

el agua que bajaba en cascadas por las gradas de la próxima escalera.

Vino el carpintero de abordo y trató de calafatear las rendijas por donde se introducía el agua.

No podíamos permanecer los dos dentro del camarote, mucho menos con aquel movimiento infernal que á cada momento nos echaba el uno sobre el otro.

Tuve que salir, medio desnudo, empapado, vacilante, dando diente con diente.

Al franquear la puerta de mi camarote, el buque se recostó repentinamente sobre la banda de babor.

Fué tan rápido el movimiento que no tuve tiempo de agarrarme de nada, y rodé hácia el centro de la cámara, por encima de unos bultos blandos que se estendian por el pavimento y que lanzaron unos gemidos ahogados mezclados con algunas interjecciones algo más distintas, al ser aplastados por mi cuerpo que, en la semi-oscuridad que reinaba y bajo las siniestras impresiones de aquellos horribles instantes, debió hacer el efecto del derrumbe del techo de la cámara, ó algun otro cataclismo por el estilo.

Allí habia un monton de pintores, fotógrafos, bachilleres, reporters y estudiantes, unidos por la angustiosa simpatía del mareo, y agrupados por el fuerte vínculo de las náuseas.

Aquellas gentes, no teniendo más que echar, se habian echado ellos mismos en un monton apretado é informe, que al pronto no se podía decir fuera formado de fardos, equipajes, ó séres humanos.

Creí oportuno acurrucarme por ahí, envolviéndome como pude en una manta.

Media hora despues el mozo de cámara me daba la feliz noticia de que podia ocupar nuevamente mi litera.

El buen Fermin (no olvidaré jamás este nombre prosáico, pero que hasta me parecia bonito llevado por nuestro excelente camarero), el buen Fermin, habia tenido la precaucion de mudar la cama y de prepararme unas frazadas, un tanto burdas pero secas, que me hicieron el efecto del más dulce y abrigado edredón.

Me acosté de nuevo y !oh dicha inesperada! me dormí profundamente en medio de la borrasca y á pesar de aquellos bruscos é insólitos sacudimientos, como muchas veces no he podido lograrlo en mi alcoba apacible y silenciosa, bajo las discretas y tupidas cortinas de mi querida cama, aquella que tiene ya marcado mi sitio de reposo, con su almohada compañera antigua y cariñosa de mi cabeza caviladora, y sus suaves sábanas únicas entre las cuales uno resbala sin repugnantes preocupaciones el cuerpo cansado, como se deposita sin temor una íntima confidencia, en el pecho sagrado, sincero y seguro de la mujer propia.

DUERME-VELA HISTÓRICO

VII

DUERME-VELA HISTÓRICO

Serian las cinco y media de la mañana del dia siguiente, (22 de Mayo) cuando me desperté, llamado por mi nombre por una voz amiga.

Era Clodomiro Arteaga que habiendo pasado en vela y en ayunas toda la noche, aprovechaba las primeras horas de bonanza, para poner en movimiento á las gentes de á bordo en busca del cocinero, cuyo paradero hasta entónces se ignoraba.

—Lo que es por esta vez, ya podemos contar el cuento, me decía restregándose las manos, ahora tratemos de echar lastre al estómago que bien lo necesita.

No te incomodes, prosiguió, viendo que yo trataba de levantarme, tómo sobre mí la responsabilidad del almuerzo y conociendo tus hábitos regalones, la de hacerte pasar por enfermo y que te sirvan en el camarote.

La proposicion era tentadora, sobre todo á aquellas horas, con una temperatura exterior poco agradable, y sin grandes incentivos en los espectáculos que podia ofrecer una alborada nebulosa y triste, lejos aún de las costas que podian sugerir motivos de actividad á la curiosidad ó al recuerdo.

La cañonera se balanceaba aún, pero sus movimientos eran lentos, acompasados, iguales, casi isocrónos.

Limpié con el pañuelo el vapor que se habia condensado en el cristal del traicionero ojo de buey y tendí la vista por la superficie del rio.

Este se levantaba en ondas hinchadas y sin rompientes de espuma, en unos á modo de diástoles y sístoles apresurados y anhelosos, como el seno de una muger que acaba de bailar un vals ajitado.

Una claridad gris, fria, incierta, vibraba sus reflejos de plomo fundido sobre la juguetona cresta de las ondas.

El horizonte se esfumaba en una penumbra indecisa, que unia sin solucion de continuidad el plano convexo de las aguas con el cóncavo del cielo.

Corrí la cortina y cerré los ojos pensando en Clodomiro y en el cocinero.

Traté de dormir de nuevo acariciando este pensamiento que era una promesa, pero me fué imposible.

Con la bonanza renacia la vida, el bullicio, la actividad á bordo.

De un punto á otro de la cámara se cruzaban los llamados en alta voz, las felicitaciones y las bromas.

Sobre cubierta redoblaba el tambor y hendían el aire las notas altas y vibrantes del clarin.

Era la diana.

Uno de los del monton sacó la cabeza de debajo de su manta, y con aire satisfecho exclamó alegremente:

—Compañeros, están tocando rancho!

Aquel individuo oía con el estómago.

El buen humor se hizo desde entonces general.

En esos momentos, cruzó por la puerta de mi camarote el segundo de á bordo, Teniente Scavino, uno de los hombres más excelentes que he conocido, al par que un activo, entendido y pundonoroso oficial.

—Buenos dias, teniente, le grité.

—Buenos dias, señor secretario, me contestó con su jovialidad acostumbrada, entrando al camarote. Lo he visitado tres veces en la noche, pero he visto que Vd. habia tomado la mejor resolucion que se puede tomar cuando se viaja con mal tiempo: estaba Vd. dormido.

—Á Dios gracias, teniente, y ¿dónde estamos?

—Frente á los cerros de San Juan.

—¡Hola!

—Creo que ya se descubren desde aquí.

¿Vé Vd. aquella especie de nube negruzca que se levanta allá á lo lejos?

—Sí.

—Pues esa es nuestra costa; esos son los cerros.

—Quiere decir que pronto estaremos en el canal del Infierno.

—Justo.

—A propósito, no es mal idem el que hemos pasado anoche.

—Efectivamente. Pero qué buque la *Artigas*, amigo mio! ¡qué buque!

—Hombre, y es verdad que no habia felicitado á usted

como dueño de casa. La cañonera es digna del nombre que lleva.

—Es verdad, es verdad, exclamó Scavino, lleno de legítimo orgullo, al mismo tiempo que me apretaba la mano con dos dedos únicos que le quedan en su diestra mutilada por efecto de un percance guerrero.

Entre pocas horas estaremos en la Boca del Guazú, añadió en seguida; ahora tengo que ir al puente, pues entramos en el canal balizado.

Buenos dias otra vez, señor secretario.

—Buenos dias, teniente, y me dí vuelta hácia la lumbrera fijando mi vista en las costas de la patria.

¡San Juan!

¡Del Paraguay, hácia donde íbamos custodiando las viejas y gloriosas enseñas de aquel pueblo valiente, era de donde habia venido hacía 330 años el Capitán Juan de Romero con ciento cincuenta soldados escogidos, (poco más ó ménos un puñado de hombres como el que iba con nosotros en la *Artigas)*, mandados por Don Domingo Martinez de Irala á la sazon Gobernador del Paraguay, á echar allí los cimientos de la Ciudad que entónces denominaron de San Juan, y que fué destruida luego por los charrúas!

¡Qué recuerdos entre los que forman la solidaridad de los vínculos que unen á estos países en los anales de su existencia y de su civilizacion!

Bien está que navegábamos hácia las grandes memorias del pasado, hácia el génesis de nuestra conquista, de nuestra civilizacion, de nuestra riqueza.

¡ Cómo cambian los tiempos !

Estábamos en las aguas en que se dió principio en el siglo XVI al descubrimiento de esta parte de la América, á pocas millas del *Paraná Guazú* primeras palabras del idioma guaraní que salieron á recibir á Solís en su atrevida exploracion en estas tierras ignotas y misteriosas.

No se soñaba aún con Buenos Aires; Montevideo estaba á más de dos siglos de distancia en la gestacion lenta de la conquista y de la colonizacion de estos desiertos territorios, cuando las carabelas españolas mojaban sus quillas aventureras en estas aguas dilatadas y tranquilas á que los hombres del viejo continente, sublimes ambiciosos, rudos soñadores de la inmortalidad, daban asombrados el nombre de Mar Dulce.

Entre poco íbamos á entrar á la boca de ese Rio Paraná, cuya secular corriente habia arrastrado trescientos años ántes los jérmenes de nuestra poblacion, de nuestra civilizacion, de nuestra riqueza, de nuestra misma independencia.

De esa Asuncion á donde íbamos llevando el testimonio supremo de nuestra antigua alianza en los vínculos de la raza y de las aspiraciones al futuro, nos habian venido siglos atrás sus hombres, sus ganados, el espíritu mismo de independencia que primero que nadie inició aquél entre estos pueblos de la de la region platense, pugnando hácia su emancipacion de la tutela del virreynato

y á su constitucion como nacion soberana, libre é independiente.

Porque la Asuncion habia sido sin duda, el foco de la conquista del rio de la Plata.

Al calor de aquellas tierras que dora eternamente el sol de los trópicos, ante el grandioso espectáculo de aquella espléndida naturaleza, en la fuente de aquellos grandes rios que fluyen sin cesar sus dulces caudales hácia el océano inmenso y amargo, los conquistadores españoles, encontraron fuerza, inspiracion, condiciones propicias en la naturaleza y en el carácter y costumbres de los aborígenes, para emprender una obra análoga á la que habian iniciado en el Perú sobre el Pacífico.

La raza guaranítica, mansa á la par que esforzada, con hábitos radicales y de trabajo, por la constitucion de su territorio propicio á la agricultura, estaba en mejores condiciones que las hordas nómades, feroces y guerreras, que poblaban las tierras bravías, ásperas y salvajes de los litorales marinos, para formar el núcleo de nuestra civilizacion.

Desde D. Pedro de Mendoza, desde Gaboto, mejor dicho, que fué el primero que subió al Rio Paraguay hasta el Bermejo, hasta D. Bernardo de Velazco que fué el último que ejerció mando en nombre del rey de España en aquellas regiones, todos miraron siempre aquellas tierras del norte como el centro privilegiado de la conquista en esta zona de la América.

De allí vinieron los primeros pobladores de nuestro territorio.

Allí se refugiaron los colonos de la primera fundacion de Buenos Aires.

Las primeras semillas europeas y los primeros animales domésticos del viejo continente fueron allí introducidas en 1542 por Irala, y de allí se desparramaron luego por toda esta parte del continente.

Ese mismo Irala habia sido elegido por los colonos en 1538 gobernador provisorio: la primer eleccion libre y directa que hacía el pueblo en esta seccion del nuevo continente, acto que luego era aprobado por la córte de España.

Allí, la religion católica tiene tambien la primera página de su historia entre nosotros, pues conjuntamente casi con la fundacion de San Juan en nuestras costas, en 1555 el general Martin de Orué subia con dos naves de guerra españolas el rio Paraguay, conduciendo el primer obispo Fray Pedro Torres, de la Órden de San Francisco; allí establecieron las primeras misiones los jesuitas Simon Mazeti y José Catalino; por allí cruzó la figura legendaria del Santo Francisco Solano, y el proto-mártir del Paraguay Fray Roque Gonzalez de Santa Cruz, dejó en la Guayra su rastro luminoso de caridad y sabiduría.

Á aquel centro comun de fuerza y de refugio, se retiró Mendieta en 1576 con los pobladores de San Salvador que tres años antes habia fundado con elementos de la misma Asuncion Juan Ortiz de Zárate, despues de fundar la de Santa Fé en el Paraná, no pudiendo resistir á los ataques feroces y empecínados de los charrúas.

De allí, de la misma Asuncion vino en 1580 Juan de

Garay, al rio de la Plata y fundó la ciudad de la Santísima Trinidad, Puerto de Santa María en el mismo sítio en que existe hoy la ciudad de Buenos Aires.

De allí también salió Juan Torres de Vera á fundar en 1587 la Ciudad de Corrientes.

Allí se hace en 1605, la primer eleccion de un hijo del país que se haya efectuado en esta parte de América para el mando supremo, recayendo la el eccion en Hernandarias, de Saavedra, natural de la Asuncion y su décimo sexto gobernador, eleccion que es aprobada por Felipe III, y ese gobierno del primer criollo en las colonias españolas, alcanza á implantar las reducciones religiosas, las misiones en el Paraná y Uruguay, iniciadas por los padres Lozana y San Martin, el sometimiento absoluto de Arapisandú Jefe principal de los indios del Paraná, la division de las gobernaciones del Paraguay y del Rio de la Plata, esbozando el primer acto de la autonomía nacional de que se conserve ejemplo en estos países.

No basta esto: la raza guaraní no es tan sola la aliada de la conquista civilizadora y cristiana, sino que tambien es la que presta su brazo y derrama su sangre en pró de la patría, así es que el dia en que el Maestre de Campo Vera Mujica, en 1680, por órden del Gobernador Don José del Garro viene á desalojar á los portugueses que se habían posesionado de la Colonia del Sacramento, trae bajo su mando 300 españoles, pero el grueso de su ejército, arrojado, valiente, impetuoso hasta la heroicidad, lo componen tres mil guerreros guaraníes que bajo las inme-

diatas órdenes de su cacique Amandaré hacen prodigios de valor tomando la ciudad en ese dia memorable. Más tarde, en 1704, Don Baltazar García Ros vuelve á recuperar esa misma plaza, nuevamente usurpada por los portugueses, y 4.000 guaraníes á sus órdenes, dan un dia de gloria á las armas castellanas, una honrosa página á la justicia y un recuerdo imperecedero de noble y legítimo orgullo á nuestra raza americana, reconquistando definitivamente esa ciudad histórica de nuestra patria, del poder arbitrario de aquellos activos y hábiles competidores de la conquista española, que, apesar de la Bula de Alejandro VI y del tratado de Tordesillas, no perdían ocasion de plantar sus quinas en las posesiones más propicias para el desarrollo de sus planes de absorcion territorial, en las colonias del Nuevo Mundo.

Mi imaginacion soñando con aquellas remotas épocas, aquellas épicas acciones, cayó en ese lánguido sopor de los recuerdos que abstrae el ánimo y lo repliega en una concentracion tan enérgica de ideas y de sensaciones que hasta cierto punto anula la individualidad moral del presente, para dejar tan solo viva la mágica facultad de evocar las pasadas memorias.

Una palmada de las que indudablemente deberia propinar Braulio el del Castellano Viejo, derrumbó en mi mente más de siglo y medio, y dándome vuelta de un

golpe en mi estrecha cama, me encontré con la cara risueña de Clodomiro y con un plato humeante y apetitoso de un caldo dorado y aromático, capaz de entusiasmar á un dispéptico.

El buen amigo no se olvidaba de su promesa y la cumplia personalmente con cariñosa solicitud.

—Esta es la sinfonía, me dijo misteriosa y confidencialmente, ahora viene lo gordo. Ya verás, ya verás.... Cuando yo empuño la batuta en estas cosas, tengo la vanidad de creer que pocos me superan en discrecion y actividad.

—¡Bis! ¡bis! exclamé yo entre cucharada y cucharada.

—Esta es la sinfonía.... repitió Clodomiro creyendo que yo *bisaba* el discurso.

—Nó, nó, lo interrumpí, pido *bis* del caldo.

—*¡Non bis in idem!* me contestó sentenciosamente quitándome el plato limpio. Ahora viene otra cosa.

¡Sabía latin el muy pícaro!



LA BOCA DEL GUAZÚ

VIII

LA BOCA DEL GUAZÚ

El almuerzo, aunque improvisado, era digno del preámbulo que lo habia precedido.

La estabilidad del buque se producia sensiblemente.

El sol rompia en girones las brumas de la mañana, ỳ acá y allá, sobre la superficie rizada de las aguas, proyectaba manchas lucientes que contrastaban con el color plomizo que generalmente caracteriza la gran extension del rio. Mis compañeros ménos perezosos que yo, subian á la cubierta.

Una voz dijo:

—¡ Martin García!

—¡ Hola! veámos esa isla argentina de la costa oriental, me dije, y empecé á vestirme apresuradamente.

Más ligero que yo andaba de seguro la cañonera, porque cuando subí á la cubierta, la isla llamada por antonomacia "La llave del Plata", quedaba muy por la popa y á algunas millas de distancia.

En cambio, nuestra costa se hacía cada vez más visible. Su terreno graciosamente accidentado, en cuyas alturas brillaban al sol los blancos caseríos de las estan-

cias, y en cuyas hondonadas el verde azulado de los bosques en lontananza señalaban los arroyos afluentes del gran rio, alegraban el espíritu con esa grata y suave influencia que ejercen sobre él los bellos paisajes, y sobre todo cuando éstos son los paisajes de la patria.

Derrepente, al fondo de una especie de seno que hace la costa y de entre un verdadero ramillete de verdura, vimos surgir uno despues de otro, infinidad de techos rojos, sobre los que se destacaba una alta chimenea de fábrica, en cuya cima se torcía hácia el viento un penacho de humo plomizo.

—¡El Carmelo! exclamaron varias voces, y todos los anteojos se dirigieron hácia aquella poblacion que se presentaba á nuestra vista como en una comédia de mágia se alza una ciudad en un pestañeo del espectador, merced á una de esas rápidas y sorprendentes mutaciones en que hace milagros la moderna escenografia.

Hácia la izquierda y un poco más arriba de la poblacion, siguiendo el monte que marca uno de los brazos en que se divide el arroyo de las Vacas, los más prácticos señalaban el sítio en que deben existir las ruinas de la Capilla de las Vivoras, construccion del principio del siglo.

Mi buena voluntad y un anteojo muy regular que llevaba, fueron impotentes para descubrir esas ruinas.

En cuanto al Carmelo, visto de paso y al buen andar de 10 millas por hora, es una poblacion que protesta contra la aseveracion de los geógrafos que no le dán más que 800 habitantes.

Á las 12 del dia echábamos el ancla en las aguas plácidas de la boca del Guazú, el más ancho de los brazos del délta paranaénse.

Á poca distancia nos seguía la cañonera *General Rivera*.

Sentí íntimo placer en ver á este buque de nuestra escuadra, cruzar esbelto y rápido, orzando con coquetería y levantando espuma con su afilada proa, á sotavento del nuestro, ejecutar una lijera virada á pocas brazas de nuestro bauprés, y venir dócil y tranquilo como si se tratára de un ser animado é inteligente á detener su marcha al costado de la *Artigas*.

Yo habia visto colocar la quilla de este buque en el astillero de la Escuela de Artes y Oficios.

Desde el ajuste de la cuadernas de su plan, hasta la última tabla de su borda, habia presenciado día á dia su construccion por los alumnos de nuestro establecimiento modelo.

Como todo el pueblo de Montevideo, la habia visto luego cruzar entre víctores y festejos las calles de nuestra ciudad hasta ser botada al agua.

Hay pues, por mi parte, como por parte de muchos orientales, un sentimiento profundamente afectuoso ligagado á ese pequeño buque, en el que, casco, arboladura, máquina, todo representa la inteligencia y el esfuerzo de un núcleo de esa pléyade de jóvenes alumnos que con el tiempo tienen que dar honra y beneficio al pais, bajo cuya tutela se instruyen en las ciencias, en las artes, y en las industrias útiles y lucrativas.

La cañonera *General Rivera* nos acompañaba hasta allí. Entre breves instantes emprenderia su viaje de vuelta á Montevideo.

Habia que aprovechar los momentos para escribir cuatro palabras á nuestras familias que indudablemente habian quedado en la más cruel ansiedad, viéndonos partir bajo la accion de un temporal deshecho.

En un momento, mesas, cajones, bordas y hasta rodillas y copas de sombrero, se convirtieron en otros tantos escritorios.

Los padres de familia nos despachábamos rápidamente con cartas lacónicas, casi telegráficas, con fuga completa de artículos y conjunciones.

Los enamorados y reporters de diarios, escribian nerviosamente, aunque con algunos tropezones, rascándose de vez en cuando la punta de la lengua con el lápiz y buscando inspiracion en el azul del cielo.

Una carta olvidada en el apuro de cerrar la correspondencia y que por mayoría de votos fué luego abierta y leida en alta voz, aunque suprimiendo discretamente los nombres propios, decia así:

" Querida . . .

" ¡Estamos salvos! "

" Lo de anoche no fué más que un ensayo general de " naufragio. "

" Nuestro almuerzo de despedida, vilmente perdido " por la parte que me toca. "

" En cuanto empezó el balanceo, se estableció entre él

" y mi mucosa estomacal una lucha tremenda como la " de Raul y Valentina en el cuarto acto de los Hugono- " tes. "

— " *¡ Resta !* decia ella.

— " *¡ Lasciami partir !* gritaba él.

" Y partió el muy canalla, dejando á la mucosa des- " mayada en lo profundo de su saco. "

" Estamos en el *Guazú* que en guaraní quiere decir " grande. Así te quiero, alma de mi alma! *Guazú*, pero " muy *Guazú !*

" Tu mamá y mi futura señora suegra es *Miní* como la " otra boca, (por aquí hay más bocas que en el presu- " puesto,) *Miní* quiere decir chico en el idioma ántes " citado. No se lo digas, porque es capáz de *miniatu-* " *rarme* cuando vuelva. "

" La Comision medio cariacontecida y trasnochada. "

" Los compañeros impresentables. "

" Yo muy lánguido, pero más amante que nunca. "

" Quisiera volverme con la *Rivera* porque *Artigas* no " me ha dado cama, y porque te amo sobre todas las " cosas; á mi me pesa . . . "

" Perdona: rezaba el Credo sín sentirlo. "

" Dile á tu hermano Vicente, que nunca siga lo que " dice el refrán sobre su nombre. "

" Te reitero mi ofrecimiento sobre mi conducta en " el Paraguay. Recuerda el que tu me hicistes sobre tu " actitud en la misa de doce, tu porte en el paseo de la " calle de Sarandí, y tu quietud perfecta en la ochava " de la cazuela durante las noches en que abandones mi

" recuerdo por Rigoletto ó alguna otra deformidad lí-
" rica. "

" Dile á tu mamá que no olvido mi promesa de traerle
" un cargamento de guayavas á mi vuelta.

" Y á tí ¿qué te traeré, ídolo mio?

" Mi corazon que es más dulce, más tierno y sobre todo,
" menos suceptible de interpretaciones antonomás-
" ticas que aquella fruta tropical. "

" Te traeré mi amor que no es una guayava, sino un
" sentimiento puro, desinteresado, ardiente, etc.—ya sa-
" bes la definicion de memoria y no me alcanza el papel
" sino para decirte: ¡adios! con el alma! "

Hizo bien el correo en olvidar esta carta.

Acusaba demasiado buen humor en su autor, y este sentimiento les sienta mal á los enamorados que se separan del objeto de su cariño, sobre todo al dia siguiente de la despedida.

La Comision creyó de su deber enviar un recuerdo al Sr. Presidente de la República Oriental desde la embocadura del rio argentino, y hé aquí la breve nota que se redactó en aquel momento y que firmamos todos:

Boca del Guazú, Mayo 22 de 1885.

Al Excmo. Sr. Presidente de la República, Teniente General D. Máximo Santos.

Sr. Presidente:

Participamos á V. E. que hemos llegado á la boca del Guazú sin novedad, despues de un viaje hecho en per-

fectas condiciones de navegacion, aunque bajo los efectos de una constante tempestad.

La cañonera *General Artigas* es digna del glorioso nombre que lleva. Ha soportado firme y valiente el furioso temporal que nos ha acompañado desde ese puerto hasta la embocadura de este rio, cuyas aguas ya vienen mezcladas con las del Paraguay que en breve surcará entre víctores.

La Comision Uruguaya aprovecha la oportunidad del primer medio de comunicacion que tiene con la patria, para dirigir un saludo efusivo al primer magistrado de la Nacion, á quien pertenece la iniciativa del grandioso pensamiento que la conduce, por delegacion de los Altos Poderes del Estado, en una tan bella como trascendental mision, ante un país hermano y heróico.

Máximo Tajes—L. Forteza—Cárlos de Castro—Clodomiro Arteaga—Nicolás Granada, Secretario.

LA COMISION

IX

LA COMISION

La *Rivera* navegaba rápidamente hácia las costas de la Patria.

Nuestra cañonera por su parte habia levado tambien anclas, y luchando ya con la correntada que desde la embocadura del Paraná se deja sentir con alguna energía, se introducía en ese canal bordado de islas, en las que los sauces destacan su verde vivo y fresco sobre los ceibos, que, despojados de sus anchas hojas y sus guirnaldas de flores rojas aterciopeladas, solo muestran, en la estacion de nuestro viaje, su tronco deforme y su ramaje aparragado y retorcido cubierto de una corteza blanquizca, que les dá á estos árboles el aspecto de esqueletos de la vegetacion.

En -una vuelta del rio, perdimos de vista á nuestra compañera de borrasca.

Las costas eran monótonas por su perfecta igualdad.

A través de las islas de la derecha, apenas veíamos, de cuando en cuando, y léjos muy léjos, alguna cuchilla de la costa oriental.

Los pueblos argentinos, Zárate, Baradero, San Pedro, Ramallo, pertenecientes á la Provincia de Buenos Aires, quedan situados sobre la costa del Paraná de las Palmas, brazo que viene á unirse al Guazú frente á San Nicolás, última poblacion sobre el litoral, al Norte de esa gran Provincia.

No habia pues verdaderos incentivos para permanecer sobre cubierta, mucho más si se tiene en cuenta que la limpieza de ésta, despues de una noche de temporal y con una tripulacion tan numerosa, habia tenido que ser general y abundante en agua, de manera que el piso aun se encontraba húmedo, añadiéndose que corria una brisita bastante fresca y que el sol no se hacia ver sino de una manera fugaz é intermitente.

Se propuso tomar una copa de vino y fumar un cigarro en la cámara, y la proposicion fué aceptada con vivísima simpatía.

Aquella copa será inolvidable.

Fué la primera que bebimos los miembros de la Comision Uruguaya en el seno íntimo de la amistad y del compañerismo, con gratos y efusivos recuerdos á nuestras familias y á nuestros amigos, con nobles y entusiastas augurios para el porvenir de la patria y del pais hermano hácia donde ibamos mensajeros de la más hermosa y grande demostracion de amor que pueda manifestarse de pueblo á pueblo.

En aquella copa apurada entre los más santos y bellos propósitos, no entraba para nada el placer material de be-

ber un licor agradable en medio de las espansiones del buen humor de unos cuantos camaradas. Era como á modo de un vino místico que consagraba con sus perfumadas emanaciones y sus dulzores generosos, los sentimientos puros, sin sombra de dobléz y sin mezcla de egoismo ó de rencor, que emanaban expontáneamente del alma en aquella hora por siempre bendita.

Su última gota, formó un vínculo entre nosotros, que, con el alma en Dios, creo que jamás será disuelto.

Se encendieron los cigarros, y la conversación empezó á correr suelta y caprichosa sobre los acontecimientos y emociones de las últimas veinticuatro horas.

Yo me recosté en un divan y en esa actitud beatífica é indolente del hombre que ha pasado por los accidentes no muy agradables de una noche toledana y que ya sin preocupaciones ni temores descansa su cuerpo en un sítio cómodo y abrigado y dá sueltas á su imaginacion para que retoce en las nubes azuladas del humo de un buen puro, me puse á soñar despierto, contribuyendo no poco á esta situacion sicológica, el monótono evolucionar del hélice sobre las aguas, la trepidacion igual, rítmica y constante que éste mismo imprimia al buque, la conversacion animada de mis compañeros, y hasta el rumor de los pasos acompasados y uniformes de algunas parejas que median de un extremo á otro la toldilla de popa, buscando abrigo en el ejercicio, y que resonaban sobre nuestras cabezas.

La imaginacion es rápida como la golondrina en su

vuelo, excéntrico é insconstante. Sube á los cielos con un golpe de su ála sutil; nada sobre el aire, horizontal, serena, y tranquila; un segundo despues corta al sesgo el espacio y viene á razar con el pecho el polvo del camino ó á levantar perlas de la superficie de las aguas con sus plumas agudas y enarcadas; revolotea luego por sobre las veletas de los altos campanarios, y concluye al fin, despues de dominar cumbres y hundirse en abismos, por detener su vuelo fugaz y nervioso en el alero del hogar humilde, ó en la labrada cornisa del palacio en que ha hecho su nido.

Mi fantasía en un minuto habia hecho un giro maravilloso y casi ubicuo á través de muchos años y de inmensas distancias; habia pasado en revista acontecimientos, ora dolorosos, ora propicios de mi vida; habia evocado cáras y melancólicas memorias de séres queridos que fueron, y dulces sentimientos de cariñosa esperanza sobre los que embellecen mi existencia y dan vislumbre de alborada á mi futuro que pronto empezará su descenso hácia el ocaso.

Poco á poco los círculos de su vuelo fueron estrechándose y concentrándose á ideas cada vez más íntimas é inmediatas, hasta venir á plegar sus álas, allí, en la pequeña y abrigada cámara del vapor, frente á frente á mis cuatro compañeros que, respetando mi silencio y mi reposo, departían entre sí animadamente sobre tópicos familiares ó de actualidad.

El más jóven de todos era el General Tajes, actual Ministro de Guerra y Marina de la Nacion, el cual por su categoría de miembro del Ejecutivo revestía una especie de presidencia en la Comision.

El General Tajes es un hombre que, al revés de muchas otras entidades políticas que segun el dicho ya vulgar, "como las estátuas ganan con ser vistas de léjos", adquiere ventajas reales con ser tratado en la intimidad.

No me propongo aquí hacer biografías pesadas y generalmente aduladoras.

Diseñaré rápidamente perfiles, trasladándolos á estas páginas, del álbum cariñoso en que mi amistad dibuja con el alma sus bocetos predilectos.

El General Tajes es un militar de linaje.

Las ordenanzas han abrochado de arriba abajo y puesto corbatin á su carácter franco y sencillo.

Su fisonomía se ha caracterizado bajo el influjo de la disciplina y su mirada que es suave é inteligente, acostumbrada á fijarse al frente segun las reglas tácticas, se presta poco á esas graciosas espresiones con que iluminan las conversaciones vehementes, los músculos movibles inquietos y descriptivoes de los ojos insubordinados.

Camina rítmica y mesuradamente con pasos exactos de 608 milímetros como le demarcan las instrucciones militares; calla generalmente, rie poco (en público y sobre todo ante superiores en edad, dignidad y gobierno), y aunque sé que es susceptible de llorar como todo ser que como él abriga sentimientos tiernos y humanitarios, no ha llega-

do á mi noticia que lo haya hecho, de grande, ostensiblemente, más que una vez, teniendo yo el raro privilegio de poderlo constatar, como lo haré más adelante.

El General Tajes ha servido desde niño, y su carrera empieza desde las filas de ese ejército de que hoy es uno de los Jefes superiores.

La sequedad fria y reservada de su tipo exterior, es una corteza; ménos que una corteza, una epidérmis.

Á poco frotar sobre ella, se ponen de manifiesto sus bellísimas condiciones de carácter.

Se descubre más: se descubre que allí hay un espíritu cultivado y accesible á todas las impresiones (muy subjetivas eso sí), del entusiasmo por lo bello, por lo grande, por lo delicado.

Cuando él comprende que ha sido tomado por asalto en sus afectos íntimos, y que la valla de su fria exterioridad no basta á servir de antemural á las reservas con que él ofrece su amistad, se rinde á discrecion, y entonces se encuentra uno con un sér bueno, generoso, inteligente, siendo entonces tambien, que el asaltante es el verdaderamente sorprendido.

El General Tajes habla conceptuosamente, y con facilidad y elegancia, exornando su discurso con imágenes bellas y originales.

Tanto en su carácter público, como en el privado, es culto, digno, atento y benévolo.

Dos grandes condiciones he observado en él, haciéndomelo más simpático si cabe que por las muchas otras que

lo adornan: — No lo he oido jamás hablar mal de nadie, ni fuera de los actos de servicio tratar de imponer á nadie tampoco, la superioridad de su gerarquía militar, ni de su investidura política.

El Dr. D. Cárlos de Castro es, ante todas cosas, lo que se llama "un cumplido caballero".

De porte elegante y de maneras cultas y distinguidas, es un ejemplar, ya raro entre nosotros, de esos hombres de alta sociedad dotados por la naturáleza del noble y expontáneo prestigio del tipo fino y señoril.

El Dr. Castro es como jurisconsulto uno de los más notables de nuestro país, el cual le debe importantes trabajos en materia legal y administratíva.

Como hombre político, su nombre está ligado desde hace más de veinte años á los acontecimientos más culminantes de la República Oriental.

En su trato íntimo y familiar, pocos caballeros habrán que reunan más elementos de índole y de educacion para hacerse simpáticos é interesantes.

Criado en Europa, en la poética y artística Italia, ha formado su espíritu al calor de ese hogar divino que presiden los númenes sagrados de la belleza estética, de los sublimes conceptos, de las celestiales armonias, y de los recuerdos eternos.

Difícilmente se trata al Dr. de Castro sin cobrarle una

simpatía que muy luego se torna en profundo y verdadero cariño.

Pocas casas hay tampoco en Montevideo más castellanamente hospitalarias que la de este caballero, y en las que una sociedad más agradable, distinguida y afectuosa, se congregue bajo la influencia grata y atrayente de esa cariñosa y siempre igual acogida, dispensada así á sus íntimos, como á los forasteros que llegan á sus puertas.

El Dr. de Castro ocupa en estos momentos una banca en el Senado, despues de haber sido Ministro de Estado en pasadas administraciones; miembro del Superior Tribunal de Justicia, Ministro Plenipotenciario en el extranjero, habiendo desempeñado además otros honrosos y elevados cargos políticos y judiciales, en diversas épocas de su vida, siempre dedicada al servicio de la patria.

El Dr. Castro es un falansteriano á su modo.

Quisiera ver á todo el mundo igualmente feliz.

Sufre la neurósis de la dicha agena.

Tiene además un gran defecto para nuestro siglo: el dinero le incomoda en los bolsillos ó en las manos.

Tiene en su estudio una caja de fierro que es un epígrama.

La caja está siempre abierta.

Alguna vez le he dicho:

—Compadre (porque somos compadres, y de sacramento, como decian nuestros abuelos), compadre, ¿para qué tiene Vd. ese armatoste?

Y me ha contestado con mucha gracia:

—Para hotel de los pesos, compadre.

Sus pesos hace tiempo que no viven en casa propia.

Todos los adjetivos que sirven para designar las más hermosas cualidades del carácter de un hombre, son pocos para perfilar las condiciones morales del Dr. D. Lindoro Forteza.

Hay algo de la grave magestad judicial en su persona.

Las austeras funciones de su cargo, han revestido á su tipo físico de un aire solemne y severo como la ley.

Al rededor de su arrogante busto, parece como que flotan los pliegues de la toga de un triunviro romano.

Tanto sus palabras como sus actos, son metódicos, sóbrios, concisos y pensados.

Pocas veces se deja arrebatar por la inspiracion entusiasta y vehemente; pero jamás dice más de lo que se ha propuesto y debe decir, y esto mismo, con las frases más breves y con las espresiones más precisas.

La primera impresion que suscita en el ánimo, no es la de esa simpatía que inspiran los caractéres francos y abiertos; pero de seguro que nadie que lo conozca *por fuera* podrá sustraerse á un movimiento de respeto y de estimacion hácia su persona.

Tratándolo intimamente, es forzoso añadir á esta esti-

macion y á este respeto, un cariño sincero, honrado, y leal.

Hace bien al espíritu la amistad del Dr. Forteza.

Hay en él un fondo tan grande de benevolencia, de rectitud, de sencilléz, de modestia, de buenos y delicados sentimientos, que muy mal avenido ha de estar consigo mismo el que no se encuentre satisfecho y hasta halagado, de ser distinguido con su amistad, tanto más cuanto que no es pródigo en conceder, y mucho ménos en ofrecer, el grato nombre de amigo.

—Yo sé, me decia una vez, que mi exterior grave y sério me enajena muchas simpatías.

No crea Vd. que esta idea no ha dejado de entristecerme muchas veces. Pero ¡que quiere Vd. mi amigo! mi vida desde que tengo uso de razon, ha sido una lucha continuada. Me he formado yo solo, teniendo desde jóven que subvenir á las necesidades de mi familia. Yo no he tenido como otros, esa alborada fresca, alegre, y radiante, de los años de la adolescencia, que nos acompaña hasta la vejez con un recuerdo de sus inolvidables resplandores.

Las preocupaciones de la vida con todas sus enérgicas, rudas, y apremiantes realidades, han servido de molde á mi tipo externo, y no es poca dicha poder decir que, á pesar de haberme formado en molde tan estrecho y tan severo, haya podido conservar ilesos los sentimientos delicados del alma, la sensibilidad, la ternura, la benevolencia, todos esos dulces y nobles rasgos del espíritu que forman su filiacion divina. "

Efectivamente, pocos hombres hay más fáciles por el lado del corazon que el Dr. Forteza.

Su rectitud de carácter como juez, debe de haberle ocasionado muchos disgustos.

Pero como es cosa sabida que el hombre propone y Dios dispone, el Dr. Forteza, ha tenido que ser juez, tomar tipo de tal, ganar fama de severo y adusto còmo la ley que explica y aplica, quedando para sus intimidades el hombre suave, generoso, dulce y sensible que conocemos los que tenemos la ventura de tratarle fuera del tribunal y en el seno de la amistad.

La biografía de Clodomiro Arteaga, está escrita en el *memorandum* diario de las apremiantes, fatigosas, y múltiples necesidades de la vida.

Clodomiro tiene un pensamiento dominante, fijo, inmenso, avasallador: — Su casa, su familia.

Al rededor de éste, se agrupan luego, por órden de ìmportancia, de simpatia ó de interés, todos los demás que constituyen el bagaje moral de un hombre activo y de trabajo.

Como todos los hombres, tiene defectos y virtudes, con la circunstancia de que los defectos de Arteaga son de tal

naturaleza que no han alcanzado ni alcanzarán á eclipsar sus buenas condiciones.

Clodomiro es el ser mas servicial que he conocido, pasando á veces verdaderos malos ratos por ese afán que tiene de hacerse cargo de las desgracias agenas y de intervenir como árbitro amigable y oficioso en todos los conflictos de carácter íntimo ó social que se producen entre sus amigos ó simplemente conocidos.

Clodomiro Arteaga no tiene hiel para nadie. Cumpliendo sus deberes de partidario, ó siguiendo el ímpetu de alguna idea que lo apasiona, puede herir al adversario que se le opone ó lo provoca; pero una palabra amiga lo desarma, y un reproche cariñoso lo entristece.

Viéndolo activo, emprendedor, constante, listo en el manejo de sus asuntos, y pertináz en el logro de sus intentos, se dice el que no lo conoce: — "Hé ahí el tipo de la astucia, maliciosa y sutíl".

¡Chasco se llevan los que tal cosa piensan! Clodomiro tiene un fondo de ingénua é infantil candidéz que sorprende á los que lo tratan en la intimidad.

Es posible que calcule en los negocios, pero en los afectos y sentimientos es sincero y expontáneo, á veces hasta la exageracion.

El agradecimiento lo vincula y lo subyuga incondicionalmente.

No conoce la vanidad.

Su solo orgullo son sus hijos.

Ha sido Jefe Político de un departamento importante,

diputado dos ó tres veces, y hasta creo que militar. Todos estos puestos los ha desempeñado siempre con la asiduidad, el interés, la dedicacion que pone en el cuidado, así así del más grande, como del más mínimo de sus asunto personales.

Su pesadilla actual, es la imprenta á la que ha identificado su existencia.

¿ADONDE IRA Á PARAR?

X

¿ADONDE IRA A PARAR?

El dulce sopor que engendra el bienestar físico despues de récios y violentos sacudimientos, y el arrullo de gratas reflexiones, me habian dominado por completo, y reposaba en ese agradable duerme-vela en que el espíritu emancipado de las sensaciones materiales, divaga sutíl y lijero por entre cosas y mundos desconocidos, cuando una exclamacion entusiasta y ruidosa de mis compañeros me despertó sobresaltado.

Se acababa de iniciar una idea y era aclamada por los despiertos que, desde luego, constituian la mayoría.

—¿De qué se trata? exclamé restregándome los ojos.

—Se trata, señor dormilon, de celebrar nuestras primicias de viaje por el Paraná, enviando una carta á las antípodas, me contestó el General Tajes.

—¡Cómo! ¿cómo es eso? ¡A las antípodas!

—Sí, ó á cualquier parte, al azar, á la casualidad, á lo desconocido.

—¡Hombre! Cabalmente de allí vengo yo. Podíamos habernos ahorrado gastos de correo.

—Es que, correo, medio de comunicacion, y demás accesorios de la correspondencia, todo lo tenemos á la mano, seguro, rápido y grátis.

—¡Es posible!

—Hé aquí el plan.—Redacte Vd. como secretario de la Comision, un documento, expresando cómo tal dia, á tal hora, y en tal sitio, á tal latitud, yendo en la mision en que vamos, lo arrojamos al agua en una botella lastrada y sellada, documento que pedimos sea publicado en cualquier parte que se le encuentre. ¿Le parece á Vd. bien la idea?

—¡Magnífica! exclamé, y para demostrar mas práctica y acabadamente mi completa adhesion al pensamiento, abrí mi cartera-escritorio y borronee el siguiente documento, cuya redaccion fué aceptada unánimemente por mis compañeros:

LA COMISION URUGUAYA ENCARGADA POR LOS ALTOS PODERES DE SU NACION DE DEVOLVER LOS TROFEOS DE GUERRA Á LA REPÚBBICA DEL PARAGUAY, Á CUANTOS ESTE DOCUMENTO LEYEREN

¡SALUD!

Queriendo esta Comision conmemorar de todas maneras un acontecimiento único en la historia de las naciones, como es la devolucion de los trofeos bélicos que la República Oriental del Uruguay conquistó al ejército paraguayo, en la lucha leal á que concurrió con el Imperio del Brasil y la República Argentina, bajo la denominacion de la *triple alianza*, devolucion cuya iniciativa se debe á la inspiracion elevada y generosa del actual Presidente de la República Oriental, Teniente General D. Máximo Santos, fundada en el principio civilizado de la confraternidad humana y generosa que debe existir en los pueblos modernos.

Ha decidido, á bordo de la cañonera de guerra oriental *General Artigas*, conductora al Paraguay de esos trofeos y de la Comision y escolta de honor que los acompaña, arrojar á las aguas del rio Paraná este documento en una botella lacrada, deseando que la oñda viva y fugaz del rio americano, la lleve á costas apartadas, como un ejemplo de la idea y principios que bullen en estos pueblos libres, viriles y generosos.

La Comision ruega al que halláre estas líneas, que les dé publicidad con la prontitud que las circunstancias en que sea hecho el hallazgo lo permitan, ¡así el cielo y la humanidad se lo premien!

Dado á bordo de la cañonera *General Artigas* á 23 de Mayo del año 1885, á los 34° de latitud sud.

Una vez firmado este documento que pidieron suscribir tambien el Señor Brizuela y el Comandante de la cañonera, para cuyo efecto se le añadió una nota, se enrolló cuidadosamente dentro de otro papel ligándose el legajo con una cinta de seda con los colores patrios, se introdujo en una botella fuerte que había sido de Champagne, se tapó ésta y se lacró con todo cuidado, no sin antes echarle al fondo unas cuantas municiones que habian de mantenerla con todo tiempo en absoluta línea perpendicular, y reunidos todos en la toldilla de popa, con dos vivas, uno á nuestra pátria y otro al Paraguay, y un tiro de remington, se arrojó en la estela del buque, entre cuyos remolinos la vimos jirar un momento, balancearse acompasadamente á un lado y otro, y luego deslizarse rápidamente aguas á bajo á favor de la corriente que por aquellas alturas se computa á razon de tres millas por hora.

Largo rato seguimos sobre la superficie tersa de las aguas, que á la distancia cubrian mansamente con su espejo líquido la huella fugáz que sobre ellas dejaba nuestro buque, el fèz de lacre rojo que cubría la cabeza sutíl de nuestro correo acuático.

Así que nuestros ojos no la distinguieron más nos miramos sonriendo.

—¡Adonde irá á parar! dijo uno.

—¡Quién la encontrará! añadió otro.

—¿Saldrá á la mar?

—¿Se quedará en el rio?

—¿La encontrarán pronto?

—¿Navegará años?

Alguno volvió á mirar hácia el punto en que habia desaparecido y suspiró. Llevaba rumbo de Montevideo. (1)

(1) Este documento, contra nuestroz cálculos y deseos, fué encontrado dos ó tres meses despues en el mismo rio Paraná, aprisíonada la botella por unas plantas acuáticas á la márgen de una de sus infinitas islas. Un periódico de San Nicolás de los Arroyos lo públicó en sus columnas, y segun referencia del mismo, el documénto orìgnal lo conserva aquella redaccion en un cuadro.

EL ROSARIO—REVANCHA LÍRICA

XI

EL ROSARIO—REVANCHA LÍRICA

Á las 12 del dia 23 habiamos pasado San Nicolás de los Arroyos, última ciudad al norte sobre el litoral de la provincia de Buenos Aires. Á la 1 1/2 estábamos frente á Villa Constitucion, la primera poblacion al sud sobre la costa del Paraná, de la Provincia de Santa Fé.

Á las 6 1/2 de la tarde, (de una tarde espléndida por cierto, cuyo crepúsculo apenas era una transicion casi insensible á los suaves resplandores de una clara y serena noche de luna), llegábamos al puerto de la ciudad del Rosario, la más populosa, rica y floreciente de cuantas ciudades se levantan en las costas de los rios interiores argentinos, y al decir de sus hijos, la segunda en importancia comercial despues de Buenos Aires, en aquella república.

El Rosario, fué fundada en 1730, bajo el nombre de parroquia del Partido de los Arroyos.

La importancia de este pueblo, sin embargo, data desde el año 1853, con motivo del comercio directo suscitado por los célebres derechos diferenciales, siendo ahora el mercado de tránsito de las mercaderias que consumen las provincias del interior y de sus retornos.

Los ciudadanos orientales que habitan aquella ciudad, llegan al número de 404.

La ciudad del Rosario, está edificada á veinte metros sobre el nivel del rio, y su puerto es formado por el recodo que hace el Paraná al dirigirse hácia el Oeste.

Este puerto es seguro y abrigado, y de tal profundidad, que los buques cargan por planchadas ó aproximándose á los muelles de carga.

Allí, la temperatura era ya muy distinta de la que habíamos dejado al salir de Montevideo.

Es necesario tener presente que la provincia de Santa-Fé está situada entre los 29° y 33° 30'.

Teníamos que hacer víveres y por lo tanto era necesario detenernos algunas horas en aquel puerto.

Fondeamos en franquía en el medio del rio. Desde nuestro fondeadero se descubría en la isla que está frente á la ciudad, en la márgen izquierda del rio, un monumento blanco que se elevaba unos cuatro metros del suelo.

Ese monumento recuerda un hecho histórico, caro á los corazones argentinos.

Allí fué donde el General Belgrano, enarboló é hizo jurar el pabellon de la república, formado de dos fajas azules y una blanca, tal como quedó luego oficialmente reconocido y consagrado.

Al salir de Montevideo, el General Santos nos habia dicho en tono de broma:

—No olviden Vds. que el 23 se estrena la compañía de ópera que acaba de llegar. Pueden Vds. evocar reminiscencias de Aida esa noche, pues es la ópera elegida. Nosotros los recordaremos á Vds. y aun aplaudiremos en su nombre, si como se cree, la compañía merece esas demostraciones de aprobacion y entusiasmo.

Esto dicho en momentos en que un temporal deshecho nos ofrecia sus dudosas perspectivas en el viaje que íbamos á emprender, no nos hacía mucha gracia que digamos, y aún despues de pasar el mal trago de la primera horrorosa noche de nuestro embarque, y aún navegando plácida y dulcemente por las aguas tranquilas del Paraná, no podiamos desechar una especie de escozor que nos causaba el recuerdo de aquellas palabras.

Al llegar al Rosario, vimos surcar el espacio rayando en fuego la bóveda oscura del cielo, un cohete volador que, estallando en la altura, se derramaba en brillante lluvia de estrellas sobre la blanca y apiñada ciudad.

—¡La ópera! dijimos todos, pues indudablemente aquel cohete partia del teatro Olimpo.

—A ver ¿que dia es hoy?

—Sábado.

—Justo, noche de funcion.

—Comandante ¿de cuántas horas tiene Vd. necesidad para hacer sus víveres?

—Eso depende, traigo mucha gente á bordo y no sé si en este momento encontraré lo necesario para la tropa para dos ó tres dias. De todas maneras, creo que con cuatro ó cinco horas tengo lo bastante.

—¡Magnífico!

—¿De qué se trata?

—De bajar á tierra, estirar las piernas, conocer lo que se pueda de la ciudad, é ir al teatro, aunque no sea más que por decirle al Presidente: "Nosotros tambien estuvimos en la ópera el 23 de Mayo".

—Mis compañeros sonrieron con satisfaccion, aprobando la idea.

Indudablemente, en los mas indiferentes á las delicias musicales, habia causado su impresioncilla la broma del General Santos, y la infantil revancha que se nos presentaba, halagaba hasta el ánimo de los más viejos.

Comimos á la lijera, y con el último bocado bajamos á tierra.

La primer impresion que causó á mis compañeros el Rosario fué desagradable.

Habia llovido en esos dias, y aquel puerto, aquel hermoso puerto á cuyos muelles casi rústicos formados de primitivas empalizadas, atracan los buques de ultramar, era un lodazal en el que nos hundíamos hasta los tobillos.

La Junta Municipal que con tanto celo y actividad cuida del embellecimiento de la ciudad, ha olvidado aquel sítio, el primero que pisa el viajero, y en el cual en todas las ciudades civilizadas, se trata de prevenir la primera impresion favorable del visitante.

Bien está que esa es una costumbre absolutamente nuestra, ó por mejor decir, conservada con singular cons-

tancia entre las que heredamos de nuestros abuelos: — salon lujoso, vestíbulo vetusto.

Salimos de Scyla, para caer en Caríbdis.

Zafamos como pudimos del pantano, y fuimos á dar con nuestras humanidades en un coche verdaderamente inquisitorial.

El cochero que era un italiano jóven, pintorescamente vestido con bombachas, poncho, alpargatas, y un gorro escocés, nos aseguró que no había vehículo de mejor andar y cuádriga más famosa que su berlina de ocho vidrios pintada de verde botella y amarillo, y sus dos siluetas de caballo, atadas con arreos tan extravagantes como el traje del áuriga, á la bamboleante y cascabelera armazon que dragoneaba de coche.

Cuando aquella máquina se puso en movimiento, no pudimos ménos que arrojar un grito instintivo de temor.

El coche bordeaba una especie de cantera hácia la derecha, montando de cuando en cuando las ruedas izquierdas sobre algunas gruesas piedras sueltas que han rodado hasta allí, sin duda para burlarse del lodazal que las rodea.

Llegamos al pié de la barranca, y los caballos se pararon á reflexionar si la subirían con aquel peso con que á hora fuera de programa se les regalaba, ó si, siguiendo las ideas políticas modernas del abstencionismo pasivo, se dejarían moler á palos ántes que dar un paso en aquella cuesta empinada.

Triunfó este último pensamiento.

A cada garrotazo que el Faeton aquel de poncho propinaba á sus famosos alazanes, el coche descendia cuatro metros hácia el puerto.

Nosotros protestábamos bulliciosamente desde adentro de aquella jaula con ruedas.

El Icaro de gorro escocés, creyó de su deber darnos nna explicacion y descendiendo de un salto del pescante, se nos presentó humildemente en la portezuela, expresando cómo el caballo siendo una de las *invenciones* que por su inteligencia más se acercan al hombre, discierne perfectamente, y á veces con mejor criterio que su conductor, sobre los casos que son ó nó razonables.

En primer lugar, aquel viaje era una impertinente y desusada postdata al trabajo ordinario del dia, y en seguida, aquellas barrancas no las subian las caricaturas aquellas de Ethon y Flegon, sino de vacío, siendo otra cuesta más suave aunque más distante, por la que zarandeaban de diario á los viajeros que, inapercibidos del peligro ó indiferentes á la conservacion de la existencia, subian el triple estribo de aquel pláustro apócrifo.

En resumidas cuentas, habia que darles razon á los caballos, y nos bajamos con gran contento del automedonte, que, nuevamente encaramado en el pescante, nos decia guiñándonos un ojo alegremente:

—¡Ahora van á ver que pingos!

Efectivamente, los caballos que por el balanceo del coche, el chirriar de sus viejos muelles, y el abrir y cerrar de

las portezuelas habian comprendido que algo de extraordinario pasaba en la ridícula armazon á que estaban amarrados, tentaron prudentemente un pequeño esfuerzo hácia adelante á ver si se confirmaban sus sospechas, y encontrando notablemente aminorado el peso, emprendieron un galope desesperado hácia adelante, más indudablemente que con la idea de arrastrar el coche, con la de librarse de una nueva tentativa de los viajeros á subir en él la rápida pendiente.

Nosotros emprendimos á pié la fatigosa subida, llegando á la cumbre, empapados de sudor y sin poder articular una palabra, á causa de la fatiga que casi nos hacía echar el corazon por la boca.

El cochero acariciaba á sus *pingos* con satisfaccion, y nos dijo sonriendo asi que estuvimos al habla:

—Son de la marca del finado Lopez!

Arriba el espectáculo cambiaba de especie.

La ciudad brillantemente iluminada á gas, presentaba ante nuestros ojos sus rectas y largas calles adoquinadas y adornadas de bellísimos edificios.

Subimos nuevamente á nuestro carricoche, indicándole al cochero que nos condujera á "La Universal."

—¡Volando! exclamó éste y chasqueó su estrepitosa fusta.

Un arranque mayúsculo hizo que nuestros compañeros que ocupaban el asiento de adelante se vinieran sobre nosotros que ocupábamos el testero, pero una parada tan brusca como el arranque, nos obligó á los del asiento de

atrás á devolver la visita casi sin pestañear á los de adelante.

El cochero en tanto, con ademanes idénticos á los que usa el maestro Preti cuando su orquesta de San Felipe hace un ovillo de las notas, agitaba el látigo y pataleaba en el pescante tratando de animar á los corceles originarios del famoso stud del finado Lopez, pero los bridones habian vuelto á su estoico abstencionismo, y hasta uno se puso á tocer con cierta sorna, como hace el público del paraiso cuando por un pudor extraño á aquel sitio de salvaje inocencia, no quiere ó no se atreve á silbar á algun tenor con voz de cerrojo.

Decidíamos ya á hacer nuestro camino á pié, cuando el áuriga, sin dejar de agitarse en su asiento y de atizar sendos latigazos á su soberbio tronco, nos gritó:

—No se bajen, señores que ya vamos á arrancar, es la hora del pienso y el caballo es un animal muy inteligente. Muévanse ustedes un poco hácia adelante y abran y cierren las portezuelas. Ya verán como vamos pronto.

Pusimos en práctica la indicacion del cochero, y con gran asombro nuestro y no poco temor de los transeuntes, salimos por esas calles de Dios, llevándonos á todo el mundo por delante, con tan rauda y vertiginosa carrera, que nos detuvimos ante "La Universal" sin saber por dónde habíamos ido.

La calle de Córdoba, que es donde está situado este magnífico hotel, resplandecia á la luz de las espléndidas vidrieras de las casas de lujo que, como en la del Puerto, se aglomeran en aquellos sítios centrales.

Nos hicimos una ligera *toillete* en la peluquería anexa al mismo hotel, y un momento despues nos dirigíamos al teatro, acompañados por muchas personas de nuestra relacion que sabiendo nuestra llegada habian tenido la amabilidad de venir á saludarnos.

Entre ellas recordamos al Sr. Jefe Político, al Presidente del Consejo Municipal, el Redactor de "La Capital", el diario más importante del interior de la República Argentina, D. Ovidio Lagos, al Dr. D. Pedro Rueda, asíduo visitante de Montevideo en la estacion balnearia, al Redactor del "Industrial" Sr. D. Ramon Lascano, á nuestro cónsul en aquella ciudad Sr. D. Celestino Velazco, al Sr. D. Andrés Gonzalez del Solar, al Sr. Cónsul Paraguayo, y otras muchas personas cuyos nombres no recuerdo.

En el teatro tuve el placer de saludar al Sr. Paganini, al Dr. Nicanor Gonzalez del Solar y á otras personas de mi antigua relacion en aquella ciudad.

El teatro Olimpo impresionó agradablemente á mis compañeros. Para mí fué una dulce al par que melancólica reminiscencia.

Se daba Hernani, el brioso y caballeresco Hernani de Verdi, uno de los recuerdos líricos más románticos de nuestra juventud.

La concurrencia era regular, notándose agunas bellísimas señoras entre ella.

El "Olimpo" es el teatro más original de Sud América.

Con capacidad para dos mil personas, su disposicion interior es tal, que en pocas salas de espectáculo lucirá mejor la concurrencia que en aquella.

Tiene dos órdenes de palcos, bajos y balcones, cazuela y paraiso.

Las tertulias de balcon, están situadas en un plano mas bajo de algunos centímetros, al del órden superior de los palcos, en una á modo de galería circular, de manera que una persona de pié en ella, puede conversar fácilmente con las que ocupan los palcos.

El escenario es grande y está regularmente decorado.

Actuaba en esos momentos la compañía de ópera italiana de que era empresario el maestro Escalante.

Creíamos encontrarnos allí con un antiguo conocido, el tenor de Sanctis que cantó en Montevideo con la Pantaleoni, pero este artista ya no formaba parte de la compañía.

La ópera fué cantada pasablemente; pero fué oida á medias, tanto por nosotros que nos veíamos precisados á atender á nuestras amables relaciones que tenían la deferencia de visitarnos, cuanto por el resto del público que, intrigado por los forasteros, y sobre todo con la presencia de un general oriental, más tenía su vista fija en nuestro palco que en la escena.

En un entreacto, la Comision hizo un telegrama al Presidente de la República Uruguaya saludándolo desde la ciudad Argentina, yo dirigí un despacho íntimo al General Santos, diciéndole lo siguiente:

" Aquí, Hernani espléndido; esperamos noticias de Aida. "

Este telegrama era el golpe maestro de nuestra humorística revancha.

Á las 11 y 1/2 terminaba la funcion en el Olimpo, y dando nosotros un apreton de manos á nuestros amigos, nos dirigimos al embarcadero.

Una hora más tarde la cañonera levaba anclas y seguíamos nuestro viaje, aguas arriba, llevando satisfecha la negra honrilla, y dulces reminiscencias de una sociedad entrevista y de una ópera presentida.

SANTA FÉ—EL PARANÁ

SILUETA DEL PASADO—VISION DEL PORVENIR

XII

SANTA FÉ—EL PARANA—SILUETA DEL PASADO VISION DEL PORVENIR

Navegábamos entre dos importantes provincias Argentinas. La de Santa Fé que ocupa la márgen derecha del rio Paraná y cuya superficie se calcula en 3.650 leguas cuadradas, teniendo por límites, al Norte, el Arroyo del Rey, que desagua en el Paraná y el arroyo de las Viboras que se dirige al Salado; al Sud el Arroyo del Médio, límite con Buenos Ayres; al Este la canal principal del Paraná, límite entre Santa Fè y las provincias de Entre Rios y Corrientes, y al Oeste una parte del Salado, los altos que separan á Santiago del Estero, los montes y cañadas del Quebracho y el arroyo de las Tortugas, límite con Córdoba; y la Provincia de Entre-Rios, de 36.000 millas cuadradas de superficie, circunscrita entre los grandes rios Paraná y Uruguay, que le dan su nombre, separándolo el primero, desde su confluencia con el segundo, de las Provincias de Buenos Aires y Santa Fé por el Sud y el Oeste, y el segundo, es decir el Uruguay de la República Oriental, por el Este, siguiendo su canal principal.

Los indígenas de estos territorios fueron en el de Santa Fé los índios timbues, quiloazas y charrúas, todos de orígen guaraní; y en el de Entre-Rios, los minuanes, chanás y charrúas que indudablemente pasaron de la ribera Oriental del Uruguay, de donde eran originarios.

A las 11 de la mañana del dia 24 almorzábamos sobre cubierta, gozando de las perspectivas primaverales de aquellas hermosas costas, cuando se oyó en el puente una voz que decia:

— ¡El Diamante!

Todos dirigimos la vista hácia nuestra derecha, pues subíamos el rio, y en direccion á la proa de la cañonera alcanzamos á divisar sobre una alta barranca, algunas casas dominadas por un campanario y circundadas de arboleda.

El Diamante es un pueblo de la provincia de Entre-Rios, de fundacion relativamente reciente, pues data de 1836.

Está situado en la cumbre de una barranca de cerca de 80 metros sobre el nivel del Paraná, en un sítio en que la costa avanza rápidamente sobre el rio.

No ha mucho tiempo que á este especie de cabo fluvial se le llamaba Punta Gorda.

Pasamos navegando á razon de 10 millas por hora, al pié casi de esta barranca, cerca de la que se abrigaban algunos buquecillos de cabotaje, de los cuales dos nos saludaron con la bandera de nuestra pátria.

Enviamos un ¡hurra! con las copas en la mano á los bra-

vos hijos del mar que tripulaban las pequeñas embarcaciones, los cuales al ver un buque de guerra de la nacionalidad de su bandera, agitaban alegremente sus sombreros en el aire.

Fué esta la emocion íntima del dia, pues eran las primeras banderas orientales que veíamos flameando en los mástiles de un buque, desde que nos despedimos de la *Rivera.*

En los dias cansecutivos las encontramos á cada paso, siendo increible el número de goletas y pailebots que navegan en aquellas aguas argentinas bajo nuestra enseña nacional.

Las costas ganaban cada vez más en belleza así que subíamos el rio, siendo de notar que en aquellas alturas cambian completamente de carácter, levantándose la izquierda y disminuyendo la derecha, al reves de lo que acontece hasta la altuta de San Lorenzo, sítio desde donde las costas de la provincia de Santa Fé empiezan á descender, elevándose, por el contrario, las de Entre-Rios.

A las 3 y 1/2 de la tarde estábamos frente al Paraná, la ciudad histórica de la Confederacion Argentina.

Esta ciudad fué fundada en 1730, estando bajo la jurisdiccion de Santa Fé hasta 1787, siendo luego erigida en cabeza de Departamento y Capital de la provincia de Entre Rios, disposicion confirmada por el estatuto provisorio constitucional de 1822.

Varias veces se cambió la sede gubernativa de la provincia de Entre-Rios entre esta Ciudad y la de la Concep-

cion del Uruguay, sobre el rio de este nombre. En 1860 fué la última vez que reconquistó el Uruguay el título de Capital de la Provincia que le ha durado hasta estos últimos tiempos, siendo nuevamente despojada de él por el gobierno del general Racedo que acaba de trasladar la residencia de los poderes públicos provinciales á la ciudad del Paraná.

En esta capital residen ciento noventa y dos orientales, la mayor parte de ellos dedicados al comercio.

El Paraná, ha adelantado notablemente en estos últimos años.

Vista desde abordo, su aspecto es risueño, casi se podria decir, festivo.

Edificado en una hermosa colina que dominan los magestuosos edificios del Palacio de Gobierno, la Representacion Provincial, el Teatro y la Catedral, su blanco y apiñado cacerío, se desgrana luego entre frondosas huertas por los flancos de las lomas, hasta las márgenes del rio.

Pasando esta ciudad ,las barrancas son en su mayor parte de formacion calcárea, explotándose allí en grande escala la cal y el yeso que son de una calidad superior. A trechos alternan estas concreciones calizas con grandes manchas de un color rojizo; éstas son formadas por una tierra gredosa saponífera que sirve para sacar manchas crasas sobre todo en los tegidos de lana.

La vegetacion allí es raquítica y pobre, abundando entre esta un arbusto casi rastrero, llamado granadillo que suple la yerba mate.

El Paraná está situado en una gran vuelta del Rio ,de manera que por mucho tiempo se le tiene á la vista pues el canal principal pasa á la derecha de unas islas que se interponen entre éste y la barra del Arroyo Hernandarias que flanquea la ciudad y que desemboca en un brazo del rio que corre al pié de la colina en que está edificada.

Pudimos pues contemplar á nuestro gusto aquella poblacion que la política de que por mucho tiempo ha sido foco la República Argentina no pudo jamás sacarla de los límites de aldea, y que hoy, el comercio, la industria, la ganadería y la agricultura, hacen surgir nueva, alegre, animada, estendiéndose en todas direcciones y dibujando un verdadero emporio de civilizacion y riqueza para el porvenir, en las márgenes del caudaloso rio.

Aún no habíamos perdido de vista el risueño cacerío del Paraná, cuando sobre la costa derecha, por consecuencia izquierda nuestra, vimos destacarse en el horizonte dorado por los rayos del sol poniente, una vision verdaderamente feudal.

Sobre la hojarasca de un bosque casi enano, recortado enérgicamente en azul oscuro por la lontananza que le servia de fondo, y á cuyo pié dormia el agua del rio entre profundas transparencias aquí y allí estriadas por esas listas brillantes que marca la corriente, empezó á asomar sus redondas elipses y sus agudos cónos, un monton apiñado de cúpulas y de torres, teñidas de un gris oscuro, por entre las que de vez en cuando y como hilos de oro enhebrados en agujas de acero, surgían de entre

las ojivas caladas al aire, los rayos horizontales del sol poniente.

Nada más poéticamente magestuoso que aquella jigantesca y severa aparicion levantándose en medio de una planicie que se perdia en los confines del horizonte, orlada en primer término por los cristales apacibles y tersos del gran canal por donde nos deslizábamos.

Aquel espectro de ciudad medio-eval, era Santa Fé.

Santa Fé, la sucesora del puerto de Santi-Spíritus que fundára Gaboto el año de 1527 en la isla formada por el riacho de Coronda, fuerte destruido luego por las tribus timbues y quiloasas descendientes de los guaraníes; Santa Fé de la que cuarenta y seis años más tarde, en 1573, echára los cimientos Garay, sometiendo á aquellos guerreros aborígenes, y aún sirviéndose de ellos para formar el primer núcleo de la poblacion naciente.

Habia algo de apocalíptico en aquella vísion que parecian levantar en el aire los ténues vapores de la tarde, y á la que servia de nimbo inmenso el igneo resplandor del astro del dia hundiéndose tras ella en un horizonte sin nubes, en el que se diluian sus rayos fundiéndose en transparencias opalinas.

Santa Fé está edificada en una planicie cuya elevacion está cerca del nivel de las aguas del Paraná, á poca distancia de la embocadura del rio Salado, y sobre el canal conocido por riacho de Santa Fé.

Este riacho despues de haber recibido las aguas del Salado, corre más abajo con el nombre de riacho Coronda y

recibe al Carcarañá, reuniendo así un gran volúmen de agua.

La ciudad está cerrada por la laguna de Setubal, cuya longitud es de cerca de cinco leguas, y su latitud se calcula en 2,000 métros, y por el Salado, que confluye con el Riacho, media legua más abajo, de modo que Santa Fé ocupa una especie de isla, abierta tan solamente al N. O.

Se calculan en ciento nueve los orientales que habitan en aquella ciudad.

El Paraná nos habia sonreido al pasar con su aspecto alegre, nuevo, y gracioso; Santa Fé nos atraía con el misterio de su silueta monumental que parecía evocar reminiscencias seculares.

La ciudad entreriana cantaba al sol el himno animado y alegre de la vida nueva, con sus anhelantes aspiraciones al porvenir; Santa Fé salmodiaba, profunda pero magestuosamente, el coral severo y religioso de las pasadas épocas, al par que vibraba en sus altas torres el clamorear metálico de las campanas que alzaban al cielo la melancólica plegaria de la oracion, á medida que se hundian tras la línea igual de sus campos llanos y monótonos, las últimas vislumbres del dia.

Sobre la cubierta de nuestro buque tambien se tocaba la oracion militar, en momentos en que dejábamos atrás la boca del riacho que conduce al puerto de la ciudad.

Todo el mundo estaba de pié y descubierto en aquel instante solemne en que el atambor vibraba su redoble sordo y prolongado, el clarin daba al aire sus notas largas

y quejumbrosas, y la bandera nacional descendía lentamente del asta, en que habia flameado durante el dia, jugueteando gallarda y vistosa sobre las ondas y las brisas del rio argentino.

Asi pasamos por frente á la antigua ciudad de Santa Fé.

Á lo léjos, todavia vimos, como las fantásticas nubes de una tormenta en el horizonte, sus sombrías iglesias levantar cúmulos extravagantes entre la niebla de la lontananza, miéntras que allá, al fondo, como collares de diamantes en un estuche de oscuro terciopelo, el Paraná empezaba á brillar en las tinieblas, señalado por las luces de su alumbrado, que, acordonadas en líneas rectas descendian hasta confundirse y multiplicarse en los reflejos infinitos del rio.

NOCTURNO

XIII

NOCTURNO

Á medida que subiamos el Paraná, la temperatura se hacía cada vez más agradable.

Inolvidables serán para nosotros aquellas dulces y poéticas noches de luna que pasábamos acodados á la borda del buque, aspirando las emanaciones perfumadas de las costas, mezcladas á los frescos efluvios del rio, cuya superficie tersa, igual, bruñida, reflejaba con un efecto singular de óptica, las altas barrancas de la costa entrerriana que doblaba en su altura verdadera por la repeticion exacta de la imágen.

¡ Cuánta grata reminiscencia evocamos allí en amistosa é íntima plática, en el círculo estrecho y simpático del compañerismo, miéntras nuestra mirada se hundia en el piélago diafánamente azulado de los cielos, se alzaba hasta el disco luminoso y pálido de la luna, inquiria la lejana luz del barco que navegaba lentamente á impulso del aire perezoso, ó se tendía hácia atrás deslizándose por el abrillantado surco que nuestra cañonera dejaba, y que corria como una cascada de diamantes lanzada sobre un cristal de Venecia, con rumbo hácia las playas de la patria!

Los soldados reían y cantaban á proa; los jóvenes oficiales se tomaban del brazo de los estudiantes y cronistas de diario que nos acompañaban, refiriéndose, al par que recorrian de un extremo á otro la cubierta, sus sueños y sus aventuras de tenorio de colegio.

Los marinos se tendian sobre sus coix ó sobre los rollos de cabullería, y se entregaban á ese mutismo contemplativo que caracteriza el reposo de los hombres de mar.

En el puente, el práctico canturreaba un aire cuyo movimiento rítmico habia sido dado de seguro por las olas.

Nosotros hablábamos en voz baja, como generalmente se habla den oche y ante los espectáculos avasalladores de la naturaleza inmensa y eterna.

¡Oh noches inolvidables, frescas, claras y serenas, llenas de misterios y de perfumes, ornadas de suaves destellos y de penumbras luminosas!

¡Oh noches mágicas, evocadoras de los pasados recuerdos, dulces al espíritu, gratas al pensamiento, propicias á la inspiracion casta y elevada!

Envuelto en el manto de tus brumas sutiles entremezclado y tegido con los hilos de plata de la luna blanca y apacible, y bordado con los titilantes luceros de tu cielo tropical, he soñado las melancólicas endechas de mi vida pasada, á que tu dabas la música de tus brisas, de tus ondas, de tus bosques; brisas sahumadas, ondas dormidas, bosques llenos de tus sagradas sombras y de tus magestuosos prestigios.

En tus alas formadas del azul profundo del espacio polvoreado con niebla de brillantes, ha ascendido mi alma á las alturas inmensas y serenas, desde donde se divisan las pasadas memorias, y se vislumbran los horizontes eternamente en alborada del futuro.

Noches de luna del rio americano, ¡benditas seais!

¡Quién sabe si mis hijos volverán alguna vez á gozar de vuestros augustos y supremos misterios!

¡Quién sabe si á través de los años os volverán á hallar con vuestras solemnes soledades, con vuestros imponentes silencios, y vuestras melancólicas penumbres!

Mis ojos os han sorprendido todavia en el agreste y salvaje abandono en que os dejára el timbú solitario y errante, cuando siglos atrás se sentára meditabundo, en horas como estas, sobre las sombreadas costas del rio, y cantando el himno eterno de los ástros, levantára hasta el lánguido disco, viajero nocturno del espacio, la inmensa inspiracion de su anhelos, el jemido profundo de sus tristezas!

La civilizacion arrolla cada dia la tela prodigiosa de los paisajes naturales, para dar lugar á la colocacion práctica y prosáica del cuadro matemático de las construcciones reclamadas por las necesidades modernas.

La poesía huye y se refugia en el regazo del recuerdo.

¡Noches de luna! ya no teneis prestigio sino en el mar, en la soledad de los campos inhabitados, y sobre la superficie de los rios que se conservan aún casi estraños al tráfico ruidoso de los pueblos activos y prósperos!

¡Paraná! entre poco se habrá marchitado por completo tu corona de espadañas entre cuyos tallos ahora riela la luna. Tu anfora sagrada seguirá vertiendo sus dulces caudales, pero tu ya no serás dios; serás el esclavo del vapor y de la mercancia!

¡Luna! ya tienes una rival poderosa en la tierra. Las ciudades ya no consultan tus fases anhelando el período de tu curso creciente y suspirando cuando la sombra de nuestro planeta amengua tu luz hora por hora!

Ya el artista no reclama tu presencia para prestigiar su monumento con tus destellos fantásticos. Ya el trovador no te espera para vagar por entre las sombras enérgicas que proyectabas sobre la tierra al pié del gótico castillo, hasta cuya ojiva alzaba la ardiente cantinela de amor!

Ni los ruiseñores te cantan su himno arpegiado, ni la druidesa te saluda al cortar con su hoz de oro el muérdago sagrado!

¡Noche! ya no te comprende sino el pastor y el marino que cobijan su espíritu fatigado en tus dulces tinieblas, y vagando en el desierto de las aguas y de los campos, te aman y te contemplan sumergiendo su alma en tus eternos misterios!

La cortesana, el hombre trivial que pasan su vida fútil y liviana embriagados en las groseras y fugaces dichas, te desean aun, no por tí, no por tu belleza ni por tu poesia, sino por tus sombras que ocultan y protejen sus libidinosas empresas.

Te ama tambien el triste, que en todo busca simpatías, y

te amamos los que en medio á tanto bullicio, tanta agitacion, tanta y tan desesperada actividad como agita á la vida moderna, ansiamos por unas pocas horas de silencio para espandir nuestro pensamiento que hálla ruidos hasta en la luz.

Pe:o el género humano en su inmensa mayoría te execra y aun quisiera excluirte del cómputo normal del tiempo. Si el cuerpo no necesitára reposo, se buscaria ya el medio de eliminarte por completo.

¿No se atenta ya contra la índole delicada, graciosa y poética de la naturaleza femenina, como poco adecuada á las necesidades activas, laboriosas y productivas de la civilizacion? ¿Y qué más eres tú ¡Oh noche! que la encantadora, misteriosa y lánguida compañera del dia?

UN DIA CLÁSICO EN LA PAZ

XIV

UN DIA CLÁSICO EN LA PAZ

El 25 de Mayo á las 8 y 1/2 de la mañana llegamos á la Paz, último pueblo de la provincia de Entre-Rios sobre el Paraná, porque Victoria y Gualeguay no están situados sobre la márgen misma del gran canal, interponiéndose entre éste y esas poblaciones, las grandes cañadas que se extienden por leguas en esos puntos de la costa entrerriana.

Los pueblos argentinos estaban de fiesta en ese dia, aniversario de la independencia de esta parte del continente americano.

Al llegar al pintoresco puerto de La Paz, (1) lo encontramos con todos sus buques de cabotage empavezados y flameando en la mayor parte de los edificios, banderas de todas las naciones.

Del interior del pueblo llegaban hasta nuestro fondea-

(1) La primer poblacion cabeza del departamento se levantó en 1836 bajo el nombre de Caballú-Cuatiá, sobre una colina, á 500 metros al N. O. de la villa actual que bajo el nombre de La Paz se fundó en 1846.
Habitan La Paz unos cincuenta orientales y como treinta en la delegacion de San José de Feliciano.

dero écos de cantos infantiles, confundidos á los alegres repiques de las campanas, miéntras que en el espacio estallaban los bulliciosos y festivos cohetes voladores.

Saludamos á la plaza con una marcha guerrera ejecutada brillantemente por nuestra banda del 5.º de Cazadores.

En cuanto se oyeron los primeros acordes de la música militar que repetían mil écos claros y sonoros, las barrancas de la ciudad se coronaron como por encanto de un pueblo numeroso, que corria asombrado y curioso á averiguar de donde salian aquellas insólitas y magníficas armonias.

Momentos despues bajábamos á tierra.

Habia que hacer provisiones y esperábamos recibir telegramas y correspondencia, pues en nuestros despachos del Rosario, habiamos indicado á nuestras familias aquel punto como uno de los de la escala en que nos detendríamos necesariamente.

Las autoridades locales nos recibieron afable y galantemente, conduciéndonos al Correo, en cuyo edificio está instalada asi mismo la oficina telegráfica.

Al cruzar las calles, encontramos muchos niños alumnos de las escuelas públicas, vestidos con los colores patrios. Iban ufanos y orgullosos con aquel vistoso atavío, seguidos de la mirada cariñosa y satisfecha de sus padres, que, en aquellos momentos, vinculaban los sentimientos más santos: el patriotismo y el amor paternal, á aquellos delicados y graciosos séres, rebozantes de alegria, inundados de cariño y cubiertos de cintas, blondas y flores.

La plaza principal estaba adornada con arcos de follaje, sobre los que flameaban alegres y vistosos gallardetes.

En un extremo, destacaba su blanco esqueleto sobre el verde oscuro de los árboles, el castillo de fuegos artificiales. Un grupo de chiquillos, abria la boca frente á esta promesa de luces brillantes y de ruidosos estallidos.

Frente á un almacen profusamente embanderado que hacía esquina á la plaza, se balanceaba gravemente con los brazos abiertos y las piernas rígidas, adornadas con múltiples flecos de cohetes de la India, el infaltable *Júdas*, reo pirotécnico de toda fiesta de pueblo de campo, en el que se refunde la nota de agravios ó rencores indispensable en el acorde de toda manifestacion popular, ya sea de carácter religioso ó patriótico.

El *júdas* vestía, como es de órden, de rigurosa etiqueta, y como al pasar notáramos que el sombrero, en el que se leía un letrero que decía: " El candidato más popular ", apenaba coronaba su voluminosa cabeza, un chiquillo, bastante avispado y ladino, por cierto, nos contestó:

—Es que ahí es donde tiene la bomba más gorda.

En el Correo tuvimos la satisfaccion de encontrar cartas y telegramas de Montevideo.

Eran los primeros que recibiamos desde que habiamos salido de la patria.

Contestamos allí mismo, sumariamente, designando el Empedrado como escala siguiente para recibir correspondencia, y pasamos en compañía del Encargado de Negocios Sr. Brizuela á hacer una visita al vice-cónsul para-

guayo en aquella ciudad, que en esos momentos se hallaba molestado por un ataque de reuma.

Pocos momentos despues volvimos á bordo, en donde tuvimos el placer de recibir la visita de las principales autoridades de la ciudad, las cuales venían á darnos galantemente la bienvenida y á invitarnos para un baile que debia tener lugar esa noche.

Por muy tentadora que fuera la invitacion, nosotros no podiamos demorar sino los momentos necesarios para surtir de víveres ó de combustible al buque, de manera que agradecimos cortesmente la invitacion, tomando con aquellos señores una copa por la prosperidad de nuestra hermana la República Argentina, por la salud de su presidente, por el pueblo de La Paz y sus autoridades, bríndis que fueron cortesmente retribuidos por aquellos señores con respecto á nuestro país, su primer magistrado y la comision portadora de los trofeos.

Como tuviéramos que permanecer en el puerto unas dos horas más, pues las provisiones necesarias aun no estaban listas, el general Tajes tuvo la buena idea de hacer desembarcar la banda para que tocára durante aquel tiempo en la plaza del pueblo.

Esta galantería causó inmenso júbilo en la poblacion, y desde á bordo pudimos notar cómo de todos los alrededores bajaban á caballo y á pié, grandes carabanas de gente atraida por los acordes de nuestra excelente música militar, de cuyos alegres aires llegaban hasta nosotros frases sueltas, más ó ménos distintas, segun que la brisa de la

tarde las traía hácia la plateada corriente del Paraná ó las llevaba hácia los bosques de naranjos que se extienden formando marco de verdura á la pintoresca poblacion entrerriana.

Á las 6 y 30 zarpábamos de aquel puerto, saludados por una muchedumbre que se apiñaba en la barranca, y que, de seguro, nos veía alejarnos con cierta tristeza, pues no en vano la más hermosa de las artes acababa de hacer pasar por aquel pueblo apartado y de ordinario silencioso, una ráfaga del espíritu de las grandes ciudades, condensado en las picantes frases de Boccacio, Doña Juanita y Fatinitza.

LLUVIA, MÚSICA Y BOSTEZOS

XV

LLUVIA, MÚSICA Y BOSTEZOS

El dia 26 fué un dia triste é incómodo para permanecer sobre cubierta.

Navegábamos desde temprano en aguas de la provincia de Corrientes.

Á las once y média estábamos frente á la ciudad de Goya, es decir, frente al riacho de Goya, pues sabido es que la canal principal del Paraná corre legüa y media del que fué puerto de Goya en otro tiempo.

En la embocadura del riacho se ha construido una casilla para el resguardo, y en ella bajan los pasajeros que conducen los paquetes á vapor.

Esa noche llovió copiosamente, y aunque apelamos al mús, y á éste lo amenizamos con las trampas más escandalosas, no pudimos sustraernos al tédio que nos invadió epidémicamente, pues desde el comandante del buque, hasta el último grumete, se contagiaron de tal modo con el aburrimiento de los viajeros, que los bostezos cantados fueron por un momento el rumor dominante sobre el de la tormenta y el andar del buque.

En vano se abrió una sesion de cuentos graciosos.

Se esforzaba el narrador por decir una cosa chistosa, y cuando la gracia llegaba á su punto culminante y parecia que iba á derramarse entre un torrente de alegres carcajadas, las vocalizaciones soñolientas del auditorio chingaban el efecto de la espiritualidad, que, caía pesada, tonta y ridículamente, con sus pretensiones de sutileza alegre y brillante, como un saltimbanqui torpe cubierto de lantejuelas, que dá un salto en falso y cae de lomos sobre la arena del circo.

Se apeló á la música. Garabelli sacó de su triple cubierta el reluciente violin y con arco suave y sentimental hizo gemir á las cuerdas el dulce Ave-María de Gounod. Aun no se habia terminado la primera frase, cuando en vez del lánguido y flébil rumor de los bostezos, se oía en toda la cámara el gutural gangueo de los ronquidos.

Aquello no tenia remedio, ó por mejor decir, no tenia otro remedio que el camarote.

Como cuando se vota en una Cámara la suspension de la sesion, solucion en que hasta los dormidos toman maquinalmente parte, probando lo que decia Confucio que hasta el sueño tiene un sentido siempre de centinela, al decir no sé quien: "Vámonos á dormir", todos nos levantamos como impulsados por un mismo resorte, y sin decir siquiera "buenas noches" nos metimos en nuestros camarotes.

Al entrar al mio, Clodomiro que no quería dar su brazo á torcer ante las acusaciones de dormilon que nosotros le haciamos, me tomó del brazo y me dijo con acento profundamente conmovido:

—No te puedo expresar el efecto que hace sobre mí este pedazo del *miserere* del Trovador. ¿Quieres creer que me enfermo al escucharlo?

Esa noche llegábamos á las ocho á Bella Vista.

En ese momento llovía torrencialmente.

Nos faltaba combustible y era necesario ver si allí se encontraba aunque fuera leña.

El comandante y algunos aficionados á las escursiones enfadosas bajaron á tierra.

Llevaban instrucciones de visitar el correo y la oficina telegráfica, por si habia alguna carta ó despacho para nosotros.

Se les encargó asi mismo que buscáran diarios de cualquier parte, pues estábamos ansiosos de saber algo de lo que pasaba fuera de aquel cajon flotante en que hacía ya siete dias viajábamos encerrados, agenos casi por completo á los acontecimientos de nuestro país y á los de aquellos otros con los que las modernas y rápidas comunicaciones nos tienen diariamente al habla en la actividad de nuestra vida civilizada.

Como combustible, se encontró una buena cantidad de trozos de ñandubay y de lapacho, que se compraron y se embarcaron inmediatamente.

No habia cartas ni telegramas.

Y en cuanto á diarios, no se encontró en un café más que un número viejo de un periodiquin departamental, en el que, fuera de una polémica personal entre el cura y el comandante militar del punto, una crónica de baile de las de al-

fabeto en la que se encomiaba extraordinariamente la *orquesta*, compuesta de un acordeon, un triángulo y un bombo, y el refresco caracterizado extraordinariamente por una exquisita compota de orejones y un cierto licor de canela como para chuparse los dedos, no contenia otro material notable, á no ser un acróstico titulado: "La pava del monte" formado con las letras del nombre de Joaquina, el cual encerraba la notable novedad de que, en el cuarto verso, la *Q* sirviéra para esta deliciosa licencia poética:

"Qantando con gran fuerza pulmonar"....

Este número, sin embargo, fué el éxito de la noche.



UNA ASCENSION AL EMPEDRADO

XVI

UNA ASCENSION AL EMPEDRADO

Al dia siguiente amanecimos en El Empedrado, la antigua Capilla del Señor, sítio donde, á pesar del nombre, no se encuentra una piedra ni para remedio.

Como habia llovido toda la noche y aun de cuando en cuando se desgajaba alguno que otro chaparron verdaderamente tropical, las altas barrancas de veinte y cinco metros tras las cuales se oculta el pueblo á los ojos de los que fondean en su puerto, chorreaban literalmente agua por todas partes, trayendo á la memoria el aspecto de *i cascatelli* del Tivoli.

Nuestra permanencia en aquel puerto tenia que ser un poco larga, por cuanto nuestras carboneras estaban vacías y habia que proverse de combustible sin tomar en cuenta la aleatoria circunstancia de que pudiera hallarse en Corrientes.

Además, teniamos necesidad de estirar las piernas en tierra firme y alterar de algun modo la monotonía de la vida de á bordo.

Desde la barranca nos acechaban unos cuantos individuos vestidos muy á la lijera, pero cubiertos por unos

enormes sombreros negros de fieltro, que luego supimos eran en todo Corrientes, por aquellos momentos, la suprema expresion de la elegancia popular.

Nuestro desembarque revistió carácter de exploracion y aun de descubrimiento.

Frente á donde estábamos fondeados, no se conocian indicios de puerto.

Por todas partes se levantaban casi á pico aquellas enormes barrancas, hendidas aquí y allá por los derrumbes ocasionados por la caida de las aguas de que parecia rebosar la planicie que las coronaba.

Hácia nuestra izquierda, la estrecha playa que bordaba el pié de las barrancas extendiéndose apenas unos cinco ó seis metros entre éstas y el rio, se ensanchaba formando una especie de pequeña bahía.

Allí nos dirigimos con nuestro bote.

Al llegar, nos convencimos que el fondo de esta abra, estaba cerrado por las mismas barrancas, habiendo en él una depresion del terreno cubierto de monte espeso y espinoso, por el centro del cual bajaba torrentosamente una corriente de agua más fuerte que las demás que habiamos notado en la extension recorrida en aquellas altas costas.

De vez en cuando, alguna nube pasajera cernía sobre nosotros su lluvia fria y menuda.

Era necesario desembarcar cuanto antes y buscar una senda, aunque fuera de cabras, entre aquellas breñas agrestes y resbaladizas.

Hicimos decididamente proa á la playa, remando con fuerza como para embicar lo más adentro posible.

Así y todo, el bote quedó varado como á unos cuatro metros de la orilla, y aunque cargamos todos á popa para ver de alzar la proa, y cuatro ó seis marineros se echaron al agua para empujar nuestra embarcacion, poco adelantamos, empezando allí las primeras peripecias del desembarque.

Los livianos saltaban con facilidad ó se hacían conducir con los marineros á tierra.

Los gruesos nos vimos en atroces pellejerias para llegar enjutos á la arena.

En fin, salimos de este mal paso, y emprendimos la exploracion y la ascension de la barranca.

Las opiniones se dividieron sobre el caminos que se deberian seguir, si se puede llamar camino á zungarse por un plano casi perpendicular, con muy escasos puntos de apoyo, agarrándose á las matas de yerba y á los arbustos, que muchas veces y por efecto del reblandecimiento del terreno que vertía agua por todas partes, se nos quedaban entre las manos.

Yo tomé la determinacion de seguir las huellas del General Tajes, haciéndome la siguiente reflexion:—Éste, como hombre ágil y liviano, explorará el camino dejando apenas marcados los puntos de apoyo de que se haya servido para escalar la barranca, quedando éstos perfectamente servibles para cualquier otro que vaya detrás, mientras que si piso en el mismo terron que le sirvió de peldaño á Brizuela (que era otro de los vaqueanos), ó me cojo de la misma mata á que se aferró Forteza (que tambien explo-

raba por su cuenta), estoy en peligro extremo de desbarrancarme.

La cuenta no me salió errada, y pronto tuve ocasion de aplaudir el buen instinto que me habia guiado á hacer caravana con el Ministro de la Guerra.

Subiamos jadeantes, nerviosos, en silencio, sin mirar para atrás, sin vacilar en el sitio elegido para poner el pié ó para enlazar la mano, cuando de pronto oimos por debajo de nosotros una exclamacion seguida de unos á modo de bufidos, entremezclados con algunas sordas interjecciones.

Todos nos detuvimos en los puestos que respectivamente ocupábamos en nuestra ascencion y volvimos la vista hácia el punto de donde partían los rumores aquellos.

No pudimos menos de lanzar en coro una carcajada.

Nuestro amigo Brizuela, que desde un principio nos habia exortado á dejar el camino que llevábamos, invitándonos á seguir el suyo que era el de un hombre práctico en vericuetos de aquella especie, nadaba casi en el vacío, no teniendo más punto de apoyo que el de su abdómen que descansaba en un promontorio de la barranca, sirviendo de fiel á todo su cuerpo, el cual, en perfecto equilibrio, se agitaba en el aire, con esas figuras de natacion que ejecutan los acróbatas en el peligroso ejercicio de *la percha escocesa*, cuando colocando la extremidad de la lanza en que hacen sus ejercicios en la boca del estómago, giran en el vacío, contrayendo y estirando sus brazos y piernas, cual si flotáran en el líquido elemento.

El Ministro Paraguayo queriendo dominar aquel picacho, habia hecho un esfuerzo imprudente y habia resbalado, y su buena suerte deparándole una caida en perfectas condiciones de equilibrio, lo habia colocado en esa milagrosa posicion en que se encuentra sobre un precipicio de la sierra del Tandil en la provincia de Buenos Aires, la célebre *piedra movediza.*

Era necesario mandar auxilio inmediato á nuestro estático compañero.

Afortunadamente, los curiosos aquellos de los grandes sombreros, habian seguido todas nuestras evoluciones, y en esos momentos asomaban en la cima de la barranca por sobre nuestras cabezas.

La primer impresion de aquellos cuákeros correntinos fué idéntica á la recibida por nosotros al ver á nuestro compañero convertido en grímpola del picacho aquel. Se echaron á reir estrepitosamente. En seguida, comprendiendo lo aflijente de su situacion y de la nuestra misma, impotentes por falta de vaquía en achaques de ascencion de barrancas para llevarle socorro al maltrecho diplomático paraguayo, bajaron, ágiles como unas cabras, por aquellos despeñaderos, y en un abrir y cerrar de ojos desmontaron á nuestro amigo del fiél en que ejecutaba sus columpios de balanza, y como los felahs egipcios ayudan á los viajeros á trepar á la cumbre de las pirámides, dos de los brazos y uno empujando por detrás, nos lo pusieron, el primero de la comitiva, sano y salvo en la cumbre, desde donde cómodamente sentado y bromeando con nosotros

que cada cual por su lado bregaba por alcanzar al término del camino, contempló nuestra penosa y fatigante ascension.

Una vez arriba, descubrimos con no pequeña contrariedad que estábamos á más de diez cuadras del pueblo, y que el campo por donde teníamos que atravesar, estaba completamente anegado.

Como si todo esto fuera poco, una llovizna menuda, pero perfectamente á propósito como para calarnos hasta los huesos, empezó á cernirse indolentemente sobre nosotros.

Era necesario decidirse á cruzar el bañado que se interponia entre nosotros y el pueblo.

No llevábamos ni paraguas, ni botas granaderas, pero íbamos provistos de una salud y un buen humor á toda prueba, circunstancias física y moral que de seguro valen más que todos los impermeables.

Luego, todo aquello, por poco agradable que fuera relativamente á las circunstancias normales de una vida cómoda y confortable, tenia su encanto, encarado bajo el aspecto inusitado y pintoresco de los incidentes de viaje, y el nuestro que ya empezaba á resentirse de la influencia pesada y aburridora de la monotonía, necesitaba ser salpicado con algunos episodios que alterasen su cotidiana normalidad.

Nos decidiamos á ponernos en camino, cuando vimos llegar dos ó tres jinetes que se dirigian á nosotros á todo galope.

Desmontaron á dos pasos de donde estábamos y nos saludaron cortesmente.

Clodomiro que ni en medio del campo perdia sus aires de hombre público, y ni dormido rebajaba ni un ápice á la enumeracion de las calidades políticas ó representativas que más ó menos investíamos, nos presentó á aquellas buenas jentes, haciendo de cuenta que eran personas de su antigua relacion.

Los dueños de casa creyeron de su deber exhibir á su turno la etiqueta con que eran clasificados en el estante humano, y vinimos á saber que teniamos por delante nada menos que al comandante militar, al juez pedáneo, y al maestro de escuela de la villa y departamento del Empedrado.

Los señores aquellos se empeñaron en que debiamos montar en sus caballos para ir hasta el pueblo.

El General Tajes, aceptó sin vacilar uno de los bucéfalos ofrecidos, que, por su catadura y apero, parecia pertenecer á alguna sucursal correntina de la cocheria del Rosario.

Nos pareció poco político desmontar al jefe idem y comandante militar del departamento.

Para hablar con franqueza.

El egoismo de la mayoría, para la que tres caballos no representaba ni en una quinta parte sus actuales necesidades de transporte, triunfó en esta decision disfrazada hipócritamente con los más cínicos caractéres de galantería.

Era necesario que nos enlodáramos todos, ó por lo menos la mayor parte.

Quedaba un petizo, casi cubierto por una gran carona, sobre la que bailaban unos bastos decorados con una raida piel de cordero, y ese fué pomposamente brindado al Dr. Forteza por su *colega* el juez pedáneo.

La comitiva presidida por aquella especie de tres reyes magos, se puso en marcha para el pueblo que se ocultaba entre un bosque tupido de naranjos.

Al desembocar en la plaza principal, me asaltó de pronto un recuerdo por largo tiempo adormecido en mi memoria.

Hacían veinte años, siendo un muchacho lleno de vida é ilusiones, la habia atravesado al galope de un brioso corcel, con mi sable al costado y vistiendo el marcial y vistoso uniforme del Estado Mayor del Ejército Aliado.

Allí, al lado de aquella iglesia cuyo campanario armado con troncos de palmeras recuerda los tradicionales *mangrullos* paraguayos, reconocí al capellan Castrense del Ejército, canónigo Sevilla Vazquez, el cual me hacia expresivas señas para que me acercase.

Allí fuí presentado al cura del lugar, un amabilísimo sujeto correntino, con voz de falsete, apasionado por la música y las flores, el cual vivia en esa pequeña casita que se oculta entre naranjos y rosales, bajo el alero de la iglesia parroquial, en compañia de su anciana madre y de dos hermanas, alegres como unas pascuas, frescas y vistosas como un Mes de Maria, con unos ojos como ciriales, un

meneo de incensario en el andar, y una risa mas simpática y graciosa que los villancicos de Noche-Buena.

Allí devoré esa noche, con un apetito de veinte años, la primer comida semi-civilizada, en mesa deveras y con manteles, servicio casi completo, y demás menudencias, que hubiera saboreado en mas de medio año, entre muchachas, con un ramo de azucenas y de rosas interpuesto entre la mamá y nuestro terceto, y una discusion teológica enredada entre los buenos padres curas, magnífica como para dejar en libertad de reir, bromear y echar dicharachos galantes, á un retoño de Marte en abstinencia, obsequiado, festejado, mimado, y hasta comprometido, por dos bellas, francas y apasionadas criollas, ávidas de oirse decir cosas inusitadas por aquellos pagos, en lenguaje civilizado y con intenciones perversas, por un hijo malicioso de las grandes ciudades, de bigotes retorcidos, nudos húngaros en los brazos, pantalones encarnados y botas de montar.

Todo aquello pasó por mi imaginacion, raudo como la sombra de una nube por sobre la superficie de las aguas.

Por un momento vacilé entre seguir á mis compañeros ó acercarme á la vieja iglesia, al lado de la cual, entre un matorral de naranjos, rosales y jazmines, asomaba á trechos la techumbre de palmas de la casa del cura.

Esta idea duró apenas un segundo.

Veinte años se levantaban contra ella, agitando las armas del olvido, de la destruccion, de la vejéz, de la muerte!

Todo estaba igual en la naturaleza, y aun en lo que pertenecia á la obra humana.

La iglesia con su gran techo plomizo, casi aplanado sobre sus paredes cubiertas de musgo y de plantas parásitas; el campanario recortado en esqueleto de vigas entrecruzadas sobre el cielo gris; el cerco de duelas cubiertas de pasíonarias en flor que cerraba la entrada del presbiterio; la senda estrecha y blanquizca que ondulaba en el cesped de la plaza y que se bifurcaba al llegar al cancel de la iglesia, con una ramificacion que iba á morir en el rastrillo de la casa del cura; los grandes naranjos cubiertos de frutas doradas y de azahares perfumantes, todo, todo....... hasta un bulto blanco que se trasparentaba á través de los ramos cargados de flores rojas de los rosales arborescentes, y que parecía curiosear nuestra inesperada presencia en la desierta plaza del pueblo apartado y tranquilo.

Todo estaba allí....pero ¿y la juventud? ¿Y los propósitos locos y aventurados de la aturdida vida militar? ¿Y las megillas tersas y sonrosadas, los ojos llenos de luz, las risas francas y ruidosas, las palabras ardientes, los ímpetus briosos y atrevidos, los anhelos, las ilusiones, las esperanzas, ¿dónde estaban?

¿Para que hollar con planta pesada y tardía, la menuda arena de esa senda, en que mi pié de adolescente no habia dejado talvez ni un rastro fugitivo?

¿Para que apartar aquellos festones de hojarasca que sombrearon un dia alegre de mis diez y ocho años, y que ahora talvez ocultaban bajo su perenne juventud, las vetustas descepciones del tiempo, las amargas tristezas del

olvido, ó las indiferencias frias y melancólicas de lo desconocido?

Hice un esfuerzo sobre mi mismo y giré sobre mis piés que me llevaban ya por la senda blanca y tortuosa, encaminándome hácia el rumbo que llevaban mis compañeros.

Cuando llegué á la esquina de la calle por donde éstos seguían, me pareció que me llamaban de atrás.

Dí vuelta rápidamente, dominado de una extraña emocion.

Era una madre que llamaba á su hijo que jugaba casi desnudo entre la yerba de la plaza con un enorme mastin.

Reí y suspiré á la vez, siguiendo mi camino.

Los viajeros estaban ya en la oficina telegráfica redactando sus partes, al par que saboreaban un mate criollo en una descomunal calabaza.

Varios vecinos habian acudido á curiosear á los forasteros, entre ellos un señor francés de bastante edad, y que, apesar de sus cuarenta y tantos años de vida semi-primitiva en aquella aldea guaraní, conservaba el espíritu fresco y vivaz, característico de la raza gala.

El comandante era un tipo delicioso.

Bizarro y fornido, de fisonomía franca y abierta, con

todos los caractéres del campesino bonachon, su voz atiplada, los giros guaraníticos de su discurso, y el estribillo de *republicano* que usaba á diestro y siniestro á guisa de tratamiento ó con el objeto de designar á un tercero, hacían de él un original impagable.

El maestro de escuela era otro *specimen* en su género.

Era éste un jóven, al parecer, aniquilado por la tísis, de color cetrino, pómulos salientes y ojos brillantes, con una locuasidad escolástica llena de metáforas anticuadas y vulgares, vistiendo de negro raido y arratonado como un dómine clásico, y restregándose las manos que sonaban como dos maderos secos de los cuales se quisiera sacar lumbre por medio de la frotacion.

—¿Y qué tal se vive en el Empedrado? preguntaba el General Tajes cuando yo llegué, sin duda por no haber podido imaginar otra pregunta más interesante para aquellos interlocutores.

—Se vive no más, viviendo, pues, republicano, contestó mostrando todos sus magníficos dientes en una risotada franca y abierta el comandante.

—Es decir: ¡distingo! exclamó el pedagogo con su voz hueca por la acústica de su vacío pulmonar. Se vive la vida animal.

—Con perdon sea dicho, se dice, republicano, interrumpió sin dejar de reir el malicioso comandante.

—La vida animal, prosiguió desdeñosamente el *magister*, se vive, pero en cuanto á la del espíritu....

—¿Y para qué quiere Vd. más vida del espíritu, republicano, le volvió á interrumpir el chusco del comandante, si ya se nos vá quedando puros huesos? Lo que á Vd. le hace falta es invernar un poco, republicano.

El dómine tísico hizo un mohin desdeñoso, echó una fuerte humada de un puro paraguayo color canela que chorreaba nicotina, y concluyó con un acceso de tos bronca y profunda, como el ladrido de un perro encerrado en un sótano.

El dia era poco propicio para pasear por el pueblo, así es que nos limitamos á charlar con aquellas gentes, y á hacer nuestros telegramas y escribir nuestras cartas.

Concluida esta operacion y agotados los asuntos de conversacion, nos dispusimos á volver á bordo.

Gomensoro acababa de enviarnos á decir que ya estaba pronto.

—Republicanos, aquí no hay coches, y los caballos están escasos; nos dijo el simpático comandante. Además, algunos de Vds., republicanos, me parecen un poco maturrangos, y como el embarcadero está léjos y hay mucho barro en el camino, creo que no les parecerá mal, si, sin tratar de ofender á nadie, les ofrezco una carreta para que los lleve al puerto.

Aceptamos agradecidos y con la mayor alegria el vehículo propuesto, y pocos momentos despues, la carretilla más lujosa del pueblo, recien pintada de verde-cardenillo, con las ruedas coloradas y unas canastas de flores (segun la intencion del pintor) en los tableros, se nos presentó,

tirada por dos magníficas mulas y cuarteada por una tercera, con la particularidad de que, en cada una de las cabalgaduras, montaba uno de aquellos originales en mangas de camisa hasta los piés, y cubiertos por el indispensable sombrero de fieltro de anchas alas.

No nos podíamos quejar. Aquello era un tren á la Daumont, en relacion á las costumbres suntuarias del Empedrado, y debería ser el *sumun* de los honores el que se nos discernía con aquella carretilla, cuando, contra nuestros cálculos que nos prometian por lo menos una rechifla en las calles del pueblo, notamos verdaderos signos de curiosidad y de respeto por parte de los habitantes, viéndonos encaramados en aquella abigarrada máquina, más que con aire de delegados de los altos poderes de una nacion, con el de reos que en tiempo del terror en Francia condujéran á la guillotina.

Atravesamos el pueblo escoltados por el comandante que conversaba con nosotros á lo que, en sentido altamente figurado podriamos llamar portezuela; por el maestro de escuela, mohino, escuálido y pituitoso; por el viejo colono francés que, apesar de sus cuarenta años de América no habia perdido la costumbre de aferrarse á la cabezada de la silla cuando trotaba su petizo tordillo, y de algunos otros notables del pueblo, uniformemente cubiertos por los descomunales sombreros que tanto nos habian llamado la atencion.

El descenso de la barranca fué rápido y fácil.

¡Ah! física y moralmente, siempre el descenso es fácil y rápido, generalmente hasta la violencia!

Cuando tomamos los botes, dirigimos un último adios á nuestros amigos de minutos.

El comandante nos saludaba desde la barranca con un pañuelo de colores, al mismo tiempo que nos gritaba:

—¡Republicanos! no se olviden del Empedrado, y otra vez traten de entrar por la puerta en vez de saltar por las tápias!

EN CORRIENTES

XVII

EN CORRIENTES

El 29 á las 2 a. m. fondeamos en el puerto de Corrientes.

La primera fundacion de esta ciudad tuvo lugar en 1588.

El capitan español D. Héctor Rodriguez que bajaba del Paraguay con diez y ocho hombres, desembarcó en la ensenada de Arazatí, á dos kilómetros de la ciudad actual, y levantó un fortin de palo á pique, en el centro del cual plantó la cruz, símbolo no tan solo de la fé, sino tambien de posesion en nombre del rey de España.

La ciudad de Corrientes está situada entre los 27 y 30° 30' latitud sud y 69 y 62° de longitud occidental del Meridiano de Paris.

"San Juan de las siete corrientes" es su nombre originario y primitivo, tomado de siete puntas de piedra que se divisan desde el puerto de la ciudad, y cuya altura normal sobre las aguas del Paraná es de unos ocho metros, siendo las principales las puntas de San Sebastian y de la Bateria, entre las cuales el rio forma fuertes remolinos peligrosos para los pequeños buques de cabotaje.

Estábamos á ocho leguas de las confluencias de los rios Paraná y Paraguay, punto vulgarmente conocido con el nombre de "Las tres bocas".

La ciudad de Corrientes está circundada de bosques.

Al oeste, y rio por medio, está el Gran Chaco donde se labran maderas de construccion y adorno, tales como el lapacho, el urunday, quebracho blanco, colorado y amarillo, en cuya explotacion se emplean por millares los indígenas del país, únicos que resisten tan pesado trabajo.

Los indios tobas y sinipiés, pasan diariamente del Chaco á la ciudad, llevando cera, pasto, leña y pieles de nutria, ciervo, tigre, leon, carpincho, oso hormiguero y aguara, artículos fundamentales de su comercio.

Venden tambien estos indígenas astas de lanza de jacarandá, y en el adorno de sus arcos y flechas pueden apreciarse los diversos é indebles tintes de que se sirven para colorar el hilo con que tejen sus abigarradas cubiertas. Estos mismos indios fabrican un cabo de caraguatá, planta textil originaria de aquellas comarcas, cuya consistencia es de mayor duracion que los de la cabullería rusa que ordinariamente usan los buques.

Al Este y Norte de la ciudad, hay grandes plantaciones de naranjos, con cuya fruta se hace tambien un importante comercio.

El tabaco y el algodon medran perfectamente en aquellas tierras feraces y bañadas por los rayos de un sol tropical.

Se calculan actualmente viviendo en la ciudad, como unos cien individuos de ambos sexos de nacionalidad oriental.

La mañaña era fria y nublada.

El comandante del buque habia bajado temprano para proporcionarse carbon y comestibles.

Tenia sus dificultades la adquisicion de lo primero, y asi nos lo hizo saber.

El único depósito de carbon de piedra existente en Corrientes pertenecia á la compañía de vapores "Lloyd Argentino", y éste no quería vender por ningun precio.

Ofrecí para el caso la mediacion de un cuñado mio, D. Cárlos S. Roca, que se halla en aquella ciudad al frente de la sucursal del "Banco Nacional".

Suponia, y con razon, que los buenos oficios de un sujeto conocido y apreciado en la localidad, con el item de tener en sus manos, hasta cierto punto, las llaves del crédito comercial é industrial de la provincia, no habian de ser inútiles, tratándose de humanizar al inflexible representante de la empresa de navegacion fluvial.

Desembarcamos, pues, y nos dirigimos á casa de mi hermano político.

Eran las 7 de la mañana.

Corrientes despertaba á la vida con el movimiento matinal de las ciudades chicas y grandes que desbordan en la calle la actividad de sus necesidades caseras.

Las criadas apuradas y con ojos de sueño, llevando al brazo ó en la cabeza la canasta para el mercado; los ven-

dedores ambulantes con sus gritos largos antimusicales é inarticulados; el lechero batiendo entre sus tarros abollados y súcios, tapados con un disco de palo que acuñan con trapos dudosos, su leche más dudosa aún, batida por el troton sangoloteado y áspero de su feo pero sufrido caballo; el panadero con sus hárganas de cuero crudo, entre las que marca el pan como entre dos timbales sordos y destemplados, el ritmo sostenido y monótono de la andadura de la bestia; el verdulero con su jardinera enana desbordante de repollos, lechugas y zahonarias, y su mula adornada entre la cabezada con el ramito de claveles rojos cortados de las matas que sirven de bordura al tablon de la cebolla de verdeo; el pescador con su palanca de pescado aún húmedo por el agua del rio, y en la que se retuercen con movimientos de serpientes agonizantes las gruesas anguilas de bañado; el frutero con sus canastas colgadas al cuello por la ancha correa, y protegidas con sus manos y una red de cuerda tegida entre el asa y la mitad trasera, contra los ataques furtivos de los pilluelos; los mozos de las tiendas democráticas que empiezan el monótono, engorroso, y cotidiano trabajo de Penélope de tejer tentaciones para los pasantes, colgando un rimero de trapos, pantalones, sacos y ponchos sobre las puertas de sus chiribitiles, atestados de articulos burdos y oliendo á la goma ácre y repugnante de los lienzos ordinarios,—este era el fondo del cuadro, más ó menos igual en todas partes, del despertar de Corrientes.

Añádase á esto, una cantidad de mujeres descalzas,

vestidas casi todas con pollera y manta blanca, caminando lijero y sin ruido, saludándose de una acera á la otra con vocablos de un idioma extraño, acentuados con las originales inflecciones de una canturria llena de gracia y expresion; una verdadera jauria suelta y diseminada por todas las calles, varíada hasta lo infinito por todos los ejemplares de la raza canina, desde el repugnante pelado de la china, hasta el hermoso y noble terranova; bandadas de indios del Chaco medio desnudos, tatuados y pintarrajeados en el pecho, brazos y mejillas, los que invisten alguna autoridad ó las mujeres casadas ó viudas, llevando éstas á las espaldas en una especie de cenacho á sus hijuelos; cargados los hombres con la gramilla peculiar de las tierras bajas, ricas en humus del vecino Chaco, ó atados de naranjas, recibidas en pago en las *viñas* (1) donde se ocupan de la recoleccion del dorado fruto; pelotones de hombres á caballo, pintorescamente vestidos con el vistoso traje campesino y que pintada en el rostro la sorpresa y la incertidumbre del que habita las soledades de los campos y llega por primera vez á una poblacion desconocida y bulliciosa, hacen duo en su actitud curiosa y espantadiza á las asombradas y sudorosas cabalgaduras, que, á cada paso, en cada encrucijada, ante el carro que pasa, el vendedor que grita, el perro que ladra, el papel que vuela, estiran el pescuezo, aguzan las orejas, dan

(1) Asi se llaman en Corrientes y en el Paraguay á los naranjales.

fuertes resoplidos por sus narices *humeantes* y se niegan á seguir adelante.

Cuando llegamos á casa de mi cuñado, ya se habia despertado con respecto á nosotros la curiosidad de lo nuevo y de lo desconocido en muchos habitantes de la ciudad.

Por las calles por donde pasábamos, dejábamos una especie de pista, en la que husmeaban en grupos los curiosos desocupados.

Hasta la puerta nos habian acompañado haciéndonos séquito unos cuantos pilluelos matinales, merodeadores eternos en todas las poblaciones, de los acontecimientos de primer hora.

El Gerente del Banco Nacional dormia.

Nuestra visita á aquellas horas, no era de seguro un regalo para el pobre mozo, y estoy seguro que si vamos con pretensiones de hacer un descuento con la mejor firma de la localidad, nos lo niega rotundamente.

Pusímos en desórden á toda la casa.

El *mate* servido por un indiecito toba, bastante vivo y ladino, no se hizo esperar.

Momentos después, mi cuñado con los ojos hinchados y haciendo esfuerzos por sonreirse, vino á estrecharnos la mano.

Esta vez fuí yo el que le arrebató á Clodomiro el derecho de las presentaciones.

Creo que lo hice con toda sobriedad, y aún con cierta reserva diplomática.

Expusimos al *alboreado* gerente, el motivo interesado de nuestra visita, encubierto, por supuesto, por algunas frases galantes y cariñosas de parte de mis compañeros y mias, y éste, adelantándose á nuestras indirectas, nos contestó que se comprometía á hacernos dar todo lo necesario para nuestra marcha hasta la Asuncion.

Dió sus órdenes, y nosotros despreocupados de este asunto tan principal, y prévia invitacion á almorzar á bordo á nuestro galante huésped, le manifestamos el deseo que teníamos de aprovechar los momentos que nos quedaban mientras el buque tomaba su carbon y sus víveres, para dar un paseo por la ciudad.

Roca se ofreció á servirnos de cicerone y nosotros aceptamos inmediatamente.

RECUERDOS DE UN ÓRGANO

XVIII

RECUERDOS DE UN ÓRGANO

Corrientes es la antesala del Paraguay.

Idioma, costumbres, tipos, todo lo que constituye carácter y fisonomía en una nacionalidad, empieza allí.

Por eso aconsejaría á todos los que van á la Asuncion que no se comunicáran ántes para nada con Corrientes, si quieren conservar intacto el espíritu para recibir las impresiones nuevas y desconocidas que les guarda el pueblo paraguayo.

Visitamos el Correo (era nuestra visita obligada en todas las poblaciones á donde arribábamos), el Mercado, la Plaza Principal y la Iglesia de San Francisco, situada en un ángulo de ésta.

De esta iglesia guardamos un recuerdo inolvidable.

Es una vieja construccion sin arquitectura, aplanada, vetusta, vírgen de reboque y por consecuencia más con el aspecto de una ruina vulgar, que de un templo alzado á la Divinidad.

Anexo á la Iglesia está el convento; un cuadrilátero decuartujos edificados en un solo piso, bajo el ancho alero de un gran corredor.

En el centro de este gran patio, una noria, hortaliza unos cuantos árboles raquíticos y descuidados, y nada más.

Allí habitan una docena de frailes, con la excelente condicion de mantener un colegio de primeras letras y de no ser gravosos en nada á aquella sociedad á la que, por el contrario, prestan buenos y solícitos servicios.

La Iglesia por dentro sorprende, porque está en completo antagonismo con su aspecto exterior.

Sin ser una construccion soberbia y lujosa, tiene en su humilde simplicidad un aire fresco, alegre y gracioso. Las paredes blancas están adornadas por algunos cuadros; el tabernáculo reluce en el fondo con sus dorados, sus candelabros y sus flores, y en las capillas laterales se ven algunos altares cuidadosamente arreglados, en los que se ostentan lienzos ó esculturas bastante discretas.

Nuestra presencia en la plaza habia despertado la curiosidad de los buenos frailes, así es que cuando entramos al templo, ya nos esperaba uno de ellos para hacernos los honores de la casa.

Era este un hijo de la tierra, jóven aún, de fisonomía franca, alegre y simpática.

Nos recibió cariñosamente y con esa satisfaccion casi infantil de las almas buenas y sencillas, que han circunscrito á su vocacion religiosa el horizonte de sus ambiciones, y al templo en que alzan dia y noche sus cánticos y sus plegarias, el objeto de todos sus cariños y de todas sus alegrias.

Para aquel buen fraile no podia haber mayor satisfaccion que mostrar su Iglesia.

Sí, habia una que tal vez llegaba al sumun de la vanidad que podia albergar bajo su tosco y burdo sayal: hacer oir su magnífico órgano, obra paciente è ingeniosa de un hermano de la órden.

Complacimos sin esfuerzo á nuestro amable cicerone ponderando las bellezas del templo, y como estábamos advertidos ya sobre lo del órgano, bien pronto dirigimos los ojos al coro, diciendo:

— Padre, la iglesia de San Francisco es digna, de seguro, de visitarse, pero le confesamos á usted un pecado de curiosidad. Hemos oido hablar hace tiempo de una joya inestimable que posée este templo: el famoso órgano ...

— ¡Cómo! exclamó el franciscano poniéndose colorado de satisfaccion, miéntras que en sus lábios vagaba una sonrisa beatífica, ¿habrán ustedes oido hablar de nuestro órgano?

— ¡Ya lo creo! contestamos en coro.

Era una mentira inocente, calculada con la intencion de causar una dicha, así es que no tuvimos inconveniente en soltarla redonda y sonora bajo las sagradas bóvedas.

—Vea Vd., contestó el padre con humildad, aunque siempre sonriendo, nosotros creíamos que no se hablára nada de nuestra pobre casa.

—Pues lo que es del órgano, insistí yo, se sabe que es construido por un padre del mismo convento, y que em-

pleó no sé cuantos años para concluirlo...... ¿Podriamos oirlo, padre?

—¡Pues nó! Con el permiso de Vds.,—y el buen fraile volviéndose hácia el coro dió dos palmadas.

Estaba todo preparado.

Como por encanto se levantó un especie de transparente que figuraba la gloria con angelitos tocando cornetas, arpas y salterios, y aparecieron ante nuestros ojos las flautas relucientes del órgano cubriendo todo el fondo del coro.

Al mismo tiempo, oimos el ruido acompasado de los fuelles, formidables pulmones de aquel mecanismo musical.

Apareció allá en la penumbra una figura de fraile, alta y fornida, con el capuchon calado, la cual vino á sentarse con los hábitos arremangados frente al teclado y dándonos la espalda.

Momentos despues, pasó por sobre nuestras cabezas algo como un vendabal.

El órgano rugía con los mil gritos de sus infinitas flautas metálicas, haciendo retemblar las bóvedas y crugir las vidrieras del templo.

Nos miramos asombrados, mientras que nuestro cicerone paseaba la mirada más soberbia que se ha escapado de sus ojos, acostumbrados á la mansedumbre, por sobre nuestros semblantes verdaderamente conmovidos.

El organista ejecutaba allá en lo alto una gimnasia rara con sus manos y sus piés.

Con sin igual destreza, mientras atendía con estos últimos á las notas fundamentales de sus cavernosos bajos, acudia con sus manos á sostener la melodía, ó á poner ó quitar los registros.

La verdad es que el órgano se debe oir mirando hácia el altar.

La desaforada pantomima del organista, hacía concurrencia á las excelencias musicales del instrumento, arrebatando por completo á sus profundas y grandiosas armonías el prestigio místico y solemne que deben siempre acompañarlas.

Nos volvimos hácia el tabernáculo.

Entonces empezó á levantarse en nuestro espíritu la sagrada emocion que inspira, hasta en el alma de los más incrédulos, la voz magestuosa del órgano, cuando en ámplios y graves acordes se derrama desde lo alto por todos los ámbitos del templo.

La poderosa cascada de sonidos se habia trasformado en una melodía flébil y melancólica, que parecia un quejido lejano sobreponiéndose á los murmullos del viento, la hojarasca y las ondas. Del tono menor que lloraba en los acentos flautados de los tiples, saltó de pronto á un alegre acorde en mayor, vibrante y agudo que hacía el efecto de un rayo de sol rasgando un cielo nebuloso. Graciosos arpegios, modulados en el registro *celeste*, bordaron el tema principal, luego se sucedió una delicada gradacion de semitonos á cada uno de los cuales se disminuía más y más la intensidad de los sonidos, hasta que al fin éstos murie-

rieron en una nota larga, trémula, suspirante, como un vapor que se escapa, asciende, se desvanece y se funde en el azul inmenso de los cielos!

El fraile oraba á nuestro lado. Nosotros habiamos inclinado unos la cabeza, y otros teniamos la vista fija en lo alto del altar, en donde una imágen del crucificado abria los brazos al inclinar su frente coronada de espinas, en el último estertor de su agonía.

No habiamos contado con aquella suprema y profunda emocion.

El éxtasis continuaba, aún extinto el sonido del mágico instrumento, cuando derrepente vino á sacarnos de él una humorística salida del organista.

Un ruido feroz de platillos, bombo, tantenes, chinescos y triángulos, acompañado con el chirrido extridente de unas fementidas imitaciones de trombones y cornetines, nos arrancó súbitamente de nuestra absorcion religiosa.

No se si por haber distinguido entre nuestro grupo las presillas bordadas de un general ó por mostrar todas las excelencias del filarmónico instrumento, el organista acababa de poner los registros de la fanfarra á su complicada, máquina, y nos regalaba con la mas ruidosa, anti-musical y desarrapada de las marchas militares que haya desatinado jamás *órgano viviente.*

El efecto fué rápido, violento, inmediato.

El misticismo suscitado por la escena anterior, acababa de volár asustado de nuestra alma.

Nos dimos vuelta, entre sorprendidos y pesarosos, hácia el coro.

Lo que vimos allí, acabó con el último vestigio de nuestro recogimiento religioso.

El fraile organista, para dar mayor libertad á sus movimientos como ejecutante de música marcial, se habia arremangado hasta la cintura sus hábitos, y agitando vertiginosamente las piernas, manos y cabeza, pues hasta con los dientes tiraba de una cuerda que ponia en movimiento el mazo del bombo, ejecutaba una extraña zarabanda, que lo hacía asemejar á uno de esos títeres de carton con que juegan los niños.

Los fuelles crujian de una manera desesperada, los tubos del órgano parecia que iban á reventar, los chinescos, los tímpanos, los timbales y panderetas, formaban una bacanal ensordecedora de estraños y destemplados sonidos, como si cien comparsas carnavalescas juntas se hubieran metido de rondon en la iglesia, ejecutando sus marchas vulgares y ruidosas.

—Esta es la marcha que se toca cuando se acaba la misa mayor, nos dijo cándidamente el franciscano, creyendo sin duda añadir mayores méritos á la cencerrada aquella.

Yo no pude contenerme, y riendo de buena gana, en cuya alegre manifestacion me siguieron mis compañeros y el mismo simpático fraile, exclamé :

—¡Padre! y á fé que es inmejorable para despedir la gente.

Estrechamos efusiva y cariñosamente la mano del sacerdote, y expresándole nuestra gratitud por su amable

acogida y los buenos recuerdos que llevábamos de su linda iglesia y de su órgano magnífico, nos dirigimos hácia la calle, bajo una feroz recrudescencia de la ruidosa marcha, que en esos momentos habia llegado al paroxismo de sus estruendosas sonoridades, desbordada verdaderamente en un Niágara de redobles, truenos, chinchines y trompetazos.

Al salir, notamos en uno de los últimos pilares del templo una alcancia sobre la cual se leía: "PARA REFACCIONAR LA BÓVEDA DEL TEMPLO."

Depositamos de todo corazon una ofrenda en aquella caja, humilde y discreta fórmula material de la verdadera limosna cristiana.

En la calle, uno de mis compañeros hizo esta reflexion:

—Mientras se toque la marcha ésa en el órgano, los pobres padres de San Francisco van á tener que mantener en actividad constante su alcancia.

DE CORRIENTES Á LAS TRES BOCAS

EVOCACIONES SUBJETIVAS

XIX

DE CORRIENTES A LAS TRES BOCAS

EVOCACIONES SUBJETIVAS

De regreso á bordo, vimos que se llenaban del deseado combustible nuestras carboneras.

La mesa nos esperaba sobre cubierta.

El madrugon, nuestra caminata por la ciudad correntina, y sobre todo, las ánsias mortales experimentadas bajo la impresion de la marcha franciscana, nos habian despertado un apepito devorador.

Almorzamos bien y alegremente, siendo visitados á los postres por algunas personas de la ciudad, á quienes obsequiamos como pudimos.

A las 4 p. m. recien logramos emprender nuestra marcha aguas arriba.

Al partir, la banda del 5.º hizo oir un paso-doble brillante y marcial.

Estoy seguro, que las pobres gentes que todos los domingos son despedidas de San Francisco por el fin del mundo aquel á que le llaman marcha los pacientes y abnegados padres, al oir los acordes dulces y melodiosos

de nuestra banda, desde las barrancas en que termina la ciudad por el lado del rio, encontraron pobre é insignificante al magnífico paso-doble.

El fin de nuestro viaje se acercaba por momentos.

Estábamos á ocho leguas de la confluencia de los rios Paraná y Paraguay, en el punto denominado de las Tres Bocas, que es donde termina por la márgen izquierda el litoral argentino para entrar en aguas jurisdiccionales paraguayas, pues por la márgen derecha aún sigue el territorio del Gran Chaco perteneciente á la Confederacion, hasta el Pilcomayo.

Al salir del puerto, un recuerdo asaltó mi mente: — En esta ciudad, hacen 20 años, me dije, tuvo orijen la guerra del Paraguay, con el golpe de mano sobre los buques argentinos surtos en este puerto, por un vapor de la marina paraguaya.

Hacen 19 años que aquí mismo, en este puerto, el 25 de este mismo mes de Mayo, dia de clásicos recuerdos para esta América, el general Paunero desembarcaba heróicamente, reconquistando esta ciudad ocupada por el enemigo.

¡Quién sabe si alguna de estas banderas que llevamos ahora en mision de paz y de confraternidad, no flameó aquí en ese dia, guiando al combate á los valientes batallones paraguayos!

¡Quién sabe si alguna de estas armas que forman el trofeo de guerra que devolvemos á la nacion ahora amiga, no hicieron fuego desde esos muros, sosteniendo la plaza audazmente tomada á la nacion argentina!

—Esa es la Punta de San Sebastian, dije á mis amigos, señalándoles una rompiente de piedra en que se arremolinaba agitada el agua correntosa del rio; aquella otra es la Bateria, allí hicieron prodigio de valor los paraguayos para sostener esa hermosa posicion estratégica.

Nuestra banda saludaba marcialmente esos heróicos recuerdos, en tanto que la cañonera espumaba valientemente con su proa cortante sobre las aguas rápidas é impetuosas.

Pocos momentos despues, una vuelta del rio nos ocultó súbitamente la ciudad.

La noche se venía tambien con rapidéz sobre nosotros.

—¡Cuanto daría, exclamé, por echar una mirada, por rápida que fuera, sobre este territorio, acercándome á los sítios en que por espacio de tanto tiempo estuvimos á la espectativa de una solucion bélica que jamás se presentaba!

¡Qué no daría por ver nuestras queridas Ensenadas, los pueblos inolvidables el San Cosme y San Luis del Palmar, atravesar por el campo triste y glorioso del 31 de Enero de 1876, evocar las sombras de Serrano y de Marquez, visitar los pobres ranchos en que se les hizo la primera cura á Miguel Martinez de Hoz y Cárlos Keen, llegar hasta la márgen del Paraná en el Paso de la Patria, rehacer con el recuerdo aquellas escenas militares que se grabaron desde entonces en mi alma de adolescente, dirijir desde ahí la mirada hácia las costas paraguayas, al sítio en que un dia, cubierta por los matorrales, se alzaba

allá á lo léjos la hoy derruida fortaleza de Ita-Pirú, reconocer el sítio en que varaba en la costa la impertinente chata paraguaya con su incómodo cañon de 62; reconocer el fondeadero habitual del *Apa*, buque almirante brasilero, en donde tantos dias departí acodado sobre su borda con mi amigo Silveira da Motta, hoy Baron de Yaceguáy y Jefe de alta graduacion de su país, entonces Secretario del Baron de Tamandaré, mientras el *Henrique Martins*, el *Brasil*, el *Bahia*, el *Lindoya*, el *Barrozo*, el *Tamandaré*, la *Araguarí* y otros buques de la escuadra imperial, nos daban el espectáculo de sus operaciones guerreras á que nosotros asistiamos como desde la balconada de un teatro panorámico.

Recordaba el sítio en que el 16 de Abril de 1886, pisábamos alegres, emocionados y entusiastas la cubierta del pequeño vapor que nos debia conducir á la costa paraguaya, rompiéndose por fin el encanto que nos retenia encadenados á territorio argentino, y abriéndose de una manera decisiva las operaciones activas de la guerra.

¡Ah! quien me diera ver el lugar del rio en que Eduardo Olave, el bravo mayor del Florida, perdía su caballo ensillado, al tiempo de pasar éste, de la chata que lo conducia á la costa barrancosa de la tierra entonces enemiga!

¡Quien me diera reconocer en el albardon aquel que conducia á Ita-Pirú, el sítio en que ese dia hice mi primer desayuno en suelo paraguayo, entre un monton de cadáveres, á los que hacia todo lo posible por no mirar, en

compañia del malogrado y bizarro comandante Giuffra, tio del diputado de ese nombre!

¡Quien me diera llegar hasta aquel pajonal en que desembocaba el camino, en el que en la mañana del 18, yendo con los tres generales, Mitre, Flores y Osorio, y como ayudante del primero, sentí silbar por primera vez de cerca las balas, en aquella célebre descarga á boca de jarro de la emboscada enemiga, de que por un milagro inexplicable salieron ilesos nuestros tres valientes é importantes jefes!

¡Quien me diera atravesar aquella laguna que separaba la fortaleza del pueblo Pedro Gonzalez, campamento de Lopez, y reconocer el lugar en que yendo á dar una órden, me encontré con el valiente Fortunato Flores que venía de hacer proezas en las avanzadas, y se me ofrecia galantemente de cicerone en las escabrosidades de aquel terreno desconocido, como podia ofrecerse para hacer un paseo de placer por las calles de Montevideo ó Buenos Ayres!

La cañonera seguia luchando valerosamente contra la correntada del rio, la noche caía rápida y sin crepúsculo como sucede en todos los paises tropicales, á nuestro alrededor ya no se veían sino las negras siluetas de los árboles de la costa que parecia que corrian hácia atrás, girando en un baile fantástico, á la luz gris de aquel cielo rápidamente cubierto de estrellas.

Nos levantábamos de la mesa, cuando oimos una voz que decia en el puente.

—¡Las tres bocas!

Miré hácia la costa paraguaya y no ví mas que una faja negra, monótona, aquí y allí dentellada por alguno que otro árbol mas alto que la generalidad de los que la bordan.

—¡Hace 19 años! me dije, y la melancolía de los recuerdos descendió tristemente sobre mi espíritu.

—Señores, exclamé, dirigiéndome á mis compañeros, tomemos una copa á la prosperidad del Paraguay; en estos momentos atravesamos sus umbrales!

FIN DE LA PRIMERA PARTE

En prensa la segunda parte